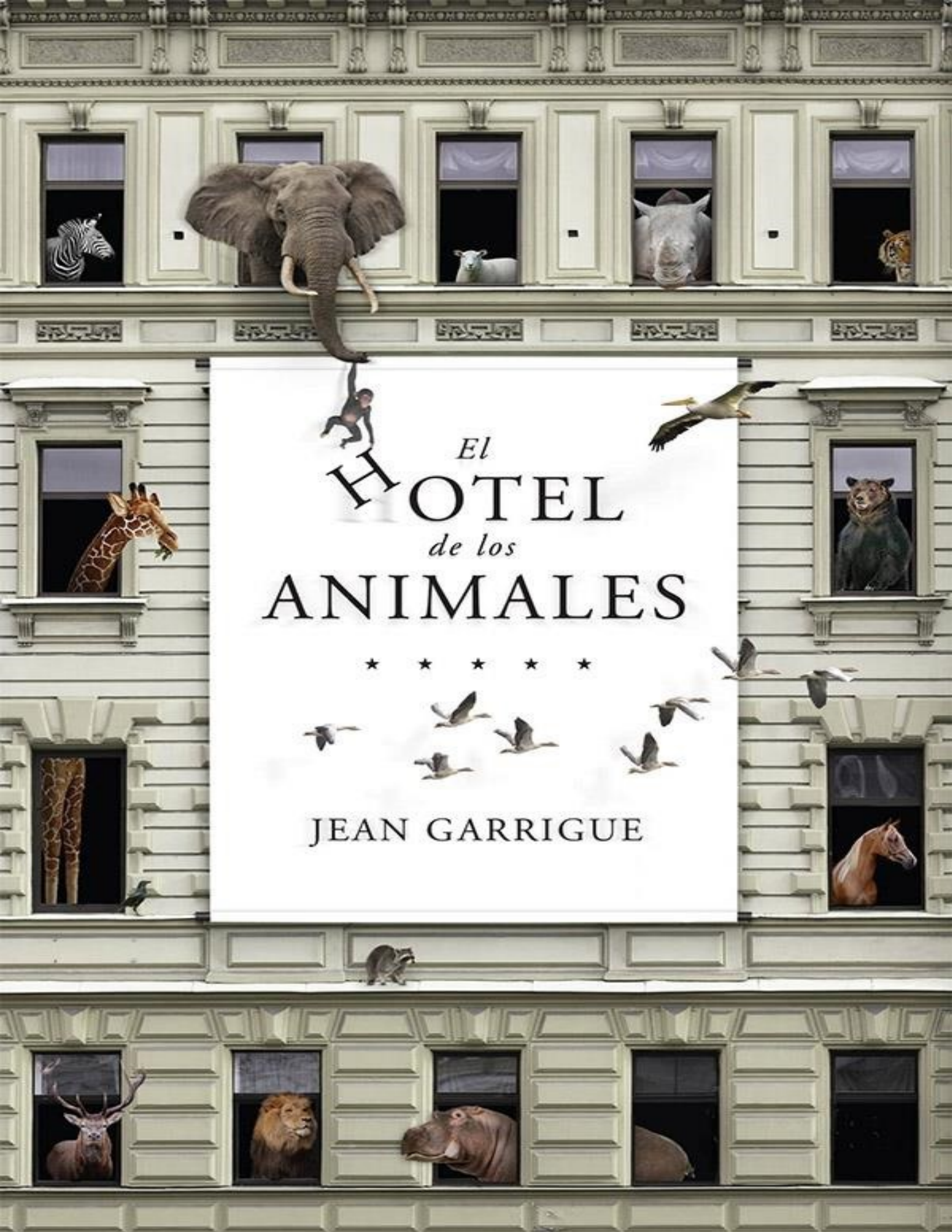

El
HOTEL
de los
ANIMALES
★ ★ ★ ★ ★
JEAN GARRIGUE

«Había una osa que regentaba una pequeña posada para animales. No eran muchos, solamente algún topo, una ardilla listada, un gato, pájaros diversos, una oveja y un ciervo. Avispas y abejas, también residentes, no contaban, puesto que eran innumerables»: así comienza la extraordinaria El hotel de los animales, única novela de la gran poeta Jean Garrigue.

Jean Garrigue encuentra en la fábula el género literario más adecuado para escribir esta obra maestra, y lo hace de un modo por completo original. Su fórmula es la de escribir frases siempre perfectas, con una gran elegancia verbal y un torrente de ingenio inigualable. Diáfana, fulgurante, impredecible, auténtica maravilla de estilo, El hotel de los animales fluye con elegancia y convicción, entonada por una voz poética que no permite dudar jamás acerca de lo que cuenta. Su lectura prodiga el extraño hechizo de estar frente a una milagrosa inspiración. Bienvenidos a esta novela deslumbrante.

Jean Garrigue

El hotel de los animales



Título original: *The Animal Hotel*
Jean Garrigue, 1966
Traducción: Ariel Dilon, 2020

Revisión: 1.0

27/04/2021

Había una osa que regentaba una pequeña posada para animales. No eran muchos, solamente algún topo, una ardilla listada, un gato, pájaros diversos, una oveja y un ciervo. Avispas y abejas, también residentes, no contaban, puesto que eran innumerables. Se llevaban bastante bien, todos; de no ser así, la osa no les habría permitido quedarse, en primer lugar porque era una osa de carácter fuerte, con mucho sentido de la afinidad en todas las cosas. Si es que iba a manejar un hotel, lo haría como corresponde. Creía en la pulcritud; para ella, eso venía antes que la limpieza. En su posada, nada de nidos llenos de basura, con huesos encima de las camas y alpiste brotando de las sillas. No, señor. Nada de eso. Ante sus decretos, había algunos animales que refunfuñaban y otros que suspiraban, pero considerando que el hotel era en verdad muy confortable, y de lo más encantador en tantas formas, todos sabían que no podrían encontrar fiada mejor. Así que se la aguantaban. El gato amontonaba sus cabezas de pescado en un rincón y los pájaros guardaban sus jibiones debajo de la cama. De lo que Fuera que comiese el topo, no dejaba nada, así que eso no representaba un problema. El ciervo, aunque el más amable, también en el más sucio: por donde pasaba iba dejando un rastro de pastos y brotes a medio masticar, y parecía incapaz de mejorar sus hábitos. La osa solía revolear los ojos al pensar en ese ciervo: ¿es que realmente era estúpido? ¡Y tan lindo, sin embargo! ¿Cómo es que los más lindos eran los más estúpidos? ¿O acaso tan solo era testarudo? Buena pregunta, que le volvía a menudo, junto con una cierta perplejidad moral…

Sin embargo las cosas prosperaban. En lo que respecta al alquiler, los animales eran muy buenos pagadores, de modo que la osa no tenía que andar apremiándolos cada principio de mes, y todos arrimaban el hombro para ayudarla a mantener las cosas en buenas condiciones, como, por ejemplo, salidas despejadas para el topo, en caso de necesidad, y frondas y matorrales para el ciervo, que de lo contrario habría podido pisotear a los demás, y sitios al sol bien calentitos para el gato. La ardilla listada requería lo mínimo, apenas un árbol al cual poder treparse a toda carrera y la cornisa de un viejo muro, preferentemente abandonado, y en cierto modo aquel pequeño era el inquilino que más le agradaba a la osa. Los pájaros eran un incordio. No les podía faltar su hierba gallinera y no se comían a las avispas, que abundaban, sino que se hacían traer unos gusanos especiales, y berro y otras plantas de semilla de las que la osa detestaba tener que ocuparse. Pero así era. Le gustaban por todo lo que picoteaban y aquellas melindrosas nimiedades suyas, le gustaba su clamor a primera llora del día y su saludable algarabía general.

Así que el hotel prosperaba, aun si la osa debía trabajar duro, y los animales se encontraban para las comidas o se reunían por la noche con la mayor cordialidad. Los pájaros se sentaban en las puntas del ciervo, la ardilla listada se acurrucaba junto al gato, mientras que el ciego topo se

sentaba por las suyas, metido en un sueño de túneles. Ninguno de estos animales estaba casado. Quizás alguno lo había estado. Pero es mejor no entrar en la cuestión del divorcio y el abandono. Acaso algunos *querían* estarlo. Pero eso no importa. En lo que aquí nos concierne eran solteros y vivían en solitaria bienaventuranza. ¿Pero era tan solitaria? ¿Acaso no se encontraban y charlaban y hasta cierto punto compartían las vidas de los otros? Sí, lo hacían. La osa velaba por que fuese así. Y velaba por algunas cosas más. Ella odiaba esa cohibida ensoñación, ese retraimiento que es refractario a la comunidad, aborrecía a los enfurruñados, a los que ponían cara larga (las palomas buchonas, a esas sí que no las soportaba), detestaba la pesadumbre y el triste abatimiento. Una tenebrosa penitencia, como la del cuervo, la liquidaba. De modo que, si acaso había corazones rotos entre ellos, algún corazón desengañado, la añoranza por cierta cierva agraciada, ella no quería ni oír hablar del asunto, que se hiciera referencia a ello era lo último que quería. La suya era una posada, o un hotel, si lo prefieren, y no un refugio para desamparados y extraviados.

Todos los animales lo entendían sin que hubiera que mencionarlo, pues algunos eran más sutiles de lo que podrían pensar ustedes, especialmente la osa, que tenía un pasado más intrincado de lo que nadie sería capaz de adivinar.

Así que el hotel prosperaba, fue adquiriendo un considerable prestigio a ojos de los animales y, en su modesta medida, llegó a ser famoso. Cuando diversos animales se ponían a pensar en la jubilación, soñaban con el hotel. Constantemente la osa recibía solicitudes, y a menudo tenía que quedarse despierta hasta muy entrada la noche, reflexionando sobre a quiénes se debería permitir ingresan No quería el lugar abarrotado, y la mera idea de edificar encima, de añadir túneles, matorrales o buhardillas Ja llenaba de horror. Aun así, con tantas solicitudes como llegaban, algunas bastante atractivas, bastante conmovedoras, ciertas noches a la osa se le ponía difícil saber lo que debía hacen El lugar le encantaba tal como estaba, no la atraía la idea de expandirse, incluso cuando hubiera significado más ganancias. ¿Acaso ella tenía algún cachorro? Quién sabe, y si los tuviera, ¿es que tenía la menor idea de dónde podían estar? Así que ¿para que esforzarse por la generación siguiente? Pero el asunto era esta generación, la zorra esa que acababa de enviudar, aquel búho que había perdido la audición, todos queriendo entrar, mejor dicho, suplicando… ¡la vieja generación, no la nueva, era la que golpeaba a la puerta!

De modo que ella tenía, como cualquiera, un problema en que pensar, y mientras tanto se caían los árboles que el castor parecía no encontrar nunca el momento de venir a cortar —y además era carísimo—; y se le metían otros osos en sus reservas privadas de miel, o bien sobornaban a las abejas, quizás, para que trabajasen para ellos. Todo ese cumulo de pequeñas complicaciones de la vida que vienen con la responsabilidad, y la osa algunas veces pensaba: por qué hago esto, para qué me deslomo, y suspiraba, metida en su magnífico abrigo hecho para durar roda una vida.

Pero ella sabía, no necesitaba que se lo dijeran las cartas de solicitud. Lo sabía al caer la noche, cuando los huéspedes se reunían en un círculo y se ponían a conversar o a contarse historias. Que inteligentes eran, con todos sus defectos, y qué bien la hacía sentir mirarlos mientras se daban atracones, como solían hacerlo con sus buenas comidas… y eran buenas, ¿acaso los animales no se lo decían constantemente?

Entretanto, aunque su hotel se encontraba apartado, recogido en lo profundo de un bosque bien dotado de guaridas de zorro y madrigueras de marmota, de tos hoyos diminutos y redondos de la serpiente rata negra, de laberintos de conejo y colonias de flores de las más silvestres, así

como de nidos de centinela de los búhos y otras bestias demasiado peligrosas para mencionarlas, había extraños que pasaban por allí de camino a algún lugar donde se hubiera hecho una buena matanza, y que ojitos de cordero ponían al ver aquella residencia tan peripuesta. Había una escalera exterior por la que ningún animal habría soñado siquiera subir, pero allí estaba, como un pequeño honor palaciego, y luego el techo cubierto de paja, que podía ser que el ciervo en su despiste se pusiese a tascar, ahí estaba en su entrecruzamiento de ramitas, con vides agradablemente enredadas alrededor de la escalera, porque, entre otras habilidades, la osa era una gran jardinera. Y aquellos extraños se detenían con una sonrisa zorruna, un balido elogioso o una suave tos, y trataban de engatusarla. Una vez un viejo erizo fingió caer enfermo, y como toda una samaritana ingenua la osa salió a darle asistencia. Pero ella tenía sus propias artimañas, también, y mientras le administraba un té de menta le aseguró que para él no había nada mejor que el aire fresco. De manera que al erizo le falló la astucia. Y lo mismo con todos los demás. La osa era benevolente, pero combinada con eso iba una cautelosa austeridad, A ella no le podías dar gato por liebre, y ni siquiera si eras de muy buen comer podías llegarle al corazón, a menos que poseyeras también algunas otras cualidades, para empezar.

Había veladas musicales, por ejemplo. ¿Qué sentido tenía que uno participara, a menos que tuviera una buena voz? Porque lo que le gustaba a la osa, en una voz, era la calidad, ella adoraba la resonancia, y a más grande el rebuzno o el aullido, mejor. Pero aun así se sentaba, metida en su pelaje con la sangre enfriándosele en las venas, cuando un viejo cuervo empezaba a croajar ¡croa, croa!, y podía pasarse horas y horas embelesada con los divertimentos del sinsonte maullador. Entonces, algo en ella cambiaba. Todos los animales habían aprendido a reconocerlo. Una ensoñación, una lejanía, un fragor en el interior de aquel enorme ser peludo. En esos momentos, los animales se preguntaban cómo habría sido su historia…

Ella era una casera maravillosa, y una osa maravillosa, pero había una soledad que podías percibir en ella y que no verías en ninguno de los otros animales. Ni siquiera en el presuntuoso topo, que era retraído debido a que era ciego. Lo que se podía sentir era que el topo era solitario porque nunca le había interesado ni bahía conocido nada mejor. La osa parecía haber renunciado a la sociabilidad.

Ahora, una cosa era de día. Cada animal andaba por ahí metido en sus propios asuntos. Gente como el gato, por ejemplo, elegía sentarse en el hotel y observar con ojos grandes como grosellas a las mariposas que pasaban, o entusiasmarse con una convención de cuervos o con los destellos del sol sobre un rosal movido por el viento, Pero cuando el gato estaba de ánimo alborotador, no hacían falta cuervos: con una avispa le bastaba. El ciervo andaba chocando por el bosque y las astas se le enredaban entre las vides silvestres o las madreselvas, y la oveja le daba topetazos a un árbol para mantener la práctica. Los pájaros charloteaban tanto que nadie sabía lo que estaban haciendo. Pero a la noche, después de cenar, se juntaban todos, incluso el topo, para la conversación del anochecer. La osa le daba a esto muchísima importancia, y así como apreciaba que alguien cantara bien, ella jamás habría aceptado a un animal que no fuese buen conversador. Detestaba que la aburrieran. Todo el mundo tenía que ser capaz de inventar historias o haber sufrido o llevado una vida aventurera. Naturalmente, a los animales les gustaba hablar de comida, así como a los seres humanos les gusta hablar de dinero, pero la osa decía que ya que la comemos y que disponemos de ella en abundancia, ¿para qué insistir con eso? Así que los animales tenían que ser muy Inventivos y la oveja rivalizaba con el topo en rememorar cuentos de nodriza acerca

de vacas lecheras y de larvas. También sucedía que los animales rivalizaran unos con otros por ver quién podía subirse a su regazo y quedarse allí durante más tiempo, Realmente parecían pensar que estaba hecha para que se le treparan encima, aunque, cada vez que lo hacían, la osa manifestaba una severidad que de ninguna manera podía ser algo sentido, y a veces terminaba por echarse a reír de su pequeña impostura mientras fingía, desde luego, que le estaban haciendo cosquillas. A veces casi se armaban trifulcas, así que la osa les dijo que tendrían que turnarse. Una noche le tocaba al ciervo el turno de apoyar una mejilla en su hombro, y qué auténtica felicidad lo envolvía hasta que la osa, que no gustaba de herir los sentimientos de nadie, inventaba una excusa para levantarse. ¡Su barbilla le pesaba tanto, con todas esas astas encima! A la oveja le encantaba sentarse sobre sus patas traseras, con las patas delanteras sobre el regazo de la osa, mientras ella le alisaba la lana y le quitaba los abrojos del costado o las flores de aceitilla entreveradas en el vellón. Los ojos de La oveja solían perder su aire de dureza cuando se encontraba en esa postura. En cuanto a la ardilla listada y al gato, se frotaban y se acurrucaban, pelo contra pelo, como si ella fuese la madre de los dos.

Tras este encantador interludio, la osa decía. ¡Hora de irse a la cama!, y afuera todos los animales, algunos a sus almohadones de césped (por respeto hacia la gansa, ninguno de los almohadones estaba relleno de plumas) y otros a unos cojines de heno fresco. En las noches de lluvia, el gato se quedaba adentro; caso contrario, se la pasaba afuera hasta la una o dos de la mañana. Y, aunque entraba silenciosamente, solía hacer ruidos al meterse en la cama y a menudo despertaba a la osa, que gemía con gran aflicción: ¡Oh! ¡Oh!, porque el sobresalto la había arrancado de un sueño. ¿Estaba desenterrando un pote de miel o viendo cómo alguien se lo robaba? La osa no era de esos que se sientan a la mesa del desayuno y hablan de aquella vida sumergida que uno vive mientras duerme. Que maullara el gato sobre sus pedestres encuentros con vacas y caballos, que el topo se refiriera toscamente a pájaros muertos con los que había tropezado en sus cámaras subterráneas y que el ciervo contase sobre aquel cervatillo que habría podido engendrar, con los botoncitos de unos cuernos tan encantadores, uno en cada sien, ¡pero con las patas, ay, horror, de una cabra! La osa guardaba su secreto, inclinando levemente Ja cabeza, y sin embargo todos sabían que ella soñaba, por desvelada que fuese y de sueño ligero. Aunque no lo supiera, su orgulloso silencio la convertía en la «heroína de mil anécdotas».

Ahora bien, a su manera, la osa era bastante guapa, con un buen hocico corto y excitantes dientes blancos. Su piel estaba siempre bien cepillada, y perfumada agradablemente, olía a cera de abejas mezclada con la pomada que el ciervo le aplicaba un par de veces a la semana, y sus manos eran bastante delicadas considerando su tamaño. En cuanto a las garras, estaban siempre de lo más pulidas y recortadas. Cuando caminaba, lo hacía con un paso saltarín, con no poca liviandad para alguien de semejante kílaje, un pasito casi musical, como si alguna vez hubiese podido ir al mar. Solo cuando estaba muy cansada o distraída recurría a ese andar carente de gracia y a ese bamboleo de cabeza que la mayoría de los osos son proclives a emplear, y aun así, cuando lo hacía, era con la distinción que le era propia. Ni falta hace decirlo, nunca la ibas a pescar balanceándose pomposamente como un pato viejo o como un ganso glotón. Había, sin embargo, una cosa muy curiosa. La mayoría de los osos tienen ojos marrones. Esta osa tenía un ojo marrón; el otro era azul.

Naturalmente, los animales no dejaban de notarlo desde la primera vez que la velan, y eso daba lugar a un pequeño chismorreo. El gato, que tenía unas hendiduras chinescas cuando

dormía y despierto unos ojos eslavamente almendrados, al principio solía decir que se preguntaba quién habría sido su padre, ante lo cual codo el mundo adoptaba un aire de lo más grave. Pero muy pronto el ciervo vino al rescate, diciendo que también su propia abuela había sido ojiazul[1], esa era la palabra, y que a algunos les pasaba, pero que no implicaba ningún juicio de valor, y alguien más pareció recordar —¿fue el topo, esta vez?— que había oído que una vez hubo una zarigüeya que también tenía los ojos de colores diferentes, Puesto que rodo el mundo sabía que la osa gozaba de una visión perfecta y que aquel *color cielo* no significaba por lo tanto un *color ciego*, y, como a nadie se le podía ocurrir armar por eso un verdadero escándalo, muy pronto dejaron de hablar del asunto, este asunto de su disparidad ocular, y si bien algunos, como el gato, no lo olvidaron nunca, lo cerúleo llegó a gustarles casi más que lo castaño. De hecho, a codos les empezó a encantar el ojo azul, que fue adquiriendo su propio y apreciado poder, como de basilisco, de modo que cuando la miraban solían buscar primero su ojo azul, y quién sabe sí su tonalidad de manto de María y su matiz celestial no eran la razón, junto con otras mil, por la que la osa conservaba el ascendiente que tenía sobre todos ellos.

Pues lo tenía, vaya que lo tenía. Y no eran solo las comidas finas, puntualmente buenas como eran, y servidas con tanta calidez, ni la variedad de los huéspedes… después de todo, había una paloma encorvada, así como una gran gansa gris, y también un pájaro con una pata de madera (la osa lo había arrancado de entre las mandíbulas de una comadreja y le había entablillado la pata con sus propias manos), y un gato que por lo demás había tomado el voto y el compromiso de no observar nunca jamás a un pájaro (aunque aquel pobre rengo era una dolorosa tentación), y una oveja bastante famosa por su glacial reserva, por no mencionar a todos los demás… No, no era la clientela, y tampoco el local. Considerando todo esto, y dándolo por hecho, ¿cuántas bestias se habrían quedado y quedado, renunciando a una vida ligeramente más apasionada, si no hubiera sido por la osa? Pero allí estaba la osa, y efectivamente regentaba el lugar. Medraba en los pensamientos de todos ellos como la pulga entre los pelos, y en sus sentimientos como la abeja entre las rosas. Allí estaba y era ella, antes que todo lo demás. Así era, y así funcionaban las cosas, y así se procedía por las noches: música, narración de historias o un paseo regular para ver cómo la luna se metía en su sepultura, o una vueltita para escudriñar un poco y oír el rocío caer. Pero había también otras noches, que la osa llamaba veladas intelectuales, de las que los animales tendían a cansarse enseguida, aunque eso podía depender. Para ellos, los debates eran menos estimulantes.

Se podían abordar asuntos tales como; ¿por qué los animales cubiertos de pelaje son los más propensos a tener frío? Naturalmente, ni la osa ni el topo ni el gato tomaban parte, sino que dejaban que aquel que tenía eso que la osa llamaba piel de cuero, vale decir, el ciervo, se explayara. Hay que decirlo, su ignorancia general encantaba y divertía mucho a los tres que sí llevaban pelo encima, porque siempre es agradable que otros hablen de la especie de uno. Desde luego, los tres sabían que su sangre no era en absoluto más fría que la del ciervo: ¡tan solo ocurría que la tibieza tornaba aun más agradable la sensación del pelaje! Ante lo cual, la oveja dejaba pasmados a todos, incluso a la osa, balando esto; Sí pero ¿por qué a mí no me hace falta el fuego, como a ustedes tres?

Había debates intelectuales, también, sobre la hibernación y por qué la osa no necesitaba hibernar. ¡Progreso!, decía ella con orgullo. Nos hemos ajustado al espíritu moderno, que no cree en eso de pasarse seis meses metido en la cama. Todo el mundo quedó muy impresionado. Luego

podía ser que el gato quisiera saber si en Rusia los osos seguían persiguiendo trineos. ¡Error en dos de los factores!, decía ella como una maestra de escuda, y lo informaba del procedimiento correcto. Pero Rusia es famosa por los osos, ¿o no?, insistía el gato, con un parpadeo ladino. Todo lugar lo es, podía ser que la osa contestara o no contestara, melancólicamente.

El gato se regodeaba, como se había regodeado antes, ya que no era la primera vez (era más o menos la cuadragésimo segunda) que encontraba ocasión de emitir el sonido *RRRusssha*, cuya pronunciación, para entonces, dominaba perfectamente. No es que el gato supiera lo que significaba *RRRusssha* (el ciclo no permitiera que llegase a averiguarlo) o qué cosa era; pero suponía que se trataba de algo que estaba, como suponía de la mayoría de las cosas, allí nomás. Pero que hubiese tenido el buen criterio de relacionarlo con los osos era algo que, y eso era algo que sí sabía, encantaba a la osa. Después de todo, ¡era el único que le demostraba tal curiosidad!

Porque, prácticamente en cada una de aquellas veladas intelectuales, la osa decía cosas que estaban por encima de la comprensión de los animales, y ellos ni siquiera se daban cuenta o, de haberse dado cuenta, no les habría importado. Dijera lo que dijera, a ellos les sonaba bien, y además tenían sus propias nociones que rumiar. La voz y las palabras de la osa los ponían a viajar como puede hacerlo la música con alguien carente de oído pero que, sin prestar más atención, digamos, que la que prestaba la oveja a lo que la osa pudiera estar diciendo, se siente agradablemente revitalizado, mientras repasa algún recuerdo de la niñez, por la cascada de una afable cadencia cuyo sonido le llega desde alguna distancia remota.

Así que el gato era el único, de roda la partida, que realmente pescaba algunas de sus frases y que realmente se ponía a pensar en algunas de sus palabras (¡como, por ejemplo, *progreso*!), Y ya fuese que le importase o no, él quería *parecer* avanzado, del mismo modo que un estornino de lengua afilada puede *parecer* querer dominar una oración enrevesada. El gato tenía otra pequeña intuición, muy confusa, sacada quién sabe de dónde, de que había algo que otras tribus de animales maullaban o balaban y que era el gran secreto de miles de cosas. Y conocía la palabra, de eso estaba seguro. *Eng-ish! Eng-ish!* ¿Acaso no era así?

De manera que durante las veladas intelectuales se excitaba y maullaba en silencio, o, manipulando su cola como un abanico, se azotaba con una ráfaga perfecta. Algo del orden de la ambición, entonces, le caía encima… ¡si pudiese, dirigiéndose en privado a la osa, desafiarla personalmente acerca de aquello! ¡De esa cosa indecible! Todo le hacía sospechar, desde el fuego hasta los juegos de cuna de gato con cordeles, ¡que ella tenía que saber! Pero, ay, esos segundos de actividad mental pasaban, dejándolo algo más lánguido de lo habitual, y, además, la osa lo había echado a perder desde un comienzo. ¡Si su relación se hubiese iniciado en otro plano! ¡O si ella tuviese la dureza de la oveja! Tal como estaban las cosas, su regazo era el gran escondite al que, cuando la encontraba sola, no podía evitar saltar, ronroneando en bajo continuo mientras ella le decía: ¡Cantor! ¡Dulce cantor! Canta para ganarte tu cena. ¡Ah, y él lo hacía, pero habría podido *hablar*!

Así es como transcurrían las veladas, Pero muy pronto, ya fuera que hubiese debates o historias o encantadores interludios en los que se chocaban los codos, carrillo con carrillo, la osa decía: ¡Hora de irse a la cama!, y allá se iban los animales, algunos a un almohadón de césped, otros a sus cojines de heno fresco…

Ahora bien, un día, cuando la osa se preparaba para una partida de pesca, el ciervo llegó trotando con las astas ladeadas, y mientras se llevaba a la oveja aparte murmuró que acababa de ver unas huellas de cascos —¡cascos de caballo!— allá en la primera colina más allá del hotel. La oveja tosió y los dos pusieron a trabajar juntas sus cabezas, puesto que todo el mundo sabía bien lo que la osa opinaba acerca de los caballos. *¡Nada de caballos!* Había sido su único decreto, y desde el comienzo. Tenía opiniones contundentes también sobre los perros, que ¿no habían mordido, acaso, a sus antepasados? Pero ninguna reglase igualaba con esta: *¡Nada de caballos!*

El gato, cosa curiosa, se puso a soñar desesperada y excluyentemente con caballos. Una noche juró que era algo más que un sueño y que de verdad había oído un gran pisoteo en las cercanías. No alteres a la osa, le susurraron, como si los temores del gato no fueran más grandes que los de ella.

El gato tenía razón. Se encontraron huellas de cascos en las cercanías. Más precisamente, en el parterre de menta fresca de la osa. Ya bastantes cosas que hacer y de las que preocuparse tiene la osa, dijeron, preocupados por ella de corazón. Así que procedieron a obliterar las marcas de cascos y a retirar la menta aplastada, para deleite de todos, dado que con el menor pretexto la osa les administraba una dosis. Pero, no obstante, ¿bastaba con eso? A menos que hubiese estado durmiendo sobre su oído bueno, ¡la osa habría debido oído! Hubo entonces un pequeño concilio privado, en cuyo transcurso se discutieron planes sobre cómo mantener al caballo a raya, en caso de que fuese visto otra vez, y cómo desalentarlo en forma definitiva. El viejo ciervo, valerosamente, propuso apuñalarlo con una de sus astas; la oveja dijo que ella podía darle un topetazo; y el gato, para no ser menos, dijo que podía saltarle sobre el lomo y rasguñarlo. La gansa gris, por su parte, se puso a perorar sobre cómo los caballos habían cedido a la presión y vendido su derecho natural al vil precio de un montón de heno, etcétera, etcétera, un discurso cargado de desaprobación, mientras que nadie estaba dispuesto a admitir la sencilla verdad, que era que los caballos eran *demasiado* grandes. Dado que ninguno se tomó en serio la proposición del viejo ciervo y tampoco la del gato, hubo que dejarles el asunto a los pájaros. Que ellos, tradicionalmente amigos del equino, partieran en delegación para informar a ese caballo cuál era la situación en realidad.

¡Adviértanle de mí!, alegó el endeble ciervo, Y eso va por mí también, tosió la oveja. La gansa dijo: Si fuese una cuestión de fuerza, los caballos serían los amos del m Lindo; perogrullada demasiado verdadera como para no resultar incómoda, aunque la gansa continuó hablando de los pelotones y las maniobras en las que ella misma comandaría a los pájaros. En suma, todos confiaban en que el forzudo pero estúpido caballo podría ser burlado.

Los pájaros salieron ese mismo día a hacer instrucción y al día siguiente estuvieron dispuestos para una gran revista, pero ese caballo fortachón, ¿era tan estúpido? Porque los pájaros, aunque sobrevolaron dos bosques, no pudieron encontrarlo. Y los raides continuaron. La huella de un casco aquí, la huella de un casco allá, aquel caballo estaba describiendo círculos cada vez más apretados. Entretanto, ningún animal le contó nada a la osa, por más que a codos los maravillara que ella, tan cautelosa en todo y de ojo tan agudo para los detalles, ella, tan diestra para la detección del gusano propenso a atacar al pájaro o las polillas que podían metérsele al topo entre La piel, tan atenta a las astas del ciervo cuando las tenía en crecimiento y le dolía cortar cuernos nuevos, que ella, que era can avispada y perspicaz, no hubiese visco lo que habían visto los

demás… ¿A menos que fuese una fobia? *¡Nada de caballos!* ¡El modo en que lo había dicho!

En cualquier caso, durante algunos días se guardó el secreto, Podía ser que la osa se preguntara por qué los animales ponían esa cara de cordero avergonzado cuando se los cruzaba inesperadamente; pero, en caso de que se lo preguntara, tenía otras cosas en las que pensar Acababa de ingresar una nueva solicitud de parte de un zorro con tres patas (había perdido una en una trampa) y, ciertamente, cualquiera que tuviera el coraje de abrirse camino así, a dentelladas, ¿no merecía, suspiró la osa con unas lágrimas de indecisión a punto de anegarle los ojos, un hogar como este? Pero la idea del cambio la amedrentaba. Le encantaba el hotel tal como era. La pasaban tan bien todos juntos, y, además, ¿qué haría la gansa *sí* venía el zorro? La osa detestaba el chismorreo. Lo que ella quería era paz, ¿y acaso no era lo que tenía?

Había tenido paz, pero nada dura para siempre, aunque la osa, tan sensata, y limpia como un gato —en su barba parda, ¡ni una sola miga de pan!— quizás estuviera tratando de olvidar precisamente eso.

Ahora bien, unas dos veces a la semana, la osa salía a recorrer su propiedad, echaba un buen vistazo a todas las matas de bayas a lo largo del camino y se aseguraba de que su arroyo estuviera en orden. Por lo general, se detenía a atrapar a algún pez o a disponer piedras alrededor de una charca, ya que era tremenda ingeniera, tan buena como cualquier castor o bien a ver si era verdad que la nutria había formado un hogar.

Bastón estilo inglés o alpino en mano, la osa subía hasta el campo de cebada habilitado especialmente para el viejo ciervo, y, en primavera, atando las pesadas cabezas verdes se agitaban en oleadas bajo la brisa amable, probablemente daba pequeños saltitos de un sobrio éxtasis por entre las espigas. Porque ella amaba la naturaleza, y se habría sentido encantada con un poco de poesía si alguien se hubiese molestado en leérsela. Y desde el campo de cebada subía por el paraíso de los cornejos hasta el claro de las abejas donde estaban los árboles de tilo, y se ponía a escuchar la música que hacían las abejas. Ah, qué podía ser más dulce que aquello, con el bordoneo y el zumbido de los abejorros. Y arrebujada en su pelaje la osa sonreía y alzaba su breve hocico como un vinatero ebrio de sus propias uvas.

Una cierta mañana en que había estado caminando sin prisa desde el claro de las abejas hasta el bosquecito de abedules, ocurrió que día vio al caballo. ¿Pero quién se habría enterado de que día vio al caballo u otra cosa cualquiera, de no haber sido porque la ardilla listada se había deslizado obsequiosamente tras sus pasos? Así de preocupados por la osa estaban los animales.

Pues bien, cuando se encontró cara a cara con el proscrito, qué gallardía demostró la osa, rugiendo un estentóreo *Sir!* que hizo que el caballo, que estaba pastando, alzara bruscamente la cabeza. La osa se mantuvo firme, inclinada sobre su bastón, con un velo para abejas de color verde que le caía desde el sombrero que solía usar cuando llevaba su bastón de marcha.

Tanto se excitó la ardilla listada que por poco se cae del árbol, y tuvo que morderse los labios para no chillar ante lo que vino a continuación, pues con una serie de majestuosas estridencias la osa le dio al caballo una parte de su «mina»: *a piece of her «mine»*[2]. O al menos eso es lo que les dijo más tarde a todos. La frase intrigó sobremanera a los animales. ¿Quería decir, se preguntaban, que ella poseía una mina de carbón —*a coal mine*—, o acaso una mina de oro —*a gold mine*—, y si tal era el caso, por qué le entregaría una parte al caballo? No fue hasta que el gato los informó de que aquella era la forma más elevada de la retórica, conocida como ironía,

que Los animales lo entendieron por fin, aunque algunos, como el topo, siguieron pensando que aquello significaba que le iba a dar una parte de su mina de hierro: *a piece of her irony mine*.

Como sea, el caballo había recibido el mensaje de que debía mantenerse alejado, y en unos términos para nada ambiguos, sostuvo la ardilla listada, y esa noche, durante la cena, la propia osa reportó el incidente, ¡pero con qué alegría tan peculiar! Su ojo azul decididamente destellaba mientras describía la manera en que el caballo había sacudido la cabeza y pareció hacer una pequeña reverencia antes de retirarse a galope moderado. ¡Pero se trata de un caballo!, dijo el gato, que se había estado mordiendo furiosamente el pellejo a lo largo de todo ese monólogo más bien indulgente. Sí, intervino la gansa gris, tú dijiste…

Pero la osa le respondió de manera bastante apresurada para alguien que por lo general solfa hablar con tan concienzuda gravedad: ¡Él no es un caballo, es un porrillo!

Esto ahuyentó a varios y por poco cunde el pánico, hasta que la osa, permitiéndole al ciervo apoyar la mejilla sobre uno de sus hombros y a la oveja las patas delanteras sobre su regazo, informó que un potrillo no era un animal de otra raza como, por ejemplo, el burro, sino tan solo un caballo *joven* ¡Pero joven!, repitió. ¡Más joven que cualquiera de ustedes! A algunos de los animales aquello los dejó fríos; otros, como el anciano ciervo, consideraron que esa observación era de muy mal gusto, pues ¿quién era más viejo que cualquiera de ellos, sino la propia osa? Para añadir a la injuria del insulto, y a juicio de todos de manera por demás irrelevante, la osa agregó que aquel sujeto acababa de perder a su madre.

Los animales eran de pensar lento. No fue hasta el día siguiente que se le ocurrió a la oveja preguntarse cómo había descubierto la osa que el joven caballo acababa de perder a su madre. Cuando se lo dijo al ciervo, a este se le estremecieron las astas como un árbol en el viento. ¡Cuánta razón tienes!, dijo, siempre galante con la oveja, y prosiguió en su estilo arcaico; Paréceme que nada bueno augura. ¿Por qué?, exclamó la oveja, y burlándose de la osa añadió; *Sir*! El ciervo, que siempre parecía aturullarse cuando quienquiera que fuese, incluso una oveja provecta, parecía desafiarlo, carraspeó, vaciló y tartamudeó: Vaya, no se le ofrece a un enemigo la ocasión de sentir pena por uno, ¿o sí? La oveja dijo que *ella* ciertamente no lo haría. ¡Pues la osa tampoco debería hacerlo!, dijo el ciervo. La oveja sintió que aquello era enfáticamente cierto, y los dos menearon sus cabezas. No hay nada que podamos hacer *por ahora*, declaró el ciervo, como inspirado, ¡pero mantén los berberechos alejados de tu lana! Y con una de sus astas inferiores le dio un empujoncito. Ese era el único chiste que hacía el ciervo. Cuántas veces lo había oído la oveja, y todas las veces se había reído con cierta tristeza. Pero sobre todo esta vez. Si la osa iba a retroceder en sus principios, que punto tenía, señor, creer en algo.

No es que pareciera que la osa estuviera retrocediendo en sus principios, pero el hecho es que el caballo no se había ido; al contrario: venía, o merodeaba, se quedaba emboscado, los acechaba a todos. ¡Milagro que no se le ocurra, graznó la gansa, meter la cabeza por la ventana en el dormitorio de la osa! Me gustaría ver la parte de su mina que ella le cedió, dijo el gato alegremente. Cada una de las bestias quería sacarle a la osa aquel tema, pero ella, sabía, si bien les permitía apoyarse en su regazo, también los ponía en su lugar.

Para empezar, estaba ocupada con su correspondencia, Esta había recrudecido desde la aparición del caballo, pues muy pronto las huellas de sus cascos cortaron muchos de esos rastros

pequeños que toda bestia tenía la Sensatez de seguir. ¡El incremento del tránsito animal que pasaba por el hotel se volvió tremendo! Y, además de eso, el caballo era de lo más gregario, hablaba con cualquiera, hasta con una musaraña, de modo que el rumor sobre el hotel y sus increíbles instalaciones cundió más que nunca. Por lo tanto, las solicitudes de informes y las postulaciones de añosos veteranos aumentaban día tras día. Aquello perturbaría a cualquiera que tuviese conciencia, y la osa la tenía.

Muy pronto, a excepción de la osa, todos se sintieron miserables. Esa era la verdad del asunto. Todo el mundo se había sentido como ella solía sentirse: habían venido buscando paz, y en su hotel la habían encontrado. ¿Pero dónde estaba la paz ahora? Ese caballo se la había llevado. Los animales no estaban al canto de toda la correspondencia que la osa recibía, ¿pero cómo habría podido pasarles desapercibido el tráfico allá afuera? Zorrinos, puerco espines, toda clase de don nadies muy cuestionables cruzaban a toda velocidad y se detenían, con una curiosidad realmente indigna y baja, a echar un vistazo allí adentro. Hubo un chivo que hasta corneó la puerta como si pensara que tenía derecho a golpear, y un carnero provocó tanto alboroto que se comisionó a la oveja para acompañado a la salida. Pero esta juntó sus patas y no se movió. Y el ciervo por poco tuvo un altercado con ella por su obstinación de mula. Surgieron pequeñas disputas entre los pájaros y la paloma comenzó a inclinarse locamente hacia la gansa, que lo tomó como una ofensa. Nada era como solía ser. ¡La paz! Era un fantasma del año anterior, o del siglo anterior.

Y durante todo ese tiempo el ojo azul y como de águila de la osa pareció cerrarse. Aparente menee, para ella la atmósfera no olía a gato encerrado. Ni a caballo, para el caso, que iba y venía por un laberinto de recados con tal creciente despreocupación que era exasperante de observan. Vaya, todo el santo día parecía sacudir la cabeza, brincar y patear la tierra con un piececito elegante, mientras que la osa, poniendo los ojos en blanco, se comportaba decididamente como una burra.

Todo había sucedido tan rápido, eso era lo perturbador. Al principio se habían preocupado mucho por la osa y habían pasado mucho tiempo tratando de encubrir y ocultar las desagradables noticias —que resultaron no ser en absoluto desagradables para la osa, solo para ellos mismos—, y algunos hasta se preguntaban si acaso ella no lo había sabido todo el tiempo. Les parecía que al menos debería haberles pedido permiso, tratándose de alguien tan grande. Los animales realmente se sentían furiosos, y no menos desconcertados. Había parecido que la osa no quería a un caballo ni cerca. *¡Nada de caballos!* Ahora aquella orden sonaba en sus oídos casi como una burla.

La osa había sido siempre una comerciante sin dobleces y una persona franca, y ninguno de ellos la había pescado nunca dando excusas. Si se equivocaba, lo admitía enseguida…, ¿pero es que acaso La osa se había equivocado alguna vez? Hasta que apareció ese caballo, ninguno de los animales habría podido siquiera imaginarlo. Antes, cuando llegaba como si viniera de sumergir sus mandíbulas en miel silvestre ¡que alegre satisfacción emanaba de ella! ¿Qué es lo que pone can feliz a la osa?, se preguntaban los animales, aunque sabían que ella lloraba en sueños. Les encantaba ver cómo destellaba su ojo azul cuando empezaban a brotar las cabecitas de alfiler de los capullos. Si alguna vez el ciervo llegaba a tascar por error sus frutillas silvestres, pensando que eran tan solo unas flores, cómo los apenaba a todos ver que ella se tragaba amablemente su desilusión. Valiente, sincera, resuelta, independiente, una buena administradora con inagotables conocimientos sobre hierbas, verduras de hoja, hongos, frutos secos y más bayas de las que uno

pueda señalar, experta en peces y abejas, desde luego, la osa era, para todos ellos, su reina y su peñón de Gibraltar. Y ahora, cuando veían iniciarse un cambio, o alguna pequeña pero letal diferencia… caramba, bastaba para hacer que quisiesen matar a ese caballo joven que la había empujado a semejante cosa. Su desconsideración, su irresponsabilidad, la manera en que babeaba en las comidas, en esas horrendas ocasiones en que se les unía para la cena… ¡Al menos debería comer en un morral!, dijo el topo, que a menudo mostraba un sorprendente conocimiento del mundo. Los demás animales habían sido entrenados, desde hacía mucho tiempo, para ser pulcros en la mesa. Se sentían amargamente afectados por el hecho de que ese caballo pareciera no necesitar aprender…

Muy pronto se la empegaron a agarrar bestia contra bestia de la manera más desembozada. De noche se contaban cada vez menos historias y más carentes de brillo, hasta que cesaron casi por completo, ya que el arte de narrar historias depende como ningún otro de la sensibilidad de la audiencia. En eso la osa estaba en falta, en todo caso, puesto que después de comer se retiraba sin dar ninguna excusa (¿pero cuándo había dado excusas la osa?). Estaba tratando de mantenerse al día con su correspondencia, ¿pero acaso los animales lo sabían? Algunos tenían, para eso, las más oscuras interpretaciones, mientras que otros, propensos a desconfiar de sí mismos, como el viejo ciervo, pensaban que los estaba castigando por su actitud para con el caballo.

Así siguieron las cosas. El caballo no se había venido a vivir allí, pero eso bien podría haber sucedido. En realidad, de haberlo hecho, todo habría resultado más fácil para las bestias, puesto que entonces se habrían hallado más o menos en pie de igualdad, con el caballo en su propio dormitorio y todo lo demás. De esta manera, con esa gran licencia para ir y venir como se le diera la gana, el caballo estaba en todas partes y en ninguna. Sentían su presencia sin poder combatirla ni enfrentarla de lleno, ni criticarla abiertamente siquiera. Desde luego, todo el mundo reconocía que a la osa le agradaba en exceso, y nadie podía comprender por qué. Mientras que el antiguo edicto —*¡Nada de caballos!*— parecía resonar como el eco una voz hueca saliendo del túnel de una marmota.

Era una situación deplorable, aunque no para el ojo que no quería ver, por el momento; no para el ojo de la osa, en rodo caso, pensaban los animales agraviados, por no hablar del ojo de ese tonto caballo. Tan deplorable, de hecho, que el gato, que parecía haber perdido definitivamente la paciencia, declaró un buen día que ya no seguiría pagando su renta. (Él pagaba en ratones muertos), Aquello conmocionó al ciervo, quien, es más, tuvo el valor para protestar, pero, en cualquier caso, la declaración penetró profundamente en la memoria de todos; y varios otros, aparte del ciervo, que masticaba una vieja brizna de pasto, y de la oveja, que desplazaba su bolo alimenticio de un lado para el otro de la boca, lucían como si secretamente pudiesen estar considerando la rebelión.

Y, no obstante, si alguna noche, habiendo decidido abandonar su correspondencia, la osa regresaba a la antigua modalidad de las veladas, con la cara de la oveja en sus rodillas, la gansa en su regazo y el ciervo pacientemente esperando poder apoyar una mejilla en su hombro, cuán dispuesto estaría cada uno de los animales a olvidarlo todo, incluso su altiva indignación en lo que se refería a aquel caballo, cuán ansiosos se hallaban todos por restaurar en el trono a su querido peñón.

A excepción del gato, que, agobiado por las pulgas que, según juraba, le habían saltado encima provenientes de esa chusma que en todo el día no cesaba de pasar por delante del hotel, continuaba determinado a la venganza. ¡Nada de caballos! ¡Nada de ratones!, se burla-maullaba él. Mantuvo su palabra, aunque eso también significaba que a veces tuviera que privarse del desayuno. Lejos de ser atrapados, los ratones prosperaban, primero en la habitación del ciervo, donde a él le gustaba guardar, bien a mano, un fardo de heno por si el hambre lo asaltaba en plena noche. Para el ciervo, la cosa se puso terrible en cuestión de segundos. Los ratones se le metían dentro de las orejas y le subían por la frente ancha hasta las astas, como sí el pobre viejo chocho fuese un ciervo de hierro, y no un ciervo viviente. Él, que no era del tipo quejoso, y que de hecho se enorgullecía de su amabilidad, no dijo una palabra hasta que el gato, malicioso, le preguntó qué era todo ese veloz correteo que se oía por las noches. ¿Tal vez unos saltamontes que bailan un minué, o un cotillón de escarabajos?, deslizaba jocoso, lo que a la gansa la entusiasmaba hasta el arrebato. Pero la osa, pasando por alto todo un tonel de insinuaciones, seguía lavando verduras de hoja para el mapache como si fuese sorda de ambos oídos, hasta que, pocos días después, se hizo evidente, ¡y forzosamente tuvo que serlo incluso para ella! que el gato estaba debiendo sus ratones —¡centenares de ellos!—, puesto que ahí donde miraras ahí estaban, o bien sentados sobre sus patitas traseras, o bien boxeando unos contra otros, o bien mordisqueando alguna de las nueces de la ardilla listada que dicho compañero había partido y luego abandonado en un ataque de pereza, o masticando en un frenesí de bigotes una de las mazorcas de maíz dulce que el viejo ciervo tenía en reserva para los meses sombríos.

La confrontación era inminente. Todo el mundo lo sabía, con excepción de algunos salvajes, como el mapache, o de extraños de vida subterránea, como el topo.

Y para el momento en que a todos les quedó más que claro que, O bien serían desalojados por los ratones, o bien el ardor de los exaltados cundiría hasta convertirse en unas auténticas y facciosas llamaradas de rebelión, la osa desapareció.

¡Oh, qué sentimiento embargó a los animales aquella primera mañana en que ella no se precipitó sobre el desayuno! Desde luego, sumaron dos más dos cuando tampoco se lo vio al caballo, aunque los pájaros, para comprobarlo, salieron a explorar, sobrevolando algo más de una hectárea.

¡Desesperada, desolada situación! La rebelión se aplacó instantáneamente. Ni siquiera el gato pensaba en hacerse cargo ni en instalar su propio hotel con una facción rival. A nadie le importaba nada, excepto encontrar a la osa. Se integraron pequeñas partidas, se despacharon expediciones, se batieron arbustos, se treparon árboles, se convocó a gente de afuera como el cuervo para peinar campos y bosques. Todas las huellas que el caballo había impreso a su paso fueron meticulosamente seguidas. Las bestias fueron realmente muy rigurosas y casi científicas, pero su labor de sabuesos no obtuvo recompensa.

El día más oscuro que jamás hubiesen vivido esos animales les tocó vivirlo entonces. Nadie comía gran cosa que digamos, y qué sueño inquieto el que tenían todos por la noche, con el gato levantado a toda hora y la oveja tosiendo sin parar. En un ataque de aflicción, el ciervo rompió una de sus astas, y el topo se puso a excavar como si se dispusiese a revivir el antiguo y hoy desdeñado precedente de la hibernación, pero esta vez de pura pena. Empezaba a volarse la paja del techo, ya que nadie más que la osa sabía cómo trenzarla, y ya crecían yuyos entre la monarda. Ni las abejas sabían qué hacer con toda la miel que tenían, y cada día preguntaban por ella con

petulancia.

Hasta que una tarde el mapache, que siempre era tan delicado y tímido que apenas si pensaban en él como miembro del hotel, y que se había ido, de hecho, poco después de la partida de la osa, llegó arrastrándose y les dijo que tenía una historia, si es que querían oírla. El pájaro pata de palo fue enviado a convocar a los inquilinos, y se reunieron todos en círculo alrededor del extinto hogar, donde en otro tiempo la osa los deleitaba. Eso bastó para sacarle breves suspiros de sentimiento hasta a la estólida cordera.

El mapache no era un gran narrador de historias y jamás se había molestado, en tiempos pasados, en aparecerse por aquellas asambleas, de manera que carecía de toda experiencia, por no hablar del talento, para saber por dónde empezar a narrar un hecho y cómo desarrollarlo en todos sus detalles, así que los animales tenían que preguntarle y preguntarle, y luchar por ordenar los hechos, con el comienzo donde debería estar, esto es, antes del final, porque aquella bestia era realmente el menos entrenado de todos los pensadores, pero después de algunas horas de agónicas repreguntas y de repetitivos cuéntamelo-otra-vez, los nudos y marañas del relato acabaron por desenredarse, y la cosa era así.

El mapache había estado husmeando por ahí, a lo largo del brazo oeste del arroyo que corre por la tercera colina… y no era cosa de ellos, tampoco, qué tenía que hacer él meneándose por ahí. A decir verdad, la razón principal por la cual el mapache contó tan pésimamente mal su historia reside en su extraordinaria reticencia en lo que se refiere a revelar sus hábitos y preocupaciones privadas. A los animales les parecía muy egotista de parte del mapache pensar que alguien se interesaba en lo más mínimo en sus asuntos, ¡cuándo estaba en juego algo tanto más importante! Pero el quid de la cosa era que mientras vagaba por allí, a orillas del pequeño brazo del arroyo, resultó que vino a internarse por un sendero de césped que los árboles aún no habían invadido, aunque lo circundaban pequeños e inocentes abedules, y allí había visto a la osa, sentada sobre un viejo tronco, y al caballo, que también estaba ahí, pero que no tascaba en absoluto el césped, sino que caminaba, más bien, sobre sus *patas traseras*.

Pero lo más estúpido en el mapache es que nada parecía asombrarlo. Dijo que la osa estaba sentada sobre un tronco y que el caballo estaba parado sobre sus patas traseras como si hablara de verduras de hoja o de algún otro mapache. Eran esta clase de cosas las que irritaban tanto a los animales. ¿Qué quieres decir, dijo el gato, frenético, con caminar sobre sus patas traseras? Mientras que el ciervo, pensando en toda su carga adicional de astas se estremeció ante la mera idea. ¿Es eso posible?, continuó el gato, pensando además en el esfuerzo que eso significaría para la espina dorsal. Vaya, eso no tiene nada de especial, dijo la gansa gris, yo lo hago todo el tiempo. Tú solo tienes *dos* patas, observó la oveja, tan esnob, siempre, en lo concerniente a las cuatro suyas, y la gansa, dispuesta a dar pelea, batió una de sus vastísimas alas para mostrar qué gran surtido *tenía*, en efecto. El mapache bostezó mientras los anímales armaban revuelo, y durante unos diez minutos, por cierto, nadie le pidió que continuara su historia.

Cuando prosiguió, lo que tenía para decir era esto: que una vez parado sobre las patas traseras, el caballo se ponía a hacer un pequeño movimiento con sus cuatro patas, que la osa parecía marcar con golpecitos de uno de sus pies, además de un balanceo de cabeza. Una vez más los animales se pusieron a discutir separadamente este punto, que qué quería decir eso de un pequeño movimiento y por qué la osa parecía estar dirigiéndolo, Cuando el gato finalmente le pidió al mapuche que lo ilustrara, *solo* obtuvo por respuesta un gruñido, pero la oveja, con

repentino talento y vivacidad, se puso de pie y baló, ansiosa: ¿Era como esto?, y con articulaciones rígidas trató de bailar lo que podría llamarse un chotis. Pero el mapache ni siquiera la miraba, y, cuando la ardilla listada, con una risita nerviosa, le dio un codazo para que prestara atención, aquel les gritó que estaban todos locos y que no podía seguir perdiendo su tiempo con ellos. La gansa gris demostró tener un verdadero don para la mediación, literalmente rogándole al mapache que se quedara un momento más, aunque ella tenía tanto derecho a enfurruñarse con la oveja como la oveja con el mapache, y lanzó una pregunta inteligente: ¿Parecía feliz, la osa?

Ya en la puerta, el mapache respondió que parecía ser la misma de siempre, y algunos de los animales alzaron las manos en señal de derrota. ¡Ese era precisamente el punto! ¡La osa nunca parecía la misma! Todos sabían cuán cambiante era, y cuán excitable. Cuando se reía, nadie reía mejor ni por más tiempo, y te hacía reír de solo oír su risa, pero, acaso, ¿no habían aprendido a estas alturas que muchas veces a la risa le seguía un suspiro, como las abejas al trébol? Oh, pensaban en ella colina arriba en el frutillar, con las manos teñidas con el jugo rojo y salvaje, comiendo kilos de esas cositas dulces, o en el tortuoso vergel, patada allí a fines del verano, alzando sus brazos cortos y poderosos hacia las manzanas de un lado rojas y amarillas del otro, y era ahí que veían más feliz a la osa, aquel ojo azul engastado en su cabeza como una piedra bezoar, pero, así como gemía en sueños, de pronto en su memoria se largaba a llover, y ¡oh, con qué semblante se ponía a merodear entonces por ahí! Pero de nada serviría hablarle de eso al mapache.

Todo el mundo se moría por saber si la osa lo había visto, cuánto tiempo se había quedado el mapache allí, cuándo se había ido y por qué, pero era inútil, no hubo manera de convencerlo. Esa era su historia, dijo, no tenía sentido darle más vuelcas, y se fue.

El hosco recelo del mapache hacia codo aquello que no fuera estrictamente los hechos hizo que algunos animales se sintieran muy engañados, y cierta camarilla se retiró, a efectos de una ulterior especulación.

¡Si por lo menos supiéramos *Eng-ish*!, arrancó a decir el gato, mientras acechaba arriba y abajo por la habitación en la que una vez habían hablado del caballo, deteniéndose luego para tomar asiento y tironearse las garras delanteras con los dientes, algo que hacía cada vez que pensaba a toda máquina.

Eng-ish, Eng-ish, ¿es que el caballo conoce eso?, gorjeó uno de los pájaros.

El gato, que por poco cruza espadas con ellos tras la partida de la osa, y que ciertamente estaba casi a punto de olvidar la empeñada promesa solemne de no molestarlos jamás en forma alguna, se abandonó a sí mismo a tal punto que arremetió contra el que tenía más cerca, y la gansa gris lo tuvo que regañar por su maldad, de modo que por poco se pierde de vista, una vez más, el punto principal.

Pero si los pájaros eran demasiado frívolos para comprender la sutileza de la observación del gato, la vieja cordera no lo era. Pues, aunque en general era la última en reparar en los modos de hablar, algo en esa cosa mal pronunciada volaba como vieja limadura de hierro hacia un imán cuando ella berreaba replicando ese sonido, convirtiéndolo en un desastre, y desafiaba: ¿Eso qué es, y qué con eso?

No había caso, nadie iba a extenderle a la oveja un pergamino en piel de cordero en

reconocimiento a su diplomacia. Y primero que nada con la dura mirada escrutadora que le dirigió al desconcertado gato, y luego con su actitud de severa desconfianza hacia todo, y hacia el gato en particular, arrancó lisa y llanamente de su cabeza felina hasta el último destello y relumbre de la secreta idea de aquel lenguaje secreto que el gato sabía que la osa conocía. Y, sin embargo, no renunció del todo, puesto que, apoyándose en el tronco de árbol que conservaba para afilar sus garras en él, se paró sobre sus patas traseras, siseando: ¿Y para qué quiere ella que él haga *esto*?

En fin, la oveja no sabía, pero sabía otra cosa. Todo, en los ojos y en la mata de pelos del gato, le decía de qué se trataba, y lanzó unas miradas de sabiduría en dirección al ciervo, que se las devolvió con cautela.

¿Qué sabía el gato? ¡Pero ellos sí sabían, sabían! ¡Que el mapache y el topo continuaran en su ignorancia, y lo mismo la ardilla listada, al igual que esos pájaros que nunca iban a dejar de ser como el día en que nacieron, unos inocentes sin esperanza! ¡Qué pensaran que no bahía nada más allá de todo aquello, nada fuera de sus tres colinas y sus cuatro bosques sino más de lo mismo!

Con infinitos animales que vivían exactamente como ellos mismos, ya fuera en hoteles o no, pero comiendo y durmiendo y pasando frío en el invierno y calor en el verano. ¡Que lo pensaran! Pero en cuanto a aquello, ¿la oveja había perdido tan misteriosamente a algunos de sus corderitos para nada? Y aquella cierva joven por la que el ciervo había lloriqueado alguna vez en sueños, ¿qué le había ocurrido en la flor de su juventud? Ellos no sabían qué era, y en realidad no les importaba saberlo, pero no por eso dejaban de saber que más allá de todo aquello había algo más, ¿y acaso lo prodigioso en la osa no era que ella también lo sabía? ¡Lo que había de prodigioso en ella, y también de oscuro!

Pero ya tenían que empezar otra vez los pájaros con su vendaval de risitas nerviosas, como niñitas provincianas en su primer día de escuela, y lanzándose en picada para pasar cerca del gato gritaban: *Eng-ish, Eng-ish*, ¿es que el caballo sabe *Eng-ish*?, ante lo cual hubo que disolver el concilio secreto con terrible premura, a tal punto que el primer pensamiento del gato sobre el verdadero secreto se perdió en la algarada entre la gansa gris, los pájaros y el propio gato.

Y debido a que se perdió, precisamente, o debido más bien a que fue puesto en retirada, como también al audaz cacareo burlón de esos cabezas de chorlito y a que todos habían tenido una experiencia tan exigua, ninguno pudo llegar a una conclusión razonable. No podían entenderlo, sencillamente era algo que odiaban, especialmente ese doble juego de su osa, la honesta, aquello de marcharse a sus espaldas para ir a encontrarse con ese caballo, sentarse por ahí sobre un tronco y alentarlo a que se parara en dos patas, ¡cuándo la obligación de toda bestia era hacer buen uso de las cuatro que le habían sido dadas!

Este era el hecho que no lograban superar. Podían entender que saliera a encontrarse con el caballo, podían entenderlo poniendo un poco de ahínco, después de todo lo había invitado a cenar una o dos veces, pero lo que no podían entender era que ella, que se preciaba de mirar a las bestias directo a los ojos cuando, no sin benevolencia, las mandaba a esfumarse, que ella permitiese… no, que alentase a ese caballo a alzar sobre dos patas su peso perfectamente aterrador, y a elevarse por encima de ella misma. Ya bastante malo era que hubiese esa desigualdad que había entre los miembros de las diferentes especies, que hacía que un gato quedase como un enano al lado de una tonta oveja, o tuviese que correr por entre las patas de un ciervo, bastante malo era ya, ¡pero que hubiera que aumentarlo y resaltarlo! Caramba, eso parecía

completamente antinatural, y que el mapache fuese incapaz, de verlo y que meramente se contentara con narrar de manera burda el hecho no era más que otra prueba de su absoluta falta de imaginación.

Fue el ciervo, finalmente, quien observó que al mapache no le *importaba* de la misma manera que les importaba a ellos, aunque la osa le lavara sus hojas. Y era verdad, ¿o no? Al mapache nada parecía entusiasmarlo. Léele cualquier milagro y él no hará más que curvar su labio superior.

De modo que los animales se encontraban en un pequeño dilema, con la mitad del hotel deseando que el mapache no hubiese contado su historia y la otra mitad inclinada muy pronto a creer que se la había inventado, pues el misterio que ella contenía los obsesionaba a todos, y aunque ya estaba terminando la primavera, muchos de ellos tiritaban y codos, con excepción de los pájaros, contemplaban los bosques oscuros con unos ojos ligeramente diferentes. *Eng-ish! Eng-ish*! ¡Cosas con las que nunca habían soñado! ¡Las colinas más allá de las colinas, y un bosque detrás de otro bosque!

Nuevas incursiones, entonces, fueron organizadas, y se trazaron planos para realizar el viaje al sagrado bosquecillo de abedules donde dijo el mapache que había visto a la osa. Pero antes se envió a los pájaros para que una vez más efectuaran un reconocimiento de aquel campo parcialmente abierto que conectaba sus tres colinas y sus cuatro bosques con el resto de las colinas y con todos los otros bosques (o al menos esa era la forma en que estas bestias *habían* visualizado su geografía), y el lisiadito volvió con —ay, pero los animales por poco se desmayan cuando lo vieron— un mechón de pelo de la osa, su osa, la de todos ellos, y se puso a parlotear tan excitado que ni los otros pájaros le entendían nada. De modo que abriéndose paso con considerable temor, la partida avanzó por terreno irregular, por entre montes y mato de hierba, una cienaguita maligna, hirientes matorrales, enredaderas de Virginia y frondas de madreselvas, hasta que llegaron a aquel campo abierto.

Desde luego, a lo largo del camino los animales se abstuvieron de toda especulación sobre lo que podría significar aquel mostacho de pelaje en el pico del pájaro. Simplemente siguieron en fila como bestias de carga, el ciervo con sus astas despejando el camino de telarañas y la oveja cerrando la retaguardia. Una pequeña procesión, más sombría —excepto por los pájaros cuya alta moral era imposible de abatir— que cualquier otra cosa que jamás ustedes puedan ver. Es más, muchos de ellos estaban muy nerviosos, dado que nunca se habían alejado tanto. Ahí por donde pasaban había hormigueros abandonados, grandes construcciones de arena hoy vacías de toda aquella industria, y nidos de pájaros caídos con diversos cascarones frágiles que, o bien habían sido ya rotos, o bien —¿quién sabe?— movían al gato a mirar con unos súbitos ojos de carroñero. Lo peor de todo fueron unos esqueletitos blancos y delgados. Nadie se detuvo a averiguar a quiénes podían haber pertenecido, pero cada quien tenía sus propias ideas al respecto.

Ahora bien, no había animal que no fuera despabilado, en lo que se refiere al rumbo, cuando viajaba solo. Deposítenlo en la más negra de las florestas y él hallara su camino entre árboles caídos y huecos en cuyo interior se enroscan serpientes, pantanos rezumantes y los sucesivos crepúsculos a medida que sube o baja la colina, pero esto sería, también, porque no estaría haciéndolo con un propósito, sino siguiendo su propio y dulce albedrío y dejándose llevar por un sexto sentido. Al gato le podía tomar quince minutos cruzar cierta franja de campo abierto

cercana al hotel, siempre y cuando, en caso de ser necesario, pudiese cortar por en medio brincando como una liebre. ¿Pero qué sentido cenia apresurarse cuando cada brizna de hierba ofrecía su propia variación de la vida de los insectos en su laberinto, tan animada y en conjunto tan deliciosa para cada uno de los sentidos, especialmente sí soplaba el viento? Y la vida era así de fascinante precisamente porque uno andaba sin prisa… Pero no este día. En primer lugar, tenían un objetivo en mente, y eso de por sí los ponía inquietos. Para continuar, además, no estaban acostumbrados a andar en compañía, y por lo tanto se sentían cohibidos y algo perplejos e incómodos al respecto. Afectaba sus instintos, también, que tuvieran que mantenerse más o menos en fila y proceder metódicamente, paso a paso, cuando todos estaban acostumbrados a viajar como lo hace un arroyo, por el paso que ofrece menor resistencia. Igual que al arroyo, llegar de ese modo adonde fuese que quisieran ir les tomaba ciertamente más tiempo, pero, una vez más: ¿y qué con eso? Puede que todo arroyo sienta que su destino lo empuja mágica y magnéticamente hacia algún río lejano, ¿pero acaso la atracción de ese fin inminente lo obliga a abrirse paso a través de la distancia más corta, la línea recta? No. El presentimiento de otro destino está todo el tiempo allí, en cada piedra redonda o plana con la que tropieza el arroyo, en cada arbusto, árbol o saliente de roca mohosa por debajo de los cuales el arroyo pasa, y lo mismo ocurría con estas bestias cuando salían a vagabundear. Cada momento del rumbo sumamente irregular que siguieron, era para ellos tan significativo, tan hechizante y sorprendente como aquello, lo que quiera que fuese, que pensaran que los estaría esperando. Pero ahora, con el descubrimiento de que una porción del pelaje de la osa colgaba de una ramita de arbusto más allá del último bosquecillo en el enorme campo abierto, se sintieron aguijoneados por la espantosa sensación de que no importaba ninguna otra cosa, y así procedieron en aquel medio mundo del crepúsculo vegetal. Vastos hongos color naranja que de ordinario habrían dejado pasmada a la oveja, poco habituada como estaba a los bosques; patizambos helechos hacia los cuales el ciervo se habría abalanzado en éxtasis; grandes troncos de árbol que les vedaban el paso, engastados con la felpa del más fino moho; rocas coronadas de ese mismo moho sobre las cuales le habría encantado al gato tenderse; ramas muertas de formas curiosamente retorcidas que en la penumbra gris habrían podido confundirse con un enemigo, la caída de una pina que habría podido hacer que la ardilla listada se quedara completamente inmóvil o que el ciervo alzara una pata, con todas las astas alerta: apenas si se molestaron en advertir todo eso. Prosiguieron, en cambio, alineados en una hilerita tenaz pero tortuosa, con las cabezas gachas, los ojos fijos en el sudo de agujas marrones. Ni un sonido hacían —habrían podido trotar sobre terciopelo, y en coturnos de terciopelo—, salvo cuando las astas del ciervo rozaban las ramas bajas, o cuando la oveja soleaba un suspiro.

Pero justamente porque esperaban cruzar el bosque por el trayecto más corto y seguir un curso lógico, y porque tenían que viajar juntos, habrían podido desorientarse tanto como unos humanos y ponerse a dar vueltas en círculos, de no haber sido por el pájaro pata de palo, que, desempeñándose como ayuda de campo de la gansa gris, descendía a intervalos para volver a encaminarlos. Pero tampoco esta guía, para unas bestias tan acostumbradas a valerse por sí solas, servía más que para irritarlas. Teniendo que mantenerse unidos en aquella enorme iglesia que era el bosque, donde la luz era de un perpetuo marrón grisáceo y de la que toda vida, a excepción de alguna ocasional mariposa, parecía haberse retirado en tal medida que era como un museo, además de una iglesia, y entre esto y que necesitaban que viniera a orientarlos nada menos que un

pájaro, apenas si cabían en sus pellejos, especialmente cuando, al pasar por el hueco de un árbol sencillamente rebosante de colmenas, el ciervo se demoró y se quedó mirando fijo. Así que ya estaban a punto de resollar de fatiga cuando el muro de árboles por fin se hizo más delgado y dejó pasar luz y más luz, ¡y de repente todo el cielo había descendido sobre ellos y comenzó la pradera! Aquí todavía brillaba el sol, con turpiales que volaban por delante de la gama gris. La alegría, el alivio y el simple cansancio los vencieron a todos, y sin una sola palabra, la tropa entera, dejándose caer entre las tibias y ásperas hierbas, se echó a dormir. Los pájaros casi parecían ser los más fatigados de todos, y se apresuraron a sentarse apretujados unos; contra otros en la rama de un árbol, algunos con las cabezas metidas para adentro, otros sosteniendo sus barbillas bien altas, como si dormir fuese un orgullo y un ejercicio sumamente activo.

Sabrá el cielo cuánto tiempo durmieron, pero la oveja fue la primera en despertarse, y dado que el ciervo dormía fielmente a su lado, también él se despertó y la siguió por el campo, invadido de hiedras venenosas y resentidas, con unos pocos cornejos que lo bordeaban.

La oveja se sentía especialmente perturbada por el largo viaje, y harta de todos los animales, con excepción del ciervo, desde luego, y, no tanto con ánimo de explorar como de mantenerse alejada de todo aquello, se apartó bruscamente, de una manera que ponía sin vueltas sobre aviso: déjenme sola. Lo bueno del ciervo era que se daba cuenta de cosas como esa sin que hiciese falta decirle nada, y supo guardar su paciente distancia mientras la oveja deambulaba en ese estado meditabundo que un antiguo proverbio del campo sanciona así: en prado verde, oveja que bala bocado pierde. Pero ella baló, si, baló repentina y brevemente, girando su cabeza en el aire. Y cuando volvió a balar, ya el ciervo se hallaba a su lado. La nariz de la oveja temblaba como la de un conejo mientras ella agachaba la cabeza hasta el suelo y volvía a levantarla, y el ciervo, que muy bien podía darse cuenta de que su amiga estaba teniendo una crisis, la contempló en solidario silencio. Ella balaba, pateaba el suelo, al fin se dejó caer pesadamente, luego volvió a levantarse y trotó de aquí para allá, y una vez mostró sus viejos dientes amarillos, una positiva señal de emoción de su parte.

El ciervo tenía razón. Algo le había ocurrido a la oveja, Estaba como uno que al inhalar alguna fragancia amarga parece haber traspasado el umbral de otra vida, o que mediante el gusto ha dado con regiones solo a la oveja asequibles. El mando olvidado y sepultado acababa de resucitar y la oveja quedó boquiabierta ante su furia prohibida, ponía los ojos en blanco igual que la osa y olfateaba y giraba la cabeza de norte a sur y de este a oeste, con un susto morboso y la breve colita estremecida; hacía ademanes, resoplaba, miraba por encima de su hombro, presionaba su nariz contra el suelo y volvía a mirar hacia arriba. Y así siguió la cosa. Sabrá el señor lo que pensaba el ciervo, pero la oveja había sido atrapada por un recuerdo, y caído de cabeza en su bolsa, de suerte tal que logró extraer, de un revoltijo de cabos y retazos deshilachados, una hebra singular: viejo ovillo de los días en que era una borreguita que iba siguiendo a su madre, y los días que vinieron después, cuando retozaba sobre unas patitas desgarbadas, y los días posteriores cuando… y de repente, lo encontró. ¡Esas marcas en la hierba! ¡Míralas!, ordenó al ciervo. Y así lo hizo él, pero, medio ciego como era, no pudo ver aquello a lo que ella se estaba refiriendo. Llena de un repentino desprecio, la oveja berreó: ¿No ves cómo está aplastada la hierba? Y entonces el ciervo admitió que aquello era sospechoso. ¡Es más que sospechoso!, barritó ella como una vieja cordera, ¡es la prueba! El ciervo habría podido estrujarse las manos, de haberlas tenido, pero la oveja se puso en marcha igual que un hombre de negocios, diciendo:

¡Ahora solo tenemos que encontrar esa mole de pelos suya! Y sí que la encontró, siguiendo simplemente las marcas en la hierba, allí donde un triste jirón colgaba —tuvieron razón los pájaros— de un trozo de arbusto retorcido alrededor del cual una araña había empezado a tejer su horrenda red. ¡No lo toques!, berreó la oveja. ¡Considera solamente el modo en que lo encontré! Pero la ansiedad había debilitado tanto la vista del ciervo que tuvo que confesar que no distinguía una cabeza de una cola, ¿sería ella tan amable de explicarle qué era lo que quería decir? La oveja resopló, pero le pidió que se sentara, y cuando con patas temblorosas él le obedeció, ella pronunció en voz baja: *Ang-ish! Ang-ish!* La *sh* bajó por la espina dorsal del ciervo y, como en un eco del pasado, figuras de sueño en algún profundo hueco quién sabe en qué lugar comenzaron a parecer girar y a moverse como si pudieran en algún momento hacerse presentes por completo. Cuando yo era joven… empezó a decir la oveja… Después de que mis corderitos… volvió a empezar… mis bebés, ya sabes… fueron raptados, los busqué como ahora estamos buscando a la osa. Nunca lo olvidaré, No me dejes recordarlo. ¡Oh, ciervo! Y tosiendo con un seco sollozo, cayó contra él. Pero enseguida pudo dominarse y prosiguió: Había marcas como esas en la hierba, y yo pude ver qué las producía. Es un artilugio que se lleva a los animales y que rueda sobre el suelo como no lo hace nada que se apoye sobre patas. Sabes, los que no son como nosotros son una parva, muchísimos. No tienen cuatro patas, solo dos, como la gansa. ¡No sigas!, berreó el ciervo. ¡Tengo que hacerlo!, dijo la oveja, porque no podemos decírselo a los otros. ¿Cómo es que la huella pasa tan cerca de este arbusto? Hilos estuvieron aquí, y raptaron a la osa, tal como lo hicieron con mis bebés. Al menos espero que se hayan llevado también al caballo, fue lo único que el ciervo pudo responder, en un desesperado intento de resultar chistoso.

Porque acababa de abrirse, ante él y su tierno corazón, un mundo entero de maldad, y sus suaves costados trepidaban. Ni por un momento dudó de que la oveja estuviera en lo cierto, pues ella, que siempre tenía autoridad, la tenía doblemente cuando se trataba de hierba aplastada y corderos raptados, y con lo que él mismo recordaba acerca de su cierva, si no llegaba a ningún resultado salvo sumar a la confusión más confusión, había no obstante un conocimiento que parecía también multiplicarse.

La oveja no lo dejaría en paz, a lo largo del camino de regreso y durante todo el día siguiente, sino que lo espoleó y lo asedió con preguntas, aseveraciones y suposiciones horribles. Hasta entonces el ciervo no había sabido lo que significaba *raptado* aunque sí suponía, en primer lugar, que solo les ocurría a las mejores personas, como los dos amorcitos lanudos y de ojos azules de la oveja, que eran los corderitos más preciosos y mis buenos que una oveja hubiese tenido jamás, y como la osa, que era, todos ellos lo sabían, la *mejor* osa que jamás hubiera existido. Lo que lo llevó a preguntarse, con optimismo, qué objeto tenía lamentarse. Aun si no regresaban, tenía que haberles sucedido algo bueno, ¿o acaso no? Si, a los mejores les ocurrían las mejores cosas. ¿Y qué hay de tu cierva?, disparó la oveja. Pero aun así, le informó a continuación, aun si únicamente les sucediese a los *mejores*, eso no significaba que fuera *para mejor*. Y le dijo más, le contó cosas que ella misma había casi olvidado hasta que la visión de las huellas de aquellas ruedas de carromato (porque hasta las palabras le habían regresado) removió esos sedimentos en el atiborrado costal de la memoria. Especialmente cosas sobre… Oh, cómo se enlazaba aquello con el caballo caminando sobre sus patas traseras, porque eso es lo que hacían *ellos* y sus pieles eran tan extrañas,

algo parecido a la tuya, le reprochó al ciervo, salvo porque la cubren con cosas, y fue entonces que malévolamente recordó que era por causa de esa piel tan mala que tenían que necesitaban enfundarse en pieles como la de *él* o la de *ella* o las de otras criaturas para cubrirla, ¡y que no había ni una sola de *sus* especies a la que no se comieran constantemente! Pero en ese punto el ciervo no soportó más, ya no lo aguantaría, y finalmente le dijo que si no paraba tendría que alejarse, porque no se trataba únicamente de la tortura de pensar en lo que podrían hacerle a la osa, con toda esa carne y esa piel. Había mucho más, había, por fin, un despertar a la imagen, hipnótica y como de trance, del momento en que, con un retumbar de trueno y un estallido de humo azul, su bella cierva había caído sobre sus rodillas y se había derrumbado, pero con su último aliento había alcanzado a advertirle que corriera. Y eso es lo que hizo, ¿pero quién podía soportar pensar en ello? En una palabra, un mundo tal de misterio y sufrimiento había destellado frente a él que todo lo que podía hacer era estarse al acecho, armado de todo un monte de astas.

En cuanto al resto de las bestias, la desilusión había sido brutal: toda la gran travesía de ida y vuelta hasta allá para no encontrar otro signo de la osa que una hilacha. Uno o dos de ellos habían explorado el otro lado de la pradera cubierta de césped y observado que el bosque era mucho menos denso allá, y quién sabe en qué se convertía o qué cosa se extendía a partir de ese bosque, pero todos reconocieron que habían llegado al límite y linde de su mundo, y no se atrevieron a ir más allá (era esa una ley no escrita). Solo cabían especulaciones que cada quien trató de reprimir, especial menee la oveja, quien reconocía que la doble huella en la hierba ascendía directamente hacia el bosque y se adentraba en él, lo que inevitablemente significaba que algo sucedía, y algo más bien desagradable, podías dar eso por sentado, al otro lado de aquellos árboles jóvenes.

Pero la propia e íntima filosofía de cada animal vino en su rescate, de lo contrario habrían podido acabar sus días durmiendo, para aplacar su aflicción, entre la áspera y cálida hierba. A cada animal lo sostenía cierra intima confianza y fuerza secretas, de suerte tal que cada uno rehízo el largo camino de regreso a una velocidad redoblada. Pues en el interior de cada uno, además, yacía la esperanza de que ella hubiese podido regresar durante su ausencia y estuviese esperándolos, ¡con humo brotando de la chimenea y pescado fresco y cebada segada y hierba gallinera sobre la mesa! ¡Un sueño! ¡Una ilusión que solo sirvió para espolearlos! Lo sintieron todos, tan pronto como entraron en el hotel, vacío de todo excepto de esos insolentes ratones.

Y de allí en adelante las cosas cambiaron, ya que cada bestia sentía en su corazón que los días gloriosos habían terminado y que se había marchado su reina, y dentro de cada uno de ellos, por separado, se abrió paso la resolución de que no tenía objeto seguir juntos si ya no era la osa quien presidía, y aunque el gato, haciendo un cierto acopio de arrojo enclenque, se atrevió a proponer que siguieran adelante con el hotel de acuerdo con la tradición por ella establecida, nadie se molestó siquiera en responderle, pues bastante claro estaba para todos que cada uno se marcharía hacia fin de mes. Y así como jamás ninguno de ellos dijo de dónde había venido, nadie dijo tampoco hacia dónde partiría, pero todos sabían que los pájaros ya no volverían nunca a ver a la oveja, ni la ardilla listada al ciervo, y así sucesivamente, y que cada uno se iría por su propia senda, incluso el pájaro pata de palo, a fundar su propio destino. Hasta ahora, la osa había hecho del destino de todos su propio asunto y su destino propio, ¿pero quién sino alguien de gran corazón como ella podría hacer semejante cosa? Dado que los animales eran todos fatalistas y gente bastante aguerrida, nadie lloriqueó realmente, pero más de uno se acercó en secreto a aquel jirón de piel, cuidadosamente colocado sobre la repisa encima del hogar como si la repisa fuese un altar

y aquella piel la más sagrada de todas las reliquias, y más de un suspiro brotó por aquella gran bondad que había sobrevenido, había reinado y había vuelto a partir.

Y entonces, después de días y días, un fardo diminuto de eternidad en el que cada uno revivió su propio pasado y pensó en los grandes festines de peces que fa osa había prodigado, en los bollos de miel y el maíz dulce tostado, en las recolecciones de bayas y las cosechas de manzanas, en las *soirées* en que las luciérnagas danzaban con los gusanos de luz acompañándose del *pizzicato* de los grillos y los solos de jóvenes sapos tenores, y toda la vida buena y alegre y las buenas historias, con la osa siempre ocupada trasplantando arándanos y moras y trayendo el delantal lleno de nueces para la ardilla listada, regañando a las abejas o increpando al ciervo por el rastro de hierba que dejaba al entrar, o a la gansa si tenía las patas mojadas, y riéndose y dando vueltas por ahí con su andar suave, invitando al castor, amonestando o echando a la nutria y haciéndoles arrumacos a todos y riendo con ellos, y luego saliendo a cavilar por su cuenta hasta el paraíso de los cornejos, de pronto, ella entonces, *apareció*.

¡Apareció al anochecer! Y era tal el revoltijo de recuerdos y el estofado de congoja en que se encontraban los animales que por poco la toman por un fantasma, y un fantasma es lo que era de su antiguo yo, puesto que había perdido al menos quince kilos y su pelaje estaba tan raído que daban ganas de llorar, o de darle inmediatamente un buen baño, y traía la oreja izquierda desgarrada y una mano herida. ¡Pero… su osa!, con un grueso collar de cuero alrededor del cuello y una cadena que le colgaba y una herida abierta, allí… ¡su osa! Y estaban tan contentos, tan preocupados y tan contentos, que no sabían qué hacer excepto prepararle un poco de su propio té de menta y hacerle la cama, puesto que era evidente que había venido de muy lejos y estaba a punto de derrumbarse. El viejo ciervo propuso un buen masaje y así se hizo, con amasado a cargo de almohadillas gatunas y pico de gansa, y luego la tendieron en la cama y allí se quedó unos cuantos días, con el mapache portándose mejor que nunca y todo el mundo haciendo los mandados. Oh, qué bien durmieron todos aquella primera noche… ¡por fin, por fin! Y qué bien —y qué ocupados— estaban a lo largo del día, con alguien a toda hora entrando en puntas de pie para velar su sueño ligero. Durante el reino de la aflicción, cada uno había estado demasiado desanimado para prestar la menor atención a los ratones, o a la parra que estrangulaba la escalera, o a los yuyos que invadían la monarda, pero ahora, con ella de nuevo en casa, el gato se aplicó con los ratones a conciencia y la oveja arrancó los yuyos con sus propios dientes amarillos mientras los pájaros ayudaban a la ardilla listada a atar bien derechitos los sarmientos. De modo que muy pronto el hotel volvió a quedar en orden y la osa finalmente estuvo lista para levantarse, con su oreja remendada y su capa de piel recién lustrada a la cera de abejas, aunque todavía tenía que aplicarse compresas calientes de monarda en la mano.

Oh, era un júbilo, un júbilo, era un aleluya, y a nadie se le ocurría hacer pregunta alguna hasta que la osa estuviese lista para hablar, y nadie pensaba tampoco en lo que había podido sucederle, tan contento estaba cada quien con tenerla de vuelta y con que el viejo orden se hubiese restablecido. Hasta ese momento no podían ver, ni uno solo de entre ellos, lo mucho que habían sufrido, cuán desolada imagen habían estado forjándose del futuro, cuán quebrados estaban sus espíritus, cuán perdido su paraíso. Pero, recuperado el paraíso, vieron al fin, y se sintieron más sabios por eso; en especial, el ciervo y la oveja, que pensaban que, aun si habían vivido tres vidas, habían logrado abrirse paso del otro lado. Y puesto que la osa se sentía igualmente feliz, hubo fiesta y festival, almuerzos campestres y grandes veladas musicales con pomposas delegaciones de cuervos de patas negras y una bandada de zorzales, cardenales y alondras, así como ese plagiario, el pájaro gato, o el auténtico pájaro imitador, el ruiseñor. Y la oveja por poco escupe hasta los pulmones por competir con la cabra, su rival imaginaria, y el gato gimió como si estuviese poseído por las más bajas pasiones, mientras la ardilla listada hacía lo que podía y el ciervo alardeaba con algún recuerdo de juventud. Y sobre unas bandejas amontonaron para ella frutillas silvestres en su punto de maduración, y hasta el mapache mostró su gratitud atrapando docenas de peces, desde anguilas hasta truchas, y había suficiente miel sobrante como para endulzar mil y mil imaginaciones, Así que todo el tiempo fueron buenos tiempos, hasta que la mano doliente no dolió más, y la oreja quedó casi como nueva, y al menos diez de los quince kilos perdidos fueron recuperados. Y entonces, una noche, después de una cena particularmente lujuriosa, los reunió a su alrededor y, refulgente su ojo azul, procedió a comenzar a contar.

Ahora bien, como ya se ha dicho antes, era una ley no escrita del hotel que ningún animal se refiriera a aquello de lo que había venido ni a lo que había hecho en la vida antes de llegar a establecer su residencia allí. Una ley no escrita que se aplicaba a todos y cada uno, y a la osa más que a nadie. No me hagan preguntas y no les mentiré. Eso, por una parte, y, por otra, la suposición, tanto de la osa como de sus inquilinos, de que nada, antes del hotel, habría podido ser ni la mitad de bueno de lo que era la vida allí, de manera que ¿para qué aburrir y apenar a la gente hablando de aquello? Por supuesto, las historias que se contaban en las veladas lo aludían a su manera, puesto que todas giraban alrededor de experiencias reales que los animales habían padecido, de las que habían oído hablar o que habían observado, pero dado que ante todo se trataba de cuentos, que contenían toda clase de modificaciones y disfraces, nombres y lugares cambiados, y cuentos —además— de cuentos, nadie tenía, pues, por qué angustiarse pensando que lo que oía era una confesión real o literalmente la verdad. Y lo cierto es que nadie tenía ganas de esa clase de confesiones. Pues la vida en el hotel no era menos real, y de una realidad tan agradable y variada, tan continuamente interesante y fascinadora que cualquier experiencia anterior se desvanecía hasta ya no aflorar más que en sueños. La curiosidad, desde luego, había sido siempre más aguda en lo que concernía a la osa, pero la mitad de esa curiosidad era amena ociosidad, una mera forma de matar el tiempo preguntándose acerca de alguien que de todos modos ya ocupaba un lugar tan grande en sus mentes, y ciertamente hacía mucho que los animales estaban resignados a aceptarla a valor nominal, y daban gracias por ello.

Pero esta noche, con ella sentada ahí, rebosante de energía y jovialidad y rodeada del misterio de su fabuloso regreso como un sanco lo está de su halo, reman que admitir que se hallaban

sencillamente en ascuas, y que si no averiguaban —y esa misma noche— qué había ocurrido y dónde había estado, para decirlo mal y pronto, se morirían. Y también, especialmente, el caballo. ¿Qué había sido de él? ¿Quién había desperdiciado en él siquiera un pensamiento durante el reino de la aflicción, o incluso durante los días que la osa se pasó durmiendo arriba, en su cama, y ellos anduvieron tan ocupados poniendo las cosas en orden y dejando todo aseado, o siquiera después de que ella se levantara y todos los días fueron día de frutillas o día de peces o día de campos verdes? Pero todos los acontecimientos tienen su curva y cada emoción tiene su ley, y esta noche estaban listos, por fin, para un arranque de curiosidad que se extendía en todas direcciones y que hervía por devorar hasta el último detalle, incluso acerca de ese tonto alborotador que por poco les acarrea una pena irreparable y despedaza su reino.

Tanto la oveja como la gansa fueron lo bastante cascarrabias como para insistir en que el mapache estuviese presente a fin de que aprendiera cómo contar una buena historia, y llegase acaso a percibir hasta que punto el contarla debidamente dependía de la gracia, la perspicacia y la generosidad; y, aunque el mapache fue lo bastante considerado como para asistir, su consideración pareció liquidarlo, ya que enseguida se quedó dormido y, por mucho que la oveja lo aguijoneara con una pezuña dura y callosa, nada pareció capaz de despertarlo. De manera que no aprendió cómo contar una buena historia ni se enteró jamás —que ellos supieran— de la mitad siquiera de todo aquello que a la osa le había ocurrido.

Aunque era una noche de comienzos de junio, se había puesto a soplar un viento cargado de lloviznas, y la osa, a quien un buen fuego le agradaba tanto como una buena cosecha de bayas y cebada, lucía radiante cuando les sugirió que armaran uno, en honor de su mano antes doliente. Gato trajo, pues, ramitas; ciervo fue cargado con unos leños grandes que el castor había tenido la amabilidad de cortar, y muy pronto hubo un fino lecho resplandeciente de brasas rosadas, alrededor del cual se acomodaron las bestias. Muchos miraban su amplio y corto regazo con ojos anhelantes y pensativos, pero ninguno, ni siquiera la ardilla listada, habría soñado con acurrucarse esa noche allí. No. Cada cosa en su lugar y todo a su debido tiempo. Ella tenía una gran historia para contar, lo sabían, y para eso necesitaba una distancia adecuada, con su público erguido y alerta ahí ante ella. Y, además, ¿quién se había sentado en su regazo desde que volvió? La grandiosidad de su desaparición la rodeaba tanto como el halo de su misterio, y no había uno solo de ellos que a pesar de sí mismo no estuviese intimidado y lleno, por lo tanto, de una dulce y tímida reserva.

Ahí estaba, pues, sentada con las manos en los apoyabrazos de su silla y el ojo azul centelleante, sonriendo con todo su pelaje cuando los miró a todos y comenzó: Bien, mis queridos, y prolongó aquella palabra, *queridos*, con la cantarina pronunciación que hacía que el gato parase las orejas como las del ciervo, y que reducía a la gansa a una mirada idiota, de simple satisfacción, mientras que la ardilla listada, por su parte, temblaba hecha un tifoncito de nervios complacidos.

Y así arrancó. O esperaban que arrancara, por la infinita huella de tiempo y distancia que los separaba tanto de la anterior felicidad como de la felicidad actual. Y la oveja plegó los pies por debajo de su cuerpo de modo tal que parecía no tenerlos en absoluto, el gato se tendió en la postura de la esfinge con un delgado pie asomando con delicadeza, los pájaros entusiasmados se apretujaron junto a la gansa gris sobre la parte más gruesa de la rama y el ciervo se despatarró en su embeleso. Y la osa se puso a hablar y prosiguió con esa voz como de miel que le venía cuando

estaba más alegre y lanzada de lleno, como lo estaba, a contar una historia. Y los animales escucharon como lo hacían al principio, solo al rizo y la floritura de su voz, sin molestarse en asimilar gran cosa del sentido, algo que la osa bien sabía, así que siempre les brindaba un prefacio y un preámbulo antes de adentrarse en el quid de la cuestión. Y lo mismo esta noche hasta que, por fin dispuestos a la atención, advirtieron que por el momento no había mencionado al caballo, ni la razón por la que ella se había marchado, ni cómo había regresado, y que aquello a lo que se refería, más bien, eran cosas muy remotas, oh, tan remotas, cosas que ocurrían en un bosque, pero no un bosque de pinos como aquel por el que habían transpirado, sino un bosque de grandes robles, con los robustísimos troncos todos adornados de hiedras y redondas matas de muérdago prendidas a sus ramas, algunas de ellas tan grandes como nidos de águilas, un bosque perfumado pero no resinoso como el de pino con esa trementina que chorrea y rezuma a lo largo de los troncos, no, más bien un bosque con aroma dulce de hojas verdes y de frutos rojos que crecen entre los musgos y caminos y sendas y avenidas, dondequiera que uno mire entre los vastos y elevados árboles que alzaban sus dilatadas bóvedas frondosas, a tal punto que bajo su techumbre se cobijaba el cielo mismo y a la parte más baja la luz del sol llegaba teñida de verde, ¡y estaba siempre fresco, dulcemente perfumado y limpio! Nada de malezas, ni de marañas de arbustos, ni de pequeños matorrales creciendo allí donde nada tenían que hacer, oh, todo despejado y en orden, solo con esos grandes príncipes entre todos los árboles, ¡esos verdaderos reyes que alzaban sus cuerpos fornidos y sus extensísimas ramas hacia el cielo!, y ella había vagado y andado jugando con su madre por allí.

¡Su madre! ¡Atenta!, se dijo la oveja, y miró al ciervo para ver si lo había registrado. Pero el gato sí lo había registrado, si es que acaso el ciervo no, dado que se puso a retorcerse uno de sus más que encerados bigotes con esa manera suya que a la oveja siempre le daba ganas de balar. ¡En efecto, su madre! ¡Y que madre! Eso fue quedando de lo más claro a medida que pasaba el tiempo en ese enorme y majestuoso bosque. De lo más claro, sí. Una madre maravillosa, la más maravillosa que ningún oso haya tenido jamás, oh, tan buena, tan sabia, con respuestas para codo y que sabía muchas más cosas que las que una cachorrita pudiese inquirir.

¡Una cachorrita! Hasta el ciervo captó aquello, y pareció poco menos que afligido, puesto que si todos los presentes habían tenido una niñez, niñez que, si era preciso recordarla, podía ser recordada, eso era algo que estaba muy bien y que era esperable. Eran de lo más común, tan solo animales. ¡Pero la osa! Para el caso, ¡uno podía esperar darle un padre al fuego, o a la luna una hermana! Las personas como ella no crecían, advenían, ¡eran dadas al mundo hechas y derechas, magníficamente equipadas desde el principio con estatura, corpulencia, garras y sabiduría!

Ese reparo se les ocurrió a todos, cada uno tuvo su pequeña pausa, de modo que hubo un salto en la continuidad, desafortunadamente, en realidad, ya que de repente se anunciaban problemas… y la estación había cambiado, ya no era el verano con su profundo aroma de helechos, de musgos y de hojas, ni el otoño con su lluvia de oro. Era el invierno, y la nieve forraba cada rama, y el suelo era puro armiño, y allí estaba ella, se había quedado merodeando para contemplar las formas que producía esa nieve entrecruzada cuando, atención, oyó el choque más terrible, un partirse y chirriar de ramas y un gran *plof*, y a continuación el rugido portentoso de su madre, qué rugido, ¡habría bastado para precipitar roda la nieve acumulada en las ramas e iniciar una avalancha total de los cielos! Y corriendo eras las huellas de su madre, ella se había encontrado con la tragedia, puesto que no era otra cosa; ¡su madre había caído en una fosa para

osos!

¡Una fosa para osos!

Por una vez las preguntas fueron desenfrenadas, no hubo una sola bestia que no estuviese ansiosa por saber qué era una fosa para osos, y una vez que se les dijo, ninguno de ellos pudo contener un grito ahogado ante la perversidad de semejante cosa, ¡oh, qué cosa más perversa! ¡Solo esperen y verán!, dijo la osa, casi triunfal, y el ciervo dijo que no sabía si podría y que tal vez tendría que excusarlo si aquello iba a ponerse aún peor. Y créase o no, ya asomaban las primeras lágrimas en las comisuras de sus ojos y la osa, para calmarlo, dijo que eso había sido en días remotos, e hizo una pausa y amplió con ademán redondeado, *en una tierra distinta*.

Tierra, tierra, repitió el gato, puesto que ellos vivían sobre la tierra, ¿qué quería decir con una *distinta*? La ardilla listada se alistó en la conversación, delineando un esbozo de la geografía inmediata. Te refieres, dijo, a otra tierra que está más allá de la pradera cubierta de césped… y no era que hasta el momento alguno de los animales le hubiese mencionado a la osa que habían estado allí. Pero si acaso la osa se preguntaba cómo era que la ardilla listada sabía algo al respecto, esta no era la noche para ponerse a investigarlo, con tantas otras cosas en juego y muy especialmente la importante palabra *tierra*. Y como una buena maestra trató de describirles cómo aquello estaba más allá del agua, agua y más agua, días y noches de agua, semanas de agua, y de agua salada además, con peces tan grandes como una carpa de circo. Pero en eso los animales volvieron a interrumpirla y la osa, al ver que había caído en la trampa de su propia experiencia mundana, no pudo evitar echarse a reír y decir tan solo Esperen.

¿Pero cómo de grande?, insistió el gato, y la osa dijo tan grande como desde el hotel hasta la primera colina, ante lo cual todos se quedaron mirándola boquiabiertos como unos bobalicones, y la oveja la observó con reprobación, ya que la osa obviamente les estaba tomando el pelo. Pero no dijo nada, allá los otros si le creían, se contentó con preguntar secamente si la osa había comido alguna vez un pez tan grande. ¡Y cómo se rio la osa!, hasta que la gansa gris, al darse sencillamente por vencida ante las nociones de *tierra y agua*, graznó: ¿Pero qué pasó con tu madre en la fosa para osos? Y la osa se puso seria y dijo que eso era demasiado malo para recordarlo, porque al final habían llegado unos tramperos con botas y bigotes, después de que ella se hubiera pasado toda la noche en un árbol, llamando a su madre que estaba allá abajo sin ninguna herida pero hecha una perfecta furia porque no conseguía salir; sí, tramperos con bigotes y botas habían venido al día siguiente, y la sorprendieron mientras ella estaba inclinada sobre la fosa tratando de pensar maneras de sacar a su madre de allí, y le echaron encima una red y ¡ay, qué época vino después de aquello!

¿Te llevaron en un carromato?, interrumpió la oveja, con una voz peculiarmente tensa.

La osa, que parecía haber estado perdida en un sueño, inclinó vagamente la cabeza, lo que la oveja tomó por un sí, y le dio un golpecito al ciervo.

Pero ese era apenas el comienzo del relato de la osa. Atrapada en una red, llevada en un carromato, transferida de hombre fornido a hombre fornido, la mayoría de ellos con barba, muchos de ellos con botas, sus pesares no tuvieron fin sino interminables comienzos, y ahora no iba a arrastrarlos a todos consigo sobre aquellas ascuas. ¡Pero basta para ella, basta de pensar en eso, incluyendo el destino de esa maravillosa madre suya! Finalmente fue a parar a las manos de un tipo de tez morena, un gitano según creía ella, quien la entrenó para bailar, y puesto que era joven y adoraba el movimiento y la acción, eso, por cierto, no le molestó. Era una vida bastante

buena, con la multitud, y las risas que la esperaban si hacía las cosas bien. ¡Y créanme que yo las hacía bien!, agregó la osa, con perdonable entusiasmo. Yo me daba cuenta porque todos se reían y la mitad de las veces aullaban, y a mí me encantaba, cómo me encantaba, puesto que era más bien tonta, y nada me disuadía de hacerme la payasa y burlarme de la condición osuna.

¿Y eso qué es?, preguntó el gato.

Oh, murmuró la osa, una cosa que se me pegó en Alemania, aunque yo en realidad soy una osa bohemia.

En este punto, no obstante, ninguna bestia dijo ni pío; de hecho, todos estaban dispuestos a dejar de hacer preguntas. Tantos nombres para tantos lugares y toda esta confusión sobre agua y más agua, y tierra que no era tierra, y carromatos y bigotes. Querían que su mundo en expansión se contrajera, a decir verdad, sencillamente los agotaba oír tanta cosa: caramba, ni siquiera habían logrado entender toda la primera parte, la parte en que la madre caía en la fosa, por no hablar de lo que una vez, ella llamó feria y la siguiente vez en el circo. Y en cuanto a los hombres y los gitanos, ¿no era todo lo mismo? Apenas una parte de lo que preferían que les entrara por una oreja y les saliera por la otra, y algunos se crispaban y otros cambiaban de posición, llenos de nerviosismo, mientras que el mapache roncaba abiertamente.

Todo esto la osa lo veía, pero la tenía sin cuidado. Se había lanzado sobre la espuma de mar de sus propios recuerdos y Saltado desde una rama flexible hasta la mitad del cielo, con las luces calientes y apasionadas del circo que apuntaban sobre ella y los olores repugnantes de esa muchedumbre amontonada, toda caras inclinadas y dientes brillantes al descubierto, y aquellos lugares donde los ojos emitían luz con ese sonido surgido como de una sola garganta, la de alguna bestia más enojada que ella misma, hasta que entendió mejor y supo que eso significaba oro, oro tintineante en la gorra de su amo, y trocitos de azúcar en lugar de azotes o pinchazos con instrumentos puntiagudos para ella. Caramba, eso era algo que una osa en su hueco, allá por el camino de los cornejos, sabía muy bien: ¡cómo evitar que a tu amo se le erizaran los pelos hasta el día que le dieras el último abrazo! Pero tuvo que sudar la gota gorda para lograr eso, y primero estuvo arrastrando los pies por las meras calles, cerca de los mercados de gallinas, gansos y frutos, con un burro que rebuznaba en cuanto dabas tus dos primeros pasos o un caballo que relinchaba con un collar de campanitas, y los pequeños que se apiñaban alrededor y los grandes que empujaban y las bocas de todos abiertas por la sorpresa cuando el amo exprimía el acordeón y, muy a su pesar estremecida, ella trataba de saltar como alma que huye de su carne forrada en gran pelaje. Fue entonces cuando aprendió algo que le serviría como lección para la vida: cuanto más seria estaba, más graciosa la encontraban ellos. ¿Qué hacer al respecto? Cuánto lo había detestado, en un principio, y llorado lágrimas ardientes de vergüenza, para luego aprender que —cada quien con su llanto, el temor es para todos— no importaba: la vida no era más que una larga vuelta por la arena de un circo, y todo acababa por caer otra vez donde debía, todo volvía a girar, todo regresaba a su sitio si una aguantaba, si sabía esperar el momento. ¡Cualquier oveja, allá por el camino de los cornejos, lo sabía muy bien!

Así fue, de ciudad en ciudad, arrastrando los pies y tintineando con una cadena al cuello y una gorra sobre su cabeza, y de noche regresaba con el gitano a casa, una jaula llena de paja, sencillamente, plagada de pulgas y tirada por un jamelgo más cadáver que caballo, todo llagas, verdugones y huesos, un caballo a quien el amo azotaba cuando quería y pateaba cuando no, y así seguirían siendo las cosas, duro y parejo, ¡duro y parejo!, hasta que tuvo la suerte de ser raptada.

¡Tres veces me han raptado!, añadió.

Pero la segunda fue la mejor, y ella prestó su ayuda, sí que lo hizo, al no gruñir ni mostrar los dientes sino mostrándose tan dócil como un corderito ante el hombre que abrió su jaula en medio de la noche. Y ese hombre era bueno, le enseñó tantas cosas, todo lo que sabía, en pocas palabras… Ella tocaba un tambor a rayas rojas y blancas y usaba un alto sombrero de piel, se sentaba frente a un piano y elegía una canción, aprendió toda clase de pasos y bailes nuevos, así que muy pronto formó parte de una *troupe* con otros osos, con terriers que se arrojaban desde muy alto y caían en unas redes y de un salto pasaban a través de un aro, por supuesto, y leones que se sentaban sobre taburetes y le gruñían al guardián armado de un largo látigo negro.

Y ni una sola de las bestias preguntó quiénes o qué eran los leones, ni demandó precisiones sobre los terriers ni la interrogó sobre los tigres que aparecieron en su historia ni sobre los elefantes de colgante trompa. La oveja pensaba que mentía y los demás tan solo pensaban: ya preguntaremos a su debido tiempo, lo pensaban lánguidamente, como si el debido tiempo quedara a kilómetros de distancia, mientras que el ciervo se decía, lado a lado con la oveja: yo sé quién es ella, y eso me basta.

Pues bien, dijo la osa, trajeron a un caballo.

¡Oh, qué estremecimiento de fosas nasales la asaltó y los asaltó a todos!

Tenía el cuerpo negro con manchas blancas y las más delicadas orejitas y los ojos más grandes y oscuros, y que pies, y qué patas. En toda mi vida no he visto nada tan lindo, y lo llamaban «pies ligeros». Twinkletoes, un nombre que yo detestaba. Un tipo nacido para el negocio, decían todos. Un genio absoluto, en realidad, aunque no había sido criado para aquello. Esas cosas suceden. Un caballo nace en algún establo o cosa por el estilo, en una granja llena de barro, lodo y gallinas, y su vocación desorienta y deja perplejos a los de su propia raza. ¡Compadézcanse del caballo que jamás se fuga! El que, primavera tras primavera, sigue a la reja del arado en fangosa línea recta, o el que plegadas las rodillas espera en el campo mientras le amontonan heno encima. Compadézcanse de aquel que en la ciudad va tirando del carruaje al servicio de unos idiotas con dinero para gastar. La vida, que habría podido ser espléndida, no lo es, y todo porque se le ha ido el autobús, porque nació en el establo equivocado y ya le habían echado la tranca a la puerta, ¡y su fuego, su sentido teatral, su vanidad y su belleza, todo se ha ido a la basura!

Hizo una pausa, la ardilla listada bostezó.

Este sujeto tenía buena suene, continuó. Era afortunado y valiente, y se encariñó conmigo como pez escapado de una nutria, y yo me encariñé con él como la alondra con las abejas. Así que no tardaron ni un minuto en ponernos juntos en un mismo acto, conmigo sujetándolo por las riendas y él zigzagueando detrás de mí, girando la cabeza sobre ese cuello de cisne que tenía, y haciendo los juegos más elegantes con sus pies. Con él, las patas traseras nunca estorbaron a las delanteras, era Jack el Ágil y Jack el Veloz, y resoplaba y bajaba las orejas y fingía morder… a mí no me engañaba ni nunca se dejaba engañar.

Luego aprendí un pequeño ritmo en el tambor a rayas, y acompañé con él los pasos del caballo. Con eso enloquecían todos. Silbaban, rugían, lanzaban sus sombreros a lo alto y la mitad jamás los recuperaba, la casa se venía abajo, como se suele decir, y nos hicimos famosos, íbamos de ciudad en dudad, abriéndonos camino de Praga a París, deteniéndonos en Austria, en Lyon, en Arles. ¡Qué vida! A veces solo nos quedábamos algunos días, a veces no más de uno, y allá partíamos, amontonados en jaulas y carromatos, para ser zarandeados y sacudidos en todas las

direcciones, en medio de la oscuridad. Y llegamos a odiar que nos separaran, aquel caballo y yo, tanto que los viajes se volvían por demás agotadores, a partir de cierto momento él ya no encontraba placer más que en estar conmigo, así como yo con él, ¡las horas que pasábamos conversando! ¡Cómo improvisaba, cómo inventaba!

Él no había sido raptado dos veces como yo, ni arrancado a su madre en una fría mañana, sino vendido, de lo más legalmente, y el caballo se acordaba del regateo entre su dueño el granjero y el director del circo, y sabía cuándo patear el suelo y revolear sus grandes ojos hasta mostrar la parte blanca, de modo que podía decirse que ese caballo conducía su destino por propia mano y prácticamente organizaba su propia carrera. Bien, pero por conversar tanto con él todas esas veces, en los entreactos y en la carretera, yo podría haber olvidado lo que me había ocurrido, ya que pasó tanta cosa con todos esos viajes y ese enredo de andar de dueño en dueño, y los latigazos y encierros y multitudes que atropellan y empujan y aunque ya les dije que me aficioné a todo aquello como un cuervo a un campo de maíz, al principio en realidad no fue así. Bailaba porque de no hacerlo, sencillamente, habría más dolor. Pero mi corazón estaba sin cesar con madre, allá angustiada en la fosa para osos, maldiciendo y llorando, gritándome palabras, si ustedes supieran, cada minuto que pasó allá abajo me decía que me trepara aun árbol —que tengan que derribarlo para atraparte, bromeaba— y me indicaba cómo dejar huellas que los llevaran a la hondonada, para despistados, y me daba consejos y advertencias y me consolaba —oh, ni un solo instante dedicado a su propio predicamento— y al final, al llegar el alba, me entregó su propia filosofía en unas pocas frases, pues le parecía poder leer la verdad de su destino en aquellas paredes resbalosas. Aunque yo nunca lo creí, nunca creí que pudieran atraparla, Pero yo era tan taimada que tuvieron que golpearme y arrojarme de cabeza en un carromato y dejarme sin sencido. De manera que cuando desperté viajábamos ligero, en la oscuridad, y mi madre ¿dónde estaba? Pero yo nunca creí que la hubieran atrapado, y continué buscándola en cada feria, pensando que era esa la finalidad de las fosas para osos, hacer que los osos bailaran como madre y yo, y que sería tan solo cuestión de tiempo hasta que apareciera, aunque en realidad esperaba que estuviera entre la multitud, no en la arena como yo.

La osa soltó una risita. Supongo que olvidaba la consternación que provocaría madre si hubiese llegado trepando, abriéndose camino a codazo limpio y dando mamporros a diestra y siniestra, entrechocando cabezas como arvejas en su chaucha o nueces en una canasta, y rugiendo como un trueno, con todos los dientes a la vista, solo para pararse en la primera fila a mirarme, a mí, a su cachorra que había llegado tan lejos y hecho tantas cosas, ¡siendo tan joven! ¡Supongo que lo olvidaba! ¡Pero, ay!, qué dulce sueño era aquel y —la osa se golpeó profundamente el pecho con una mano— me sostenía, *mis queridos*, mis chiquillos, me levantaba, ¡fue gracias a esa locura que pude soportarlo!

Y ahora las bestias, tan gratificadas una vez más por el sonido de ese *mis queridos*, se estiraron serenamente, y la ardilla listada y el gato se acercaron un poco más a ese corto y ancho regazo, y el ciervo no hacía más que preguntarse que haría la osa sí él se atreviera a pensar en apoyar otra vez la mejilla en su hombro. Seguía siendo como solía ser; la osa podía haber estado hablando de los ángeles, para lo que ellos realmente entendían, y sí se le hubiese pedido a cualquiera de las bestias trazar un mapa de la nueva geografía, probablemente habría puesto aquello en el aire con agua, agua y más agua, sostenido patas arriba sobre sus cabezas en cascadas y estanques verticales, y Alemania, Praga y Arles escrito en las nubes y flotando a la deriva, o disolviéndose en el

parpadeo de un látigo, y la leona tan parecida a un grifo como se parece el caballo al unicornio. Y dado que estos nombres de lugares y de bestias muy pronto ya no los inquietaban más que las grandes palabras de la osa en las veladas intelectuales, y que no penetraban en ellos más que una aguja al pinchar a un cocodrilo, llegaron a disfrutar de todo aquel material de referencia y se sintieron tan familiarizados con las palabras *circo, pasos de pirueta, piano, gitanos* u *oro* como algunos nos sentimos familiarizados con Betelgeuse, Altair u otras estrellas, cuya luz tarda un millón de años en llegar basta nosotros.

La gansa estaba que echaba humo, por cierto, a causa de una referencia específica para la que disponía de un equivalente visual, y fue cuando la osa dijo que el caballo arqueaba el cuello como un cisne. ¡No era que ella quisiese tener nada que ver con ese caballo! Pero tenía claro, vaya el ciclo a saber cómo, que el cisne era un primo lejano suyo, y algo inferior. En su fuero interno, desde luego, se sentía mosqueada al pensar que la osa no había dicho que el caballo arqueaba el cuello como un ganso, y arqueó tanto el suyo, allá arriba en la rama, que molestó a los otros pájaros y por poco se cae. Pero, después de un momento, gansa acabó por perdonarle a osa esta omisión, al ver que la criatura estaba tan metida en su historia y fuera de este mundo, ¡en verdad fuera de él!

Bien, prosiguió la osa, le contó al caballo una parre de mi pasado —no demasiado, por temor a que no *entendiera*—, dijo y les echó a las bestias una mirada inquisidora, pero le conté lo suficiente como para no olvidármelo yo, y poder conservarlo con claridad en mi propia mente, y supongo que eso fue bueno para mí. De hecho, estoy segura de que era la única manera de mantener mi cordura, Pues, con todo el *glamour* de mi vida en cuanto me volví exitosa, y sí que *había* en ello *glamour*, a pesar de la falsedad, la crueldad y la reclusión que implicaba, mis raíces habían quedado para siempre allá en la fosa de los osos, junto a mi madre, y allá en los bosques por los que habíamos errado y donde tantas cosas me había enseñado, allá por donde se escabullían los lobos grises, criaturas mucho peores que los perros, con abominables ojos amarillos… oh, no como los tuyos, oveja mía, los tuyos son puro oro de avispa…, sino espectrales, malignos, ojos y colmillos de demonios… ¡caramba, los míos no son nada, comparados con esos! Y dejó que las bestias vieran otra vez sus largos y robustos dientes.

Una vez, murmuró, un lobo se me acercó cuando yo estaba jugando con la alfombra de pinochas caídas… ¡qué bonita era la manera en que se anudaban y enlazaban por el suelo del bosque como cintas que alguien hubiese atado allí a propósito! Y yo era tan tonta que le tendí algunas hojas, e incluso algunas bayas que guardaba para madre. Pero he de decir, y en verdad lo afirmo, que en aquella ocasión la pura inocencia desbarató la maldad, puesto que él se escabulló como una larga sombra gris. O tal vez haya olfateado a madre, Ella apareció enseguida, y cuando se lo describí me dijo que tal vez había hecho bien, pero que solo la suerte me había permitido contar el cuento. *En realidad*, me dijo, no es un mundo justo, y puede ser que mires tus garras y tus dientes como una bendición o como una maldición, pero para una osezna, cariñito —así era como me llamaba—, no todo pasa por cómo lo mires: las garras y los dientes son una *necesidad*. Ahora, en cuanto a cómo utilizarlos, eso es otra cosa…

La osa hizo otra pausa y recorrió a los animales con la mirada, Algo en las espinas dorsales del ciervo, de la oveja y de la gansa se estremeció y se contrajo, y envió descargas de fuego a todas partes, aunque ninguno de ellos dejó que aquello se trasluciera.

¡Bien!, siguió la osa con brío, en aquel mismísimo momento y lugar decidí no perderle pisada a mi madre, ¡y abocarme a las *bayas*, la *miel* y los *peces*! Que manera de pronunciar aquellas tres palabras, y qué suspiros de alivio dejaron escapar los animales en cuanto hubo pasado aquella terrible crisis de lo inmencionable.

La osa tamborileó con sus manos sobre los apoyabrazos de la silla. Así es como se nos enseña, mediante el precepto y el amoroso ejemplo. Yo jamás soñé, por esa misma razón, con atacar a uno de mis hombres, con sus barbas y sus botas y todo lo demás. Aunque sabía que podía hacerlo, lo que me ahorró un montón de cosas. Y puede ser que le haya enseñado eso al caballo, y que le haya inculcado un mejor carácter, además. Ya que de hecho le dije: tú tres más fuerte que ellos, por lejos, pero ¿por qué sacar ventaja de esa fuerza? Compadécelos, más bien, con su mal aliento y sus dolores de espalda… muestra un casco firme, pero no patees con él, querido mío, te sería demasiado fácil dejarlos con el culo apuntando a Laponía.

El compañero, naturalmente, me devolvió el cumplido y los dos nos echamos a reír, cómo nos reímos, de nuestra conciencia de nosotros mismos y de la afirmación de nuestras fuerzas, además, y también nos divertía saber que éramos el medio por el cual aquellos hombres se ganaban la vida. Nosotros los criábamos a ellos, ¡aunque los muy tontos se pensaban que eran ellos los que nos criaban a nosotros! Porque ¿quién traía el oro, qué era lo que los hacía famosos sino nuestra fama? Nuestras caras empapelaban rodas las paredes… ¡se dan cuenta!… por todo París, yo con un delantal y un alto chacó de piel, y él con el hermosísimo cuello arqueado, haciendo un paso de danza. Nos pusieron nombres que me gustaría olvidan aunque en realidad no puedo… Hansel y Gretel… ¡imagínense, llamarme a mí Gretel!… y eran Hansel y Gretel por los que todo el mundo pedía, que está en París, el centro mismo de la vida profesional de un animal.

¡Uf, qué aromas! ¡Una mezcolanza! Porque trataban de camuflar lo peor de los olores del hombre rociando por todo el lugar un perfume químico asquerosamente barato, una mezcla de claveles y cloruro —si yo volviese de aquí a mil años lo seguiría oliendo—, pero que desde luego no podía ahogar el meo de león ni el sudor de tigre ni los efluvios de mono. ¡Esos monos! ¡Qué desagradables primos de nuestros presuntos guardianes! Y debo decir que también eso me sostenía, y a veces hasta refrenaba mi impulso de hundir los dientes en el cuello de alguno, al pensar de dónde habían venido *ellos*, qué baja y mugrienta era su ascendencia comparada con la mía o la del caballo, comparada con mi madre, tan grande y noble, toda esa gente peleándose por vestir su piel, y el caballo que los hombres se enorgullecían de dominar, sobre todo si otros podían pensar que se sentaban sobre él como si les quedara chico, ¡y como si fuesen uno con él! ¡Y aquel compañero! Cuando su piel debería estar hecha espuma de tanto transpirar, era como si tuviera puesta una piel de seda, y yo juraba y juraba que, aparte de mi madre, no había nacido nunca nadie tan hermoso. ¡Caramba, ya solo sus patas! ¡La gente las comparaba con las finas piernas de una mujer cuando querían alabarlas de verdad!

… Así que charlábamos y parloteábamos y nos contábamos nuestras historias, y recordábamos y evocábamos, y hacíamos bromas y teníamos una tal amistad que las yeguas no lo podían soportar, ni hablar de los osos, si vamos al caso. Por supuesto, nuestro acto era uno de los últimos, y a veces el último, y no teníamos nada que hacer durante un buen rato a partir del comienzo del *show*, así que yo me sentaba en una jaula afuera, en una antesala, y el caballo estaba atado junto a un montón de otros caballos, a veces con una jirafa y tú, mi querido ciervo, me recuerdas mucho a aquel sujeto alto, me recuerdas a esa jirafa.

Tan benignamente sonrió la osa al decir esto que el ciervo supo que se trataba de un gran cumplido y se aturulló, bajó la cabeza, La oveja tenía que saber cómo era la jirafa, entonces, para que el ciervo mereciera aquello, y se habló de su maravillosa piel moteada y de las delicadas protuberancias sobre su cabeza, como el pequeño copete de plumas del pavo real, de sus maravillosos, bondadosos ojos líquidos y oscuros, ¡y de su lengua púrpura! ¡Oh, qué lengua, tan insinuadora, flexible y lánguida! Cosa curiosa, la osa se abstuvo de mencionar esa característica más sobresaliente en la jirafa que es, naturalmente, su cuello, y sí es que trataba de proteger a la jirafa, no fuera que los animales se riesen de ella, o de proteger al ciervo, no fuera que lo miraran con desdén, por no tener también él un cuello así, ¿quién podría asegurarlo?

Bueno, continuó la osa, conversábamos, quiero decir, el caballo y yo, incluso en aquella habitación atestada de animales, algunos de los cuales se comportaban bastante mal, especialmente la leona, que se ponía a rugir a propósito para hacerse notar, y a veces se nos unía la jirafa porque al caballo también le caía bien, aunque los dos le teníamos lástima. Era un sujeto demasiado salvaje y trémulo, demasiado sensible en general para aquella vida, y cuando lo azotaban para llevarlo a su establo yo no lo podía soportar y me ponía también a rugir y a sacudir mis barrotes como un simio. Y al final, saben, el caballo y yo decidimos soltarlo, ¡liberarlo! Porque vimos que de lo contrario se iba a morir. Escuchen: no tenía ningún acto, no había nada que pudiesen hacer con él excepto exhibirlo para que lo mirasen los niños. Pensábamos que hasta un zoológico sería mejor, cualquier cosa antes que aquel confinamiento en medio del hedor y el parloteo, aquella especie de arca de Noé de todos los animales de todos los rincones de la Tierra, ¡cuándo no se suponía que fuese así! Cuando, si ustedes se fijan, los animales se dividen por agua y montañas, calor y frío, vegetación y puntos cardinales, continente y continente, ¡un país y otro país!

Y se habría puesto todavía más filosófica si los anímales no la hubiesen interrumpido para decir: Y bien, ¿lo liberaron?

Lo hicimos, contestó, y esa fue nuestra perdición. Del bien surge el mal. Así me dijo mi madre. De modo que era verdad.

Suspiró y dejó de hablar por un instante, y luego dijo: *No puedo* seguir, Y repentinamente se puso de pie. ¡Hora de irse a la cama! Y cuando ellos protestaron, gritó: ¡Estoy tan cansada! A lo que todos repusieron: ¡Por supuesto, querida osa! Y el ciervo le puso un ladrillo a calentar, de pura gratitud por aquella halagadora comparación que había hecho.

La osa durmió profundamente, ya que había hablado por tanto tiempo y tenido que recordar tantas cosas, pero para los otros animales fue pura inquietud y vueltas en la cama durante toda la noche. Los países los marcaban, los perseguían, les rugían. El ciervo durmió en París y tal vez con la jirafa, la oveja en Bohemia, la ardilla listada en Alemania. ¡Arles!, chilló la gansa, mientras el resto de los pájaros volaba ida y vuelta de Praga a París, una y otra vez, durante toda la noche.

El gato no pudo siquiera fingir que se estaba yendo a dormir, sencillamente, se quedó levantado el resto de la noche, caminando de aquí para allá en febril meditación Se sabía hermoso, ni más ni menos, y todo el mundo reconocía que era muy avispado. Si uno practicaba, cómo no iba a poder también caminar sobre sus patas traseras… pero ¿y si se lastimaba el espinazo? ¿Acaso no valía la pena, por esa vida de gloria, por todos esos viajes de Lyon a Praga, de Austria a Arles, por todo ese batir de palmas, esos gritos de aprobación, esa adoración de las galerías? Caras y más caras en simple hilera, dientes que brillan, sombreros que vuelan, ¡todos

esos otros animales, en una estampida de aprobación! Se le erizaron los pelos de la cola ante la idea de que lo aclamaran —a propósito, ¿con qué nombre se haría llamar?—, de que los guardianes se quitaran el sombrero ante él y los directores de circo clamaran por ficharlo, *a él*, el extraordinario e inigualable gato que camina en dos patas, el incomparable y el único capaz de hacerlo con… ¡botas! ¡Botas, había dicho la osa! ¡Y Botas es lo que tendrán!

E impulsándose con las patas traseras podría saltar y… —¿por qué no?— volar por el aire, y luego aterrizar —¿acaso ella misma no había mencionado eso?— sobre un trapecio, y de un trapecio a otro hasta alcanzar la cima de esa cosa, fuera lo que fuese, en la que hacían su acto, y todos en el público se quedarían sin aliento al contemplarlo, y oooh…, y aaah…, mientras él estuviera balanceándose allá arriba, salvaje como un murciélago, y al verlo descender de un osado trapecio a otro, ¡se quedarían patitiesos otra vez!

Y el gato se excitó tanto que por poco se cae desde lo alto del muro de la ardilla listada, con la sensación del descenso aquel en todo su pelaje y, ¡por su vida!, al pensar en eso, no habría podido decir sí eran animales los que veía allí sentados, fila tras fila, riendo y pataleando y aplaudiendo, con la Osa vestida de rojo en un majestuoso palco especial, o si eran gitanos y hombres con botas y bigotes. Finalmente, decidió que, puesto que la osa había bailado para estos últimos, él también debía hacerlo, aunque de todos modos debía admitir que si realmente pudiese elegir, él preferiría a las bestias… pero, por todos los cielos, ¡siempre y cuando pagaran!

Vaya día el que habían tenido los animales cuando, a la noche siguiente, volvieron a encontrarse con la osa. No solamente el gato había quedado perturbado, excitado. Y para esas almas más simples, si los sueños del ego y la fama no las habían puesto eufóricas, fue el aura de toda aquella conversación sobre luces ardientes y ruido y olores lo que descendió sobre todas ellas y se mezcló con el aire benévolo del campo para embelesarlas y, alterándolo, someterlas a su hechizo sin escapatoria. No era que estuviesen disconformes con el hotel, o con sus vidas previas —oh, no, lejos de estarlo—, pero ahora sabían, como no lo habían sabido nunca antes, que existía, sencillamente, otra vida. Y no es que la parte de Praga o París los embrujara tanto, ni esas audiencias aclamadoras y bigotudas, era más bien la fosa de los osos, y el lobo, y la madre de la osa, y la jirafa, lo que inflamaba su sangre y exhalaba una especie de musiquita fantasmal que se desvanecía para luego retornar en ráfagas de una dulzura mayor aún, como de una flauta tocada en la colina más distante, o de unas trompas élficas que el más sigiloso de los arroyos soplara en las profundidades del bosque, o como ese algo que despierta a un pájaro y lo hace cantar en la noche, cuando hasta él sabe que el amanecer todavía se halla a muchos kilómetros de llegar.

Si habían amado a la osa antes, ahora la reverenciaban, se había elevado, ella, de la condición de matriarca a soberana *assoluta*, y desde aquel momento se movía en una dimensión que dominaba otra dimensión como un panorama domina otro panorama, y dondequiera que fuese, su regia, su querida osa, iba como detrás de un velo, de una niebla, de un rocío refulgente de ilusión, su osa ideal, absoluta, que había vivido tanto y también amado, y soportado semejantes vicisitudes con una fortaleza tal.

En una palabra, los animales, sencillamente, estaban sobrecogidos; tenían que reconciliar presente y pasado, vastas multitudes con su propia y diminuta soledad, lo rural con lo metropolitano, lo extranjero con lo familiar, mientras que antaño toda la vida les había parecido

una sola, y todo origen aquí en sus tres colinas y sus cuatro bosques.

Esa noche la cena había sido especialmente espléndida, pero no hacía el frío suficiente como para un fuego.

La osa los reunió a su alrededor con prontitud, como si también ella hubiese estado viviendo únicamente para el *dénouement* de la historia. Y también, y también, para aquellos sucesos, más pertinentes, relacionados con su desaparición, Ciervo se acomodó junto a oveja como lo había hecho anteriormente, paloma junto a pájaro pata de palo, gansa en la cabecera; gato, ardilla listada y topo, como de costumbre, en tríada. Solo el mapache, que se había perdido tantas cosas al quedarse dormido, se mantuvo aparte. El gato, con gesto de fastidio, cruzó sus patas elegantísimas, las orejas alzadas como tiendas de campaña y en llamas los ojos verdes. Ardilla listada y topo se sonreían con afectación y una pintoresca simpatía. Todo el mundo, ni falta hace decirlo, se encontraba alerta.

La osa lo disfrutaba, alió su hocico, sonrió como para sí misma y comenzó.

¿Olvidé decir, arrancó, como quien, interrumpido en medio del más complicado relato por una larga y agotadora llamada telefónica, tiene suficiente presencia de ánimo como para retomar de inmediato, con las mismas palabras y todo, la oración que había dejado en suspenso: olvidé decir, repitió, que detrás del Cirque d'Híver había un campo de pastoreo habilitado para nosotras las bestias? Obviamente, nadie podía mantenemos encerrados para siempre y, dado que si un animal llegaba al Cirque era para permanecer allí durante semanas, o meses, siempre y cuando fuese mínimamente bueno, el campo y la libertad que este suponía eran indispensables. Para empezar, nos mantenía en buenas condiciones de salud, y créanme, ¡un guardián pierde dinero con un animal enfermo! Y, además, nos mantenía de ánimo sereno y de buen humor. A tal punto que nosotros, pobres prisioneros, lo anhelábamos tanto como ansiábamos nuestra cena y nuestras tetillas de azúcar. Pero nunca falta alguna contrariedad, y en este caso era que yo no podía ir allí afuera con el caballo, puesto que él y toda una tropilla de otros caballos andaban siempre juntos. Por supuesto que me divertía que me clasificaran con los leones y los tigres, quiero decir, que se aseguraran de sacarme sola, pero, aun así, una reputación —por más que fuera de ferocidad— parece un pobre consuelo cuando lo que una está deseando es compañía, y una compañía específica. Pero el punto es que, si amontonaban a los caballos allí y los dejaban trotar en grupo, también dejaban que la jirafa saliera con ellos, y fue así como mi Rex, como yo lo llamaba siempre en privado, trabó amistad con esa frágil criatura.

Ahora, cuando las cosas se pusieron insoportables para él, quiero decir, para la jirafa, porque los guardianes lo azotaban tanto, yo le dije a Rex; Tenemos que liberarlo, pero *¿cómo?* Los dos sabíamos que el campo no servía, delimitado como estaba, todo alrededor, por un muro alto y sólido. Pues bien, Rex inmediatamente pensó en la respuesta: había un largo corredor, como él había observado, que iba desde la antesala, todo a lo largo, dando la vuelta y finalmente llegaba afuera, a la calle. La única chance de la jirafa, tal como lo veíamos, era salir a esa calle y escapar —pues cuando era necesario aquel pobre amigo podía ser rápido como un caballo— y luego correr sin parar hasta el zoológico. Pensábamos: que se entregue a la misericordia del mundo. Alguien, al verlo con su piel moteada, podría quererlo para sí mismo, pero en todo caso habría apostado y, si llegaba a perder, cualquier cosa era mejor que la vida que llevaba, ¿y qué sentido tiene todo si uno no se arriesga?

Bueno, al principio, cuando Rex le contó aquel plan, el pobre estaba aterrorizado y dijo que ni

soñando. Nosotros comprendíamos bien por qué. Venía de tan lejos, y en París se sentía tan en su elemento como yo en la Casa Blanca. Pero Rex siguió insistiendo y yo también le di algún empujoncito cada vez que pude, y al final el compañero dijo —ay, ciervo, espero que no haya sido únicamente para *complacernos*— que estaba dispuesto a intentarlo, pero ¿cómo podría eso llevarse a cabo?

¡Lo teníamos pensado! Estaba aquel momento de la mañana, del que ya hablé, cuando desataban a los caballos y los sacaban al campo, y ese otro momento, poco después, en que abrían la jaula de la jirafa y, hostigado por los cuidadores, el pobre amigo era empujado y acicateado en la misma dirección. Ahora bien: Rex iba a empacarse y empacarse, a pararse en dos patas, a relinchar y a causar toda clase de disturbios justo en la entrada del campo, mientras que, al mismo tiempo, alguien estaría guiando a la jirafa hacia fuera, *Timing!* Como ven, de eso dependería todo. Y, mientras Rex hacía alboroto, yo comenzaría a bramar y a rugir —créanme, tenía el recuerdo de mi madre y sabía cómo armar todo un cañoneo— y a lanzar zarpazos a través de los barrotes y arremeter contra ellos, todo eso que una osa buena y pacífica no hace jamás, y así, al mismo tiempo, sobresaltarlos y confundirlos tanto como para que, con una coz y una mordida, la jirafa lograra zafarse y abrirse camino.

También nosotros corríamos riesgos, los dos, y en cierto momento la jirafa supo que ya no le quedaban dudas y nos llamó sus benefactores, con un dulce agradecimiento, y dijo que no sabía por qué nos preocupábamos por él, cuando a ninguna de las otras bestias le preocupaba, pero le restamos importancia con un gesto… ¡Por la libertad!, dijimos, y le deseamos la mejor de las suertes. Pues resultó, y prácticamente del modo en que lo describí. Rex demostró ser un verdadero demonio, por poco hiere a alguien gravemente, nuestro amigo jirafa se las arregló, en efecto, para encajarle una buena patada al tipo que más se había ensañado con él, y yo rugí hasta expulsar el corazón del pecho. La barahúnda fue exactamente la que predijimos —los guardianes, sin excepción, perdieron la cabeza— y lo mejor de todo fue nuestra buena suerte, y el único punto ante el cual no habíamos atinado a nada, porque parecía el punto insuperable: la puerta que llevaba del corredor a la calle, se encontraba entreabierta —para que entrara aire fresco, supongo — y la jirafa escapó.

La osa reía y reía.

Salió en todos los diarios, dijo, ¡hasta había una foto del fugitivo en *Le Figaro*! Unos filántropos observaron verdugones en su precioso cuero, lo cual es mucho más de lo que habíamos esperado y, créanlo o no, niños míos, nuestro amigo terminó en el lugar que anhelábamos para él: ¡el zoológico del Jardín des Plantes!

Ante esto, hubo griterío y ronroneo abundantes, mucho graznido y algarabía, y algunas toses, ya que todos los animales habían asociado a la jirafa con el ciervo y en sus corazones, de alguna manera, estaban convencidos de que no le podía esperar sino la mala suerte, y la oveja se olvidó a tal punto de sí misma que felicitó personalmente al ciervo.

De modo que se produjo un amigable y alegre interludio antes de que la osa retomara otra vez su historia. Era necesario, oh, cuán necesario, dado que los tiempos difíciles se aproximaban a pie firme. Ciertamente, los animales tuvieron que pagar por la buena fortuna de la jirafa, y, como era de justicia, la leona padeció tanto como los culpables osa y caballo. Durante algunos días se mantuvo a todo el mundo doblemente confinado, los látigos silbaban en el aire, el tiempo en el campo fue acortado brutalmente, y los guardianes observaban con hosca sospecha a cada bestia.

Al principio, dijo la osa, no nos importaba, tan engreídos como éramos y creyéndonos unos héroes, especialmente cuando empezó a circular el rumor de que el dueño había tenido que *donar* esa jirafa al zoológico para evitar que se levantara revuelo alrededor de sus verdugones.

No es que nos trataran mal *de veras*, declaró la osa con toda honestidad; en primer lugar, porque eso era algo que no se podían permitir. Una bestia maltratada no puede actuar. Pero hay ciertas maneras irritantes, saben, maneras insidiosas de intimidar, como eso que le hacían a la jirafa y que, si tienes un sistema nervioso muy excitable, es tan malo como ser azotado con un látigo de serpiente negra. Bueno de repente Rex y yo nos dimos cuenta de todo eso, de todos los empujones los gritos y los tirones, de la manera en que los guardianes pronunciaban la palabra cuando nos llamaban béstias, y de cómo me cerraban el collar más apretado de lo necesario y me daban capirotazos con el extremo suelto de la cadena mientras caminaba, o de cómo a Rex le ajustaban demasiado el bocado, o le ponían la rienda tan corta que tironeaba su cabeza de un modo que no podía ser agradable, cuando además no era necesario: él, siempre tan lleno de brío. Todo eso. De alguna manera, después de que liberamos a la jirafa, aquella vigilancia incesante, aquel encierro continuo bajo candado y cadena se nos empezó a meter bajo la piel. Tanto que cada vez que veíamos el corredor por el que la jirafa había hecho su carrera triunfal en pos de la libertad a mí se me erizaba el pelaje y Rex empezaba a golpear la tierra con los cascos y ponía los ojos en blanco, y era como si el momento salvaje en que habíamos liberado a nuestro amigo llevara, cada vez mas, una vida dentro de nosotros. Olíamos el exterior, oh, sí, como lo olíamos, aun si la puerta se encontraba cerrada, y cada vez que aquella cadena jalaba de mi collar era como decirme: ¡Eh! ¡Aquí fue dónde liberamos a la jirafa! ¿Por qué no nos liberamos nosotros también? La idea nos carcomía, sin que apenas lo advirtiéramos, y lo mismo debía ocurrir en la arena, Llevábamos cierto tiempo haciendo nuestro acto para entonces, y lo conocíamos del derecho y del revés, nos lo sabíamos tan bien que podíamos bailar mientras dormíamos, y ahora, con la noción de lo que habíamos hecho, y de lo que podíamos hacer si queríamos, resultó que sin darnos cuenta empezamos a tontear, agregando un paso aquí, un ritmo allá, como expertos que saben cómo ganar todas las bazas. Y Rex alzaba sus cascos más alto cada vez, como si se le hubiese subido la avena a la cabeza, saben, y los dos nos empezamos a sentir nosotros mismos de verdad, y que no éramos propiedad de nadie, ni observados por nadie, tampoco.

No era que nos imagináramos escapar, era tan solo la idea de que la jirafa lo había hecho, y que nosotros podríamos hacerlo si nos lo proponíamos. Nos hacía reír sin pausa, como la idea de bailar en formas nuevas, bailar en docenas de formas, diferentes cada día. Tal como iban las cosas, qué nervioso se estaba poniendo el jefe, Estoy segura de que pensaba: ¡los anímales son tan impredecibles! ¡Cuándo todo lo que hacíamos era ignorar la rutina que parecían esperar los hombres!

Pues bien, las cosas siguieron de ese modo, con nosotros más traviesos, aunque *no dejáramos* de ser confiables, cuando el jefe no tiene mejor ocurrencia que ir y morirse. Era dueño de nosotros, poseía una tropilla de ponis y algunos camellos y cebras que hacían un acto de lo mas aburrido y nulo, y al tigre Bosco y a Franchette, la leona. Y llegó el día de hacer las cuentas. Un tipo alto y de rostro colorado que fumaba un cigarro y te soplaba el humo en la cara dijo que nos compraría a nosotros y a Bosco, pero nada acerca de los demás, y habría estado dispuesto a arreglar por nosotros dos solamente. Se hablo del Madison Square Garden, lo que hizo que Rex y yo nos irguiéramos y prestáramos atención. ¡Un jardín! ¿Se refería a que tendríamos bayas frescas

y maíz dulce? Eso nos hizo sentir realmente bien y pensar un poquito menos en la libertad.

Después, todo ocurrió muy rápido. Antes de que nos diéramos cuenta estábamos metidos en un carromato, y más tarde en una cosa que nos llevó por agua, agua y más agua. Es lo que les decía antes. Días de agua, noches de agua.

Y te comiste un pez, empezó la oveja.

La osa levantó su mano. ¡No me comí ningún pez! Había tormenta. Nadie comió. No se podía. Una tormenta terrible, que nos zarandeaba en todas las direcciones. A mí no me importaba, yo la podía aguantar, envuelta en mi pelaje. ¡Pero Rex!

Y, al decir esto, la osa pareció más triste de lo que jamás la hubiesen visto, tan triste que hería cada cuerda del corazón, y el ciervo se levantó temblando y dijo que si lo disculpaban. La osa apenas sí lo oyó, tan ocupada estaba tratando de contener sus propias lágrimas, de modo que fue la oveja quien se hizo cargo de decir: ¡No te dejaré ir! ¡Hay algunas cosas que tienes que enfrentar! Ante lo cual, el ciervo dijo que ya las había enfrentado y que con una vez era suficiente, y comenzó a berrear sin ninguna vergüenza mientras la oveja tironeaba de él y los pájaros, que se alteran tan fácilmente, se pusieron a piar, y la gansa gris les siseó a todos para que se callaran y se quedaran quietos.

Finalmente, la osa restauró el orden diciendo: ¡Piensa en la jirafa! Y el ciervo, siempre tan fácil de engañar, pensó que esta crisis terminaría bien como la anterior y consintió en quedarse. Y también para demostrar que era hombre.

Así que la osa contó muy rápidamente el resto.

Rex había tropezado en su establo, con todos aquellos cabeceos, sacudidas y revolcones, mecido en la profunda y malvada cuna de las olas, y tan malo fue el tropiezo que uno de los finos tallos de sus patas, oh, una de esas pequeñas bellezas que tenía por patas delanteras, tan delgada como puede serlo una pata, se había dañado a la altura de la rótula. Y la osa se puso una mano sobro la rodilla como si fuera allí donde palpitaba su corazón.

Yo no lo supe, dijo, hasta que llegamos al otro lado, quiero decir, este lado, y nos dejaron salir de aquella oscuridad y dejar aquella cosa por otro carromato. Entonces lo vi, ¡y vi que estaba *rengo*!

Por la manera en que dijo *rengo*, el pájaro rengo pareció tomar por primera vez conciencia de su propia tragedia y emitió un chillido agudo como de petirrojo asesinado.

Ay, mi pequeño herrerillo, exclamo la osa, lo siento tanto. Ven y siéntate en la más baja de las astas del ciervo para que pueda verte. Y así lo hizo aquel pobrecito, aplacado, aunque una vez que se instaló allí estiró su ala a lo largo de aquella pata de madera, de un modo tan notorio que daba doblemente la impresión de ser un bailarín partido a la mitad. Baste decir que pájaro y ciervo se quedaron allí curvados y tensos, los dos, como si de un momento a otro fuesen a salir huyendo.

Yo pensaba en todo, continuo la osa. Té con leche, té de menta en compresas como las que sanaron mi pata herida, tanaceto y laurel de oveja, pigamón y *Viola pedata*, corteza de sasafrás mezclada con cera de abejas y hasta —hizo una mueca— mi propia grasa de oso.

Recordé todas las otras hierbas que madre me había enseñado, romero y vincapervinca, pensamiento silvestre y díctamo, aliso y saúco y hojas de lirio. Bálsamo de caballo. ¡Todo! Sabía que podía prepararlas, y mezclar esto Y aquello, y frotarle rosa mosqueta, y mirto, y musgo. Sabía que con nogal americano, hinojo, acedera común y vinagrera, sello de Salomón y el jugo del aciano, que con aro y sirope de retoño de sicomoro, sanguinaria, baba de caracol y polvo de polilla

molinero, con abeja del sudor y euforbio, todo ello tostado con polen, podía mezclar y tamizar y moler y pergeñar un revoltijo que, colocado sobre esa dulce rodilla suya, y vuelto a colocar una y otra vez, y aplicado primero con nieve de las montañas y después con calor de alguna fuente termal, y más tarde templado como la leche cuando ya lleva una hora fuera de la ubre de la vaca, haría que esa rodilla se pusiese bien, ¡mejor que nunca! Yo lo sabía, y estaba dispuesta a viajar hasta la montaña y la fuente termal, y a explorar todas las tierras ribereñas y cada bosque pequeño y grande, y cada fondo de arroyo y hasta la orilla del mar en busca de los yuyos secos que allí crecen, y las copas de los árboles por las hojitas más nuevas y tiernas, y las raíces de algún roble caído hundidas aún bien profundo en la tierra, y matorrales de zarzamoras y pantanos llenos de víboras, ¡y hasta desiertos! Estaba dispuesta a hacer todo eso, y habría podido hacerlo, rápido como un parpadeo, ¡y salvarlo, salvarlo para siempre!

Así es, pero ¿qué era yo, a los ojos de ellos? Eso es algo en lo que siempre tenemos que pensar A sus ojos, ¿yo qué era? Una mera osa. ¿Acaso me escucharon? ¿Tuve alguna oportunidad de salir de ahí? Nunca había visto unos barrotes de acero como los que aquí fabrican, Así que en lugar de eso llamaron aun doctor de caballos, que dijo no sé qué chapuzas y luego se puso a fumar, y se tomó un tiempo larguísimo antes de rebuznar y declarar que mí adorado Rex, Rex que era Hansel, Rex el genio mismo de los de su clase, Rex, la inspiración, Rex ¡qué podía captar una idea así de rápido! —la osa chasqueó sus garras, y lo tradujo al más encantador pasito de baile, y puso una mano sobre su hocico a la manera francesa—, que Rex más rey que cualquier león estaba *acabado*.

Y palmeó tan furiosamente el apoyabrazos con su mano que el pájaro que había estado balanceándose ostentosamente sobre su pata de palo resbaló y se vino abajo desde el asta del ciervo.

La buena osa, exaltada, ni siquiera se dio cuenta.

¡Acabado, mi tesoro, acabado!

Por poco me vuelvo toca. No podía creerlo. Deliraba, rugía, casi arranco esos barrotes, me negaba a comer, perdí toda mi apostura, el pelaje se me caía de a mechones, pero no me importaba. Y dije: si él estaba acabado, lo estaba yo también. Hablaba en serio. Nunca hablé más en serio.

Ay, pero —se llevó la mano a los ojos— si solo nos hubiesen dejado hablar, Si durante todos aquellos días oscuros hubiese podido decirle lo que creía y sabía en mi corazón, si hubiese podido decirle conozco esta receta y aquella otra receta. Si hubiese podido repetir el saber ancestral, mi acervo de osa y el de mi madre, y el ritmo y la rima y el conjuro. Si hubiese podido murmurar las palabras y frases mágicas de las viejas gitanas… si hubiese podido por cualquier medio mantener su ánimo en alto, mantenerlo en vuelo, puesto que él era un caballo volador, queridos míos.

Pero no, Yo estaba en un sitio muy grande con Bosco e innumerables cebras y camellos, y otros *osos* que debo decir que odiaba, y otros caballos a quienes no soportaba mirar, por no hablar de olerlos, y otra vez los monos y una cosa a la que llamaban chimpancé, y leones. Lo que a ustedes se les ocurra. Estaban todos ahí. Y que me importaba a mí. Mientras él, mediante constantes consultas, conferencias, confabulaciones, fue arrancado de mi vista y nunca, nunca, después de aquel vislumbre que tuve cuando vi su pata lastimada, nos volvimos a encontrar. ¡Imaginen eso! Nosotros, que habíamos viajado juntos y ejecutado semejante acto, que éramos considerados como inseparables, casi como gemelos, que así de la nada, gradas a la mera suerte y

a una aguda Inteligencia, habíamos creado algo, y era un algo verdaderamente incomparable, además, que hacía venir la casa abajo y les empedraba el camino —*su camino, no el nuestro*— de oro puro, pensar que en ese momento nos separaron, ¡en ese momento de la historia!

Resolló, de dolor y de furia.

Yo nunca los perdoné. Ni los perdonaré jamás. Esa cosa en sus pechos que ellos llaman corazón… está hecha de piedra, solo palpita por ellos mismos, o por el oro. ¿Qué les importa de nosotros? No formamos parce del mismo mundo, piensan ellos. Somos sus inferiores, nos pueden patear, matarnos de hambre, emplearnos —¡sin convenio salarial colectivo!—, hacinarnos en jaulas y reducirnos a la esclavitud, dieciséis horas al día deslomándonos —estoy pensando en los caballos— o entrenándonos para divertirlos. ¡Están locos, locos, locos!

Se levantó, el pelaje todo erizado de cólera, y midió con sus pasos el aposento, mientras el gato con sus ojos verdes la devoraba, y la gansa graznaba con tristeza para sí, y el ciervo y el pájaro pata de palo inclinaban sus cabezas, como destrozados. Solamente la oveja mantuvo su entereza de ánimo, miraba ante sí con serena firmeza.

Tan pronto como amainó su ira, la osa se volvió hacia ellos y les dijo: Acabo de hacer una escena, ¿no es cierto? Ya olvídenlo. Es solo que la injusticia que hay en eso me hace estallar, arder de rabia. Pero… *cest la vie*. Y se dejó caer nuevamente.

Y llegó el día del Madison Square Garden. ¿Hace falta que diga que también en eso nos habían engañado, a Rex y a mí? No era un jardín, no más de lo que puede serlo un bosque. ¡Ningún jardín, can solo un nombre! En fin, me tocó conocer todo eso. No una pista, sino tres, y absolutamente enormes, con el aserrín coloreado de verde. ¿Se suponía que los animales debían pensar que caminaban sobre la hierba? Soporté tener que hacer mi acto yo sola. Recuerden que todo había ocurrido muy rápido, no hubo tiempo para programar un caballo nuevo, para entrenarlo… y además, no lo habría aceptado jamás, El nuevo dueño estaba furioso. Cómo me maldijo, una osa solitaria que toca el tambor, decía, a nadie podía parecerle graciosa en lo más mínimo. Pero a mí me tenía sin cuidado. Yo tocaba el piano, bailaba una zarda bastante intrincada y sutil, daba volteretas —algo en lo que me ejercité para mantener la tristeza a raya—, ponía los ojos en blanco, apuntaba la nariz al techo, me calzaba aquel chacó e imitaba a una bastonera. Pero *no* era gracioso. El *esprit* se había perdido. Yo lo sabía. Y me tenía sin cuidado.

No me pregunten por lo demás. Todo mal. Fui transferida, vendida, vuelta a vender y probada con nuevos caballos, de los cuales rasguñé a dos, y mi estatus fue cayendo, de contrato en contrato, y al final estuve con lo que llaman un circo de un solo caballo, un pequeño negocio familiar que anda de gira por las ciudades más pequeñas, con dos perros y un payaso que además se encarga de darles agua a los animales y de desarmar la carpa, y dos o tres acróbatas que también se ocupan de todo lo demás.

Curiosamente, fue el público de aquellas ciudades pequeñas el que me apreciaba más, ¡aunque debía de ser tan aburrida!, y silbaban y hacían estruendo con los pies como ocurría allá en las ferias de Austria, cuando yo era tan joven. Pero no quedaba nada de aquel orgullo, de aquel corazón. Ahora yo solo quería una cosa. No soñaba con nada más, cuando dormía, cuando comía, día y noche, no pensaba más que en eso. Era la libertad. Y un día finalmente la conseguí. Fue al ver los árboles sobre las montañas, y la nieve que yo pensaba que debía haber allí, la que habría

podido tomar pala la rodilla de Rex, Fueron los árboles y la nieve en lo alto de la montaña, eso fue lo que lo hizo. Inspirada, estaba otra vez inspirada, y con una astucia maravillosa aguardé el momento justo después de mi acto —esperé, se dan cuenta, por ese momento— y entonces, amagando con arremeter; y fingiendo un rugido, les di a todos un susto de muerte, y me mandé a mudar.

Y así me fui abriendo camino —dado que estábamos en un pueblo apretado contra el flanco de la montaña— por sobre peñascos y arroyos, estribaciones y crestas, y a través de grandes bosques, hasta llegar aquí.

El ciervo, confuso, dijo: ¿Te refieres a ahora?

Y la osa tuvo que explicar que no, que se refería a aquel entonces, y que era la época en que el hotel se puso en marcha.

Y así nos tuviste a nosotros y al hotel, observó la gansa con un sentimentalismo más bien rastrero, pero la osa estaba demasiado muerta de cansancio como para responder, y además el mapache eligió justo ese momento para aparecerse por ahí seguido por un amigo marmota que de algún modo había logrado hacerse, que llevaba un ramo de tréboles rojos en una mano y que apenas estuvo sentado se irguió sobre sus patas traseras y procedió a mordisquear uno de aquellos capullos igual que si se tratara de una nuez.

¡Fanfarrón!, pensó el gato, y alzó su labio superior en forma por demás desagradable, Al resto de los animales tampoco les cayó bien, les parecía cosa de malos modales ponerse a comer si los demás no estaban comiendo, y que era especialmente grosero de parte del mapache irrumpir de esa manera habiéndose perdido ya una parte tan grande de la historia. Todos habrían querido que la osa le dirigiese al mapache —¡y especialmente a su amigo, que no había sido invitado!— alguna observación fulminante.

Pero decididamente la osa pareció enmudecer, como si fuese a no hablar nunca más, y se hundió dentro de su pelaje, ¡sencillamente, se hundió dentro de él! De modo que se hizo un largo silencio mientras aquella marmota despachaba una flor tras otra. ¡A una la pone tan nerviosa!, se quejó la gansa. El resto de los pájaros se tomó el rato para una siesta, y hasta el mismo ciervo, agotado por todo aquel sufrimiento vicario, cerró los ojos.

Pero el gato, indignado en primer lugar con aquella marmota presuntuosa, tironeó de su garra, ofendido. Se sentía de lo más disconforme con la realidad tal como la osa la había presentado. Le parecía que ella realmente había metido la pata: no debería haberse dejado alterar como lo hizo por ese caballo, pero, por otra parte, a las mujeres siempre las afectaba todo muy fácilmente, y en particular cualquier cosa que tuviese que ver con el amor. Era un gran error y él siempre lo había sabido. Guárdate para ti mismo, era su lema. De haber procedido así, la osa habría continuado siendo el furor del circo y dándose una gran vida de maquillaje teatral y candilejas, sería la estrella de la dudad y la Reina del Jardín, en lugar de tener que regentear ese hotel con su tedioso jardín de verdad, al que había que desmalezar. Y francamente, pensó, ¿de veras eran interesantes los animales con los que ella vivía, por decirlo de alguna manera? ¡Miren a ese mapache y a su amigo marmota! ¡Miren a la gansa y a la paloma! Y, por todos los astros, miren a la oveja y al ciervo. ¡Todos seniles o idiotas de nacimiento! ¡Caramba, con excepción de sí mismo —y solo el cielo sabía por qué se seguía quedando allí—, nadie tenía el mas mínimo

encanto genuino ni vitalidad ni atractivo!

El gato afinó los ojos en una mueca taimada. La osa se había conformado con demasiada facilidad al dominio de unos seres estrictamente inferiores. Muy fácil, ser la gran mandamás con bobalicones como el ciervo. ¡Muy fácil, ser el foco de admiración de un pájaro pata de palo, un topo ciego y una marmota atolondrada! Reina de los descastados, eso es lo que era, ¡y ya era hora de que él se largara de ahí! Su cola no era ningún lazo. Muy pronto, pensó, ella me sostendrá mientras yo me yergo sobre mis patas traseras, y se estiró en la exuberancia de su propio ego, pero la oveja tironeó de él y le dijo. ¡Espera, tonto, ahí no termina la cosa!

En el acto el gato supo a qué se refería. ¡El caballo! No aquel caballo muerto del que ella había estado hablando, sino el caballo vivo que tantas penurias les había causado.

Sí, maulló con sigilo, ¿qué hay de él?

Veré qué logramos averiguar, respondió la oveja sombríamente.

De modo que ahí se quedó el gato, sentado sobre sus ancas, erecto como un zorzal o una cobra egipcia, mientras la oveja rumiaba, pasando el bolo alimenticio del lado izquierdo al lado derecho de su boca, sobre cómo se le podría sacudir a la osa el pellejo, al menos lo suficiente para que contara la *verdadera* historia, la que importaba, acerca dónde había estado y qué había sido de ella y del caballo.

La oveja pensó que se lo sabía de memoria: a una madre le duele más perder a sus hijos que a un hijo perder a su madre. La osa había tenido sin duda una mala experiencia, años y años atrás, pero, considerando el hecho de que tu madre debe por fuerza ser mayor que tú, parecía lógico que ella se fuese a morir antes, y, ya sucediera más tarde o más temprano, era una cuestión de legítima necesidad, Pero eso no corría para los hijos. Si los hijos eran más jóvenes que una y aun así una los perdía, entonces no se trataba de legítima necesidad, sino de ilegítimo accidente, Y una tenía *derecho* a sufrir. Ahora bien, si había que sentir pena por alguien, sería por la madre de la osa, que había tenido que ver cómo le arrancaban a su cachorra, tal como a ella misma le habían atrancado a sus corderitos. La oveja tosió ante la reminiscencia de aquella emoción. Seeeee, pero, pensó, recuperándose de su hechizo, nada de eso concernía al caballo. Caramba, en ello la osa mostraba su verdadero calibre, ¡y no era un calibre muy admirable, había que admitir! ¡Comportarse como una tonta por alguien así! ¡Y desvariar y perder peso solo porque él se enfermó y salió de escena! Además, ella había admitido que la vida tenía sus inconvenientes, y, después de todo, la cosa era el hotel. ¿Dónde más podría tener unos amigos tan dedicados, que le daban masajes y le traían frutillas, mantenían lejos a los ratones y la hechizaban con historias y veladas musicales? Caramba, si por ella fuera, habría escupido sobre una vida semejante, que ostentaba todo un tropel de secuestradores, bigotes, botas y demás, ¡que te arrancarían la piel del lomo si les dabas la oportunidad y se comerían a tus hijos ante tus propios ojos!

Además, pensó airadamente, ¿no se estaba dando aires, más bien, la osa? ¡Toda esa cháchara sobre lociones y pociones, y subir a las montañas en busca de nieve! Qué le hacía pensar que era tan buena doctora, mejor que un verdadero doctor de caballos calificado, y qué le hacía pensar que podría curarlo meramente *hablando*, y se preguntaba, de veras se lo preguntaba, la oveja, sí aquel caballo *realmente* era tan bueno, tan bonito o adorable. Quién sabe, podría haber lastimado su rodilla deliberadamente, ¡solo para alejarse de la osa! Después de todo, ¿no había dicho ella misma que él se estaba cansando de todo aquello, de trabajar tan duro seis días sobre siete? ¿Y qué futuro le podría deparar aquello? ¡Gloria por un día y cenizas al día siguiente! Porque… que

no le vinieran a decir, a ella, que cuando una se ponía un poco mayor o decididamente vieja la iban a seguir cuidando. ¡Al basurero con ustedes, apuestos amigos! ¡Fuera, he dicho! Mientras que, en lo que a ella atañía, y a cada uno de los otros aquí, ¿por qué iban a depender de lo que alguien dijera, aunque fuera la misma osa? ¿Era tan necesario este hotel? ¡En absoluto! Pensar en todos los animales que se las arreglaban perfectamente sin él, y que, cuando envejecían, envejecían sin chistar, y mientras tanto no trabajaban para nadie y llevaban una vida estable. Todo ese afán de gloria, y todo ese amor, también, ¿acaso había algo más traicionero? ¡Cuánto más alto subías más grande sería tu caída! ¡Cíñete al camino del medio!, esa era su regla, quedarse donde uno pertenecía, en el surco, en la huella. Así, nada se ponía patas arriba, después, ¡y una no acababa desquiciada!

La oveja volvió a ese punto una vez más, A ella le parecía —sí, por cierto— que la osa había perdido, sencillamente, el control de sí misma, y acaso se había convertido en un fastidio, incluso, para aquel caballo. Nadie debería convertirse en un fastidio. No es decoroso. El exceso siempre es de mal gusto. *¡Cht, cht!* Chasqueó la lengua contra aquel cálido y reconfortante bolo alimenticio. ¿O era que —sus ojos amarillos se endurecieron— había alguna otra astucia detrás de todo aquello? ¿La osa solamente fingía? ¿Solo estaba tratando de enredarlos en su historia para que pensaran mejor del caballo *real* y estuvieran más dispuestos a perdonarlo, a él y a la osa también? ¿Dispuestos a recibirlo con los brazos abiertos cuando hiciera su aparición, tranquilamente, de allí a pocos días? Como que la osa lo tendría escondido en la colina contigua, esperando instrucciones. La oveja podía ver a la osa subiendo esa temblorosa escalera para agitar un pañuelo blanco desde la parre más alta, y al caballo en su puesto de avanzada, abriéndose paso a través del bosque, ebrio de aquella señal: ¡adelante! Y ahí vendría, y seria invitado a entrar, y agasajado, y se le daría la habitación del ciervo, de eso no cabía duda —oh, ante esto hervía de rabia la oveja—, y, si alguno chistaba, afuera con ellos también, mis buenos amigos lanudos emplumados o astados, afuera con ellos, ¡porque aquí llega el verdadero cabecilla, por fin en casa!

¡Con el hotel venido abajo en seis semanas! ¿No había quedado demostrado? Caramba, una vez instalado invitaría a cenar a Tom, Dick y Harry, y sin duda muy pronto a alguna yegua —¡bien por la osa!—, y los críos creciendo por ahí, y toda aquella vieja buena vida en primera persona del singular, toda aquella linda camaradería de solteros se iría en forraje.

Con esto último, la oveja por poco se traga su bolo alimenticio y tuvo que aclararse varias veces la garganta. Acto seguido, se jugó a fondo.

Bueno, osa, comenzó, esa fue una maravillosa historia, pero seguimos sin saber dónde has estado todos estos días, ¿o es que lo sabemos? Y se volvió hacia las otras bestias para recabar su apoyo.

Lo dijo tan escuetamente, con un chistido tal de desafío en cada sílaba proferida, que la osa, a pesar de aquel sueño pesado en el que parecía haberse hundido, se despertó. De todas formas, no había oído bien y la oveja tuvo que repetir su observación devastadora.

¡Oh!, dijo entonces la osa, ¡oh! Pero le estaba resultando difícil acomodarse, y salió con algún comentario sobre que no habían sido días los que estuvo lejos, sino años, ¡años, queridos míos!

Resulta que nos consta, replicó la oveja con acritud, que fueron solo *días*.

La osa agitó la cabeza y dijo que tan solo estaba siendo alegórica.

La oveja parecía a punto de embestir y salir triunfante, con todas sus sospechas cayendo de maduras. ¿Quieres decir que estuviste inventándolo todo?

Oh, desde luego que no, repuso la osa, por fin recuperada. Todo eso fue más verdadero que la verdad misma, amigos míos. Yo solo quise decir, y es una manera de hablar, que los días que pasé lejos de ustedes me parecieron siglos.

El ciervo casi se desmaya ante este giro y la paloma se encorvó frenéticamente, mientras el resto de los pájaros piaban extasiados, pero a la oveja no la engañaban, ¡no señor!

Muy bien, prorrumpió, suponte que también para nosotros fue una eternidad.

No sabes cómo nos sentíamos, aportó el gato, tocado a su pesar, e irritado por la descarada crudeza de la oveja.

Pero lo que yo quiero saber, presionó brutalmente esta última, es tan solo dónde estabas. ¿No deberíamos saberlo?

La osa, con un aire tirando a ofendido frente a este acoso de matrona, dijo con gran dignidad: Caramba, yo tenía toda la intención de contarles, pero me parece que es más bien tarde para contar una historia can larga esta noche.

¡No, no!, gritaron todos. ¡No, no! Un coro de excitaciones se elevó hasta el firmamento. ¡Oh, por favor, querida osa!, lloriqueo el ciervo, y tres pájaros bajaron en picada con audaz precisión, mientras el gato, para rogarle, rodaba voluptuosa mente sobre su espalda, Y tampoco se levantaban de sus sitios, seguían lloriqueando por favor, y oh, *sí*, prosigue, y no podremos dormir a menos que sepamos, y qué importa si es tarde, ¿acaso *tenemos* que madrugar?, y por ultimo: ¡nos moriremos si no sigues!

Todo ese tiempo la osa había estado agitando la cabeza, pero cuando gritaron ¡Nos moriremos!, y los pájaros se pusieron a dar vueltas como un carrusel, y el ciervo saltó sobre tres de sus patas e hizo una cabriola, y el gato, practicando su caminata sobre las patas de atrás, se tambaleó hasta terminar apoyándose en sus poderosas rodillas, ella se echó a reír y los llamó sus malcriados, que era como de hecho se sentían, incluso la oveja, quien, presa de pronto del ardor general, balaba tan tremebundamente como lo haría un corderino.

Así que ganaron los animales —casi siempre ganaban—, y, aunque la osa estaba exhausta, con un gesto les indicó que volviesen a acomodarse en sus lugares. Pero, osa, por favor, rogó la ardilla listada, ¿no puedo sentarme en tu regazo? Bueno, dijo la osa, ya que era la última etapa, podía; ante lo cual los animales se echaron a reír, aunque al mismo tiempo se les avivaron los celos, y el gato pensó: Muy listo, ya le voy a dar, yo, a esa pequeña astilla. Hasta el ciervo sintió que no era justo, de parre del pequeño roedor, sacar ventaja de esa manera, cuando todos los demás se habían abstenido. ¿Qué tenía que ver que fuera el más diminuto? Pero la osa, que muy raramente mostraba favoritismos, si es que *los* mostraba alguna vez, pareció necesitar hacerlo en ese preciso momento. ¿Había percibido la deslealtad del gato? En cualquier caso, la actitud de la oveja había quedado muy clara. Así que dejó que la ardilla se acurrucara sobre su pecho y la acarició durante todo el relato, con una regularidad exasperante… y con un cariño tan sensual, añoraron todos los demás animales.

Lo que todos sabían era que tenía que empezar por el caballo, y la osa no los decepcionó. Sí, él caballo, solo que ella lo llamaba el potrillo. Supongo, confesó, que a ustedes no les cayó muy bien. De hecho, era difícil pasar por alto esa actitud. No son muy sutiles que digamos, sonrió en dirección a la oveja. Lo cual es totalmente positivo en un hotel como este. Yo creo en la democracia. Creo que la voluntad de la mayoría tiene que prevalecer. En una cooperativa como esta, como se la *podría* llamar, *si* las cosas no son de ese modo, entonces se convierte en tiranía. Y eso es algo que no podemos tolerar. Pero, de todas formas, como yo, en cierto modo, estaba regentando este lugar, pensaba que tenía *algunos* derechos. Sabía que permitirle quedarse no sería aceptable. Nunca soné con una cosa semejante. Ni siquiera consideré la idea. Ustedes lo entienden, espero. Puesto que hizo una pausa luego de esta apelación directa, los animales, todos, si bien algo rezagados, asintieron con sus cabezas.

Pero, como pueden ver —la osa levantó el hocico, y la más cálida y tierna luz se instaló en el ojo azul—, a mí me gustaba tanto, y él necesitaba algo. Tenía una necesidad tan grande. Y con toda franqueza les diré que yo estaba dividida entre el claro reconocimiento de mi deber, de mi deber democrático, y los privados instintos de mi corazón. Pero así es como ocurre siempre, mis queridos. Cualquiera que se precie de ser alguien sabe lo que es justo y correcto, pero otra cosa muy distinta es hacerlo. Una cosa es tener una pequeña sociedad, linda y compacta, unificada y armoniosa, y otra cosa es tratar con el forastero encantador, ¡que siempre va a aparecer!

¡Así que algo sabía, yo, de la insatisfacción de ustedes! Mi querido gato, ¡vi que no estabas pagando el alquiler! Pero pensé… ¿saben lo que pensé? Pensé: solo denme tiempo, es tiempo lo que necesito… Con tiempo codo se solucionará. Así que traté de compensar lo mejor que pude, y no digo que lo haya hecho muy bien. A veces, cuando las cosas se ponen así, el único recurso que te queda es ignorar, pretender que no ves más que la mitad del asunto, porque, de otro modo, irremediablemente a una la distraerían todas las demandas del arte de gobernar. Yo pensaba, para mis adentros, sobre esos ratones: yo sé que son malos para el ciervo, y malos para la moral, y malos para la limpieza de la casa… ¡cómo también sabía que era malo para ti, gato, prescindir de atrapados! Agitó coquetamente una mano en dirección a él. Pero también me figuraba esto: no pueden echar el hotel abajo en unos pocos días, y el ciervo, si es necesario, puede dormir afuera, y ya lo arreglaré yo todo, llegado el momento, y pondré a esos pequeños ratones en su lugar. De manera que así estaban las cosas. Por supuesto, no pensaba en todo este tiempo adicional, me refiero al tiempo durante el cual desaparecí, y lo primero en que pensé cuando empecé a abrirme camino de vuelta a casa, o más bien lo segundo, ya que lo primero y lo último en lo que pensaba

era en ustedes, mis queridos, ¡caramba!, fue en esos ratones y lo que habría podido ocurrir… ¿habrían llegado a roer los cimientos? ¡Cómo deseaba que los hubiésemos hecho a prueba de roedores!

En fin, como sea, acerca de todo eso… Les dije que el potrillo me necesitaba, y así era. Verán, él se había escapado. La vieja historia. Había nacido en una granja, que no era el sitio adecuado para él, y tuvo la sensatez de darse cuenta desde el principio. Yo lo respetaba, por eso, más de lo que puedo expresar. He visto a tantos animales tratando de adaptarse, de aceptar su suerte, de resignarse pacientemente a una vida de pocos placeres o de ningún placer en absoluto, puro deber, puro heno y nada de avena, que quienquiera que corte la cincha y se zafe del yugo… pues bien, ante aquel que haga eso, yo me saco el sombrero. Y ese era el caso con el potrillo.

Y, por otra parte, dijo con un aire de pesadumbre, era moteado. No como Rex. Oh, ni la mitad de eso. Pero, aun así, era moteado. Y tenía lindos pies; no como los de Rex, pero de todos modos eran lindos, y con el tiempo podía llegar a ser muy bueno, yo lo sabía. En fin, la cosa es que me tomó afecto, y no sé por qué —no más de lo que alguna vez he sabido por qué me había tomado afecto Rex—, pero lo cierto es que lo hizo, y vio más allá de aquella reprimenda que le di en el bosquecito de abedules, él no aceptaba un no por respuesta y de alguna manera era tan despierto con respecto a todo eso, y realmente seductor, de una manera que ningún caballo lo ha sido después de Rex. Oh, cómo había llegado a odiarlos, saben, ¡luego de que a Rex se lo llevaron!

Pero este tipo… No es que fuera la viva imagen de Rex, ni que yo pensara que era *Rex redivivus* o algún disparate por el estilo, puesto que *no soy* ninguna tonta, pero *realmente* me agradaba, y me daba una sensación de talento sin desarrollar que me llegó directo al corazón. No creía que el mundo estuviera esperándolo, tal como lo había creído con Rex —y no digan que la edad es lo que hace la diferencia—, porque con Rex yo había estado en lo cierto, el mundo lo estaba esperando, ese caballo ha pasado a la historia, y yo, me enorgullezco de decirlo, y yo junto con él. ¡Consulten los anales del arte circense!

Al oír aquello, hasta la oveja se quedó sin aliento, mientras que todos los demás animales, sencillamente, parecieron ponerse bizcos.

Pero yo pensaba, siguió la osa, como si no acabara de hacer una declaración tan impactante, que algo había en él que solamente yo podía ayudado a descubrir.

Ahora bien, al principio yo no pensaba en el circo, ni por un instante. Había terminado con aquello para siempre, era la mitad de mi otra vida muerta y enterrada. Eso fue durante el tiempo en que yo estaba tratando de sobrenadar los días, como cuando uno procura no hundirse en el agua, y simplemente intentaba esperar hasta poder ver lo que saldría de todo aquello. Me encontré con él, voy a admitirlo, y escuché sus problemas. No tenía muchos, porque era tan joven, pero fuera como fuese conducían a una única cosa: que se había escapado y estaba listo para seguir escapando, y que con ello anhelaba procurarse una magnífica y buena vida.

Había oído algo acerca de las carreras, y pareció ilusionarse con eso después de que le mencionó el dolor de pies que sería la vida para un tiro de calesas en la ciudad de Nueva York. He visto suficientes caballos dando vueltas por una pista en el Madison Square Garden, así que le dije: Corre para mí, y corrió. Estudié su paso. Tenía un buen arranque, y al correr de regreso sus piernas rendían de manera eficiente y hasta excitante, pero yo me preguntaba, al mirarlo, al observar su complexión, si de veras tenía lo que hace falta para ese agotador oficio. Y, en

cualquier caso, no habría una carrera de caballos sino a muchos kilómetros, y yo no tenía idea de dónde, y tampoco la tenía el potrillo, y me atemorizaba pensar él poniéndose a recorrer montañas y laderas, surcando todos nuestros bosques en su travesía. Pensaba, queridos míos, en todo lo que ya sabemos, observó sombríamente.

El ciervo se dijo: Podría haberlo traspasado con una de mis astas, y la oveja pensó: Habría podido acecharlo y mandarlo hacia el norte de un topetón, y el gato pensó en él mismo y en el lince precipitándose desde la rama de un árbol para caer sobre aquel lomo satinado, y todo el mundo se enorgulleció mucho de los asombrosos poderes que poseían.

Así que anduve con muchas vueltas y vacilaciones mientras trataba de evitar, todo el tiempo, que él me saliera con la pregunta de si podía quedarse aquí a vivir con todos nosotros. Pues voy a decirles *esto*, además, acerca de él. Quería aventuras, y una vida galante, pero lo otro, esta cosa *gemütlich* que tenemos nosotros, lo atraía, a su edad, más de lo que debería, y fue esto, especialmente, lo que me decidió a oponerme a que se buscara una palanca para entrar en las carreras y unirse a todo aquello. Créanme, yo ya no sabía qué hacer cuando se apareció, un día, después de una gran escapada hacia lo desconocido —algo que yo lo alenté mucho a que hiciera —, diciendo que había visto un gran surtido de animales viajando en un carromato por alguna carretera que llevaba a cierta ciudad… ¿y qué me parecía que podía ser aquello? Yo lo sabía muy bien. Era desde luego algún circo pequeño, le dije, y le expliqué muy cautelosamente lo que significaba, pero el aserrín ya estaba en sus narinas… e inmediatamente arribó a la idea de que aquello era lo que había estado esperando.

Una es irreflexiva, se deja llevar, y yo habría podido morderme la lengua por haber pronunciado la palabra *circo*, pero aun así, ¿acaso *ustedes* lo querían aquí? ¿Y yo lo iba a mandar a paseo sin ningún consejo ni preparación ni nada, para que fuese atrapado por su amo o se perdiera en las montañas o se dejara ensartar por una serpiente? De modo que él impuso su voluntad. Yo le conté, a regañadientes, tan solo una parte de lo que sabía —les diré que, en lo que a él atañe, mantuve mi propia carrera estrictamente en *estas* comarcas—, y él estaba lleno de adoración y me decía que debía enseñarle todo lo que sabía. Yo le dije: Muchacho si pudieras aprender todo eso, ¡serías la cabeza de la nación! Como sea, así comenzó la cosa. Uno dos, uno dos… Yo tamborileaba los ritmos y le mostraba los pasos. ¡Cómo volví a acordarme de todo! No había olvidado nada, y el potrillo estaba encendido y aprendía solo un tercio de rápido de como lo hacía Rex, pero aun así aprendía, y vi en aquello la preparación de un poni de cuartel de bomberos que sin duda hacía lo suyo suficiente mente bien como para un circo de un solo caballo. Así pasaron las semanas y los ratones se multiplicaban, mientras ese caballo iba dominando las primeras posiciones y algunos agregados bastante bonitos, y llegó a mantenerse durante tres minutos sobre sus patas traseras —aunque nunca consiguió bailar en dos patas— y tuvo, según el ingenuo creía, un pequeño acto listo y horneado en su punto exacto. De aquello yo sabía mucho más, y se lo dije.

Dije que si acaso sabía toda la práctica que eso requería cuando uno no poseía el genio. Él dijo: Pero yo lo tengo, y cuando me encuentre ante el público seré el doble de bueno. Yo dije: Ay, querido, ellos sen de lo más despiadados y muy caprichosos, y más difíciles de complacer que un oso con jaqueca, y tan pronto como dominas un truco quieren que domines diez mejores, y así seguí parloteando sobre esa vida tal como yo la conocía. Pero siempre pasa igual, realmente tendríamos progreso si los jóvenes pudiesen aprender de sus mayores, El consejo no valía de

nada, las advertencias, menos aún, La actitud habitual del *amateur*, añadió, mirando la cola del gato y los pelos sobre su espinazo, todos erizados por alguna emoción oculta.

Pero dado que cada segundo contaba y yo sabía que muy pronto, incapaz de arrancarse de mi interés maternal, querría instalarse aquí, y que echaría humo y suplicaría, a menos que yo dijera: Aquí tienes tu diploma, ¡ahora sal a conquistar!, seguí, entonces, adelante, y le enseñé y le enseñé, y finalmente me las arreglé para machacar unas cuantas cosas en aquel vanidoso cráneo suyo. He de decir que trabajó duro, y que practicaba cuando yo no estaba ahí para perseguirlo, y empezó a mostrar, hacia lo último, cierta independencia propia de una actitud artística, y a revelar una pizca de buen gusto, al menos en lo que atañe a los ángulos de la pata delantera y a la curvatura del cuello, etcétera. ¡Pero qué vanidoso! Era vanidoso de manera frívola, no como Rex, que era vanidoso de una manera majestuosa y justificada, Me pedía que le trenzara las crines, como había visto que lo hacían en la granja, con una cinta roja, esas crines que tenía, en efecto, largas y sedosas, y no me dejó en paz hasta que lo hice, aunque le dije que los caballos de verdad despreciaban esa clase de cursilerías. Cuando terminé cómo se pavoneaba. Le dije que lo único que le faltaba era un arroyo donde mirarse y acabar de enamorarse de sí mismo, y dijo que no, que eso me lo dejaba a mí, y yo dije *oh là là*, ya pasaron esos días. En fin, estaba fuera de sí con todo aquel jugueteo tan de caballos, y daba pequeños pasitos a mi alrededor para acorralarme. Y así seguimos avanzando, por aquella pradera cubierta de césped. El potrillo había corrido por ahí en pasadas ocasiones, aunque yo sabía que era un lugar peligroso. Solíamos preferir un pequeño bosquecillo. Pero a él le gustaba el prado porque era abierto, aunque yo le había dicho que, por el mero hecho de serlo, nos exponía tanto a él como a mí a muchas de las cosas que los dos habíamos estado evitando.

Así que volvía a llevarlo a un sector sombreado y le dije: Ahora, muchacho de la preciosa cinta, realiza todos tus pasos de la A a la Z. Yo soy el público, una audiencia cansada y aburrida, y estoy esperando por mi espectáculo. Hay pocas cosas que puedan complacerme, ya lo he visto todo, y aunque no lo hubiese visto todo no me daría cuenta, soy voraz, soy un predador, y mi único valor es que además soy muy simplón. Engáñame y morderé el anzuelo. Arrójame en los ojos la arena del encarnamiento y me estremeceré en los asientos.

La osa miró una vez más la hinchada cola del gato. Así es como me tenía que mostrar con él: severa y dura.

De modo que inició su acto. Pueden llamarlo uno de nuestros últimos ensayos, puesto que ya iba siendo hora. Si se proponía aterrizar en aquel circo, no lo tendría en ese sitio para siempre, hacia el fin del verano levantaría campamento y, además, ¡los ratones nos habrían liquidado!

Lo hizo muy bien, aquel día, obviamente armado de su cinta roja. Sí, muy bien, no se le olvidó casi nada, mantuvo una coherencia de estilo, taconeó con sus cascos como un oficial y, tal vez acicateado por mis palabras acerca de Rex, estuvo tan encantador como puede serlo un pueblerino. Yo estaba de lo más concentrada, debo decir, ante todo en marcar el ritmo, y contemplando cada giro a fin de tener presentes todas mis observaciones cuando llegara el momento de criticar, y muy complacida, además, por los inesperados dones de su gracia. Tal vez, me estaba diciendo a mí misma, algo tenga este potrillo… cuando hete aquí que algo me tironeó hacía atrás del modo más indeciblemente doloroso, me derribó del tronco en el que estaba sentada y, con los brazos amarrados a los costados, fui a dar directamente contra algún saliente de una roca, Qué golpazo me di en la cabeza; lo siguiente que supe es que tenía una cadena

alrededor de las patas traseras y que había dos sujetos, tan morenos como mis gitanos del comienzo, que me miraban con aire asustado y maligno y me lastimaban de puro miedo; también reñían al potrillo, enlazado con una gran cuerda. Él relinchaba, yo bramaba, pero ¿quién iba a oírnos, no hablemos ya de salvarnos? Les dimos mucha pelea, pero ellos por supuesto no jugaban limpio —¿acaso lo hacen, alguna vez?— y finalmente nos arrojaron en un carromato a los dos y nos llevaron a otra parte— ¡Volvían otra vez los viejos tiempos! Caí en un estupor, una fiebre selvática, un pozo de melancolía, y es posible que por un rato haya perdido la razón, pensando que él era Rex y yo la que había sido antaño, y que viajábamos de Praga a París, o a Lyon, o a Arles. No habría podido decir a cuál, sin duda el delirio me arrebató, durante días y días me dejó más cautiva de lo que me tenían esos gitanos.

Pues bien, en ese sentido, era una vuelca del destino y un salto mortal al revés. ¡Porque no va que esos tipos oscuros, andrajosos y olorosos pertenecían al circo, que no era otro que el circo de un solo caballo que el potrillo me había descripto! Agradecí a mi suerte que no fuese el otro, aquel del que yo había huido, pero temía que mi fama se hubiese desparramado hasta llegar incluso a oídos de estos ignorantes, así que fingí ser lo más boba y torpe que pude, ¡gruñí tanto que me ardía la garganta! Pero entonces se me ocurrió, tras los primeros días de protestas ante esa pesadilla que se abatía sobre mí, que era peor estar dentro de la jaula, donde podían hostigarme y pincharme con palos puntiagudos, que fuera, donde, si me ponía de pie podría en caso de necesitarlo darles un buen golpe y de paso volver a ponerme en forma. Entonces, volviéndome conciliadora, mostré que tenía algo de seso y, más aún, los dejé anonadados cuando, diez minutos después de que me dejaran salir —oh, tan prudentemente encadenada—, comencé a ejecutar mi mazurca. ¡Cómo parloteaban esos guardianes gitanos! ¡Oh, lengua madre de mi juventud! Oí cómo irrumpían todas las viejas palabras: ¡toda una páprika de Viena, de Budapest, de Dresde, de Múnich!, y corrieron a llamar a la familia de malabaristas que era dueña del espectáculo, de manera que presumí una vez más con lo mío, y el potrillo —a quien como de costumbre habían separado de mí— lo vio desde donde estaba, amarrado a un poste, y se paró sobre sus patas traseras de manera exuberante, y enseguida, al descender, comenzó a practicar sus propios pasitos. Todo el mundo quedó estupefacto, los dueños les estrechaban las manos a los guardianes, la mujer por poco me da un beso.

Debo decirlo, quede muy satisfecha con el potrillo. Pobre compañerito, algún tiempo después supe que le había agarrado un pánico escénico total, tan pronto como puso un pie en el lugar de sus sueños, y que no había hecho nada, absolutamente nada más que mordisquear aserrín y tratar de patear al primero que se le acercara. Había tenido sueños en los que caminaba por ese lugar, ofreciendo gallardamente sus talentos a cambio de una cierta comisión de fama y buen alimento, Pero, en cambio, ser raptado tan brusca y groseramente había dado por tierra con cada una de sus nociones… tan blandamente se cría hoy en día a la juventud. La osa sonreía. ¡Así que es tanto lo que hice por él, realmente!

Aquella noche seguimos por separado, puesto que ¿cómo haría yo para decirles que podría haber un acto? Pero el espectáculo era tan mísero y poco profesional, con un poni tan gordo que cargaba a una mujer tan gorda, y unos perros tan enclenques que pasaban a través de aros sostenidos a tan baja altura, que me di cuenta de que los dos podríamos hacernos cargo. Y créanme, hacia el final de la primera noche yo estaba dispuesta, contra toda sensatez, a presentar nuestro acto, y eso es lo que hice, y los otros lo vieron y aullaron de contento, y a la noche

siguiente, mientras lo hacíamos, hubo unas inhalaciones de aire y un silencio tan adorables que casi podías cortar en dos con él la crin de un caballo, y supe que todo podía volver a ser mío. Todo mío. Todo aquel viejo mundo una vez más. Comían de nuestras manos, y el potrillo, también él comía de las mías.

Es cierto, jamás habría podido igualar a Rex, pero no es menos cierto que hizo burbujear a aquel público; era del tipo vanidoso que necesita que lo aplaudan, él no amaba aquello con ese puro amor que los grandes sienten, Caramba, Rex podía bailar en un callejón y habría sido igual de feliz si solo lo hubiesen mirado unos ratones que cuando lo hacía para las cabezas coronadas de Londres. Pero y con eso ¿qué? Un tipo de segunda fila es mejor que uno de tercera, y para quienes no están en el ajo, es virtualmente de primera, Quedó probado, con los públicos que tuvimos. El circo estaba listo para partir. ¿Y acaso partió? Se quedó y se quedó, con todos los bancos llenos cada noche. Todos esos palurdos partiéndose de risa por nosotros, y los niños con verdaderos ataques de histeria.

Yo estaba dentro de un sueño, me olvidé de los ratones, pero de ninguno de ustedes, queridos míos. ¡Oh, qué manera de pensar en ustedes! Me preguntaba cómo estaría progresando el campo de cebada, y si el mapache mantendría a raya a la nutria, y cómo estaría la monarda que a los yuyos les gusta tanto tragarse, y pensaba en lo que estarían comiendo ustedes. Me preocupaba mucho por eso. Pero esa vida, esa vida, saben. Me atrapaba, de veras lo bacía. ¡Un sueño, eso es todo, un sueño! Y el potrillo estaba tan contento, y eso me daba placer, él estaba tan dispuesto a trabajar por el incentivo de los aplausos, y tan amable conmigo, que yo casi pensaba: se merece que me quede, es hacer lo correcto darle este respiro, y suponiendo que el circo no hubiese perdido su viejo atractivo, ¿acaso madre no habría hecho lo mismo?, hay sacrificios que una debe hacer…

Pero entonces pensaba también en todos ustedes, y pensaba, aunque acaso tan solo esté equivocada —alegremente la osa mostró los dientes—, que también ustedes me necesitaban, aunque no necesitaban ningún sacrificio, y para decirlo de una vez, estaba entre sí y no, y entre un fardo de heno y el otro. Y era igual que antes, cuando recién había conocido al potrillo, un sueño hecho realidad. Sabía que pronto tendría que decidir, pero sabía que no podía hacerlo aún, así que dejé que las cosas siguieran su curso y me dejé llevar por la corriente.

Fuimos a otra dudad e instalamos la carpa allí, la misma historia, con el potrillo tratado a cuerpo de rey y yo con mi propia parte del león. Pero le dije que era un circo de un solo caballo, muy por debajo de nuestros respectivos talentos. Tenía que ponerlo al corriente del nivel, saben, de lo contrario el tipo se habría creído que aquello era el Sells Floto, con toda Europa en el bolsillo. Pues bien, en cuanto lo oyó, dijo: Vámonos a otros mejores, y fue entonces cuando empecé a pensar. ¡Otros mejores! ¡Yo ya había tenido el mejor! ¿Debía empezar otra vez aquel ascenso, aquel tedioso, banal ascenso hasta la cima? Que lo hiciera el potrillo, que se esforzara él hasta quedar sin aliento y el esparaván lo hiciera renguear, que se le venciera el espinazo y se despojara de ilusiones y viera sus esperanzas destrozadas, pero que, intacto y entero en su pellejo, *llegara hasta allí*. Yo ya lo había hecho. Sí, y nada me habría detenido, ni siquiera —debo reconocerlo— mi propia madre. Pero lo había hecho, y había llegado a tenerlo, y lo mejor había pasado ya. Había tenido el gran sueño y al rey de los caballos, puede que hasta la corona de algún rey haya relucido en un palco, y al menos en algunos pechos habían florecido violetas mientras yo bailaba, pieles y terciopelos habían venido a aplaudirme, acaso los bailarines habían aprendido de

Rex algún que otro truco, y, de mí, los payasos, no pocas chanzas; habíamos sido los mimados de todo un mundo, y eso debería bastarle a cualquier oso.

Lo vi todo con una repentina y vivida claridad. Vi llegar mi juventud haciendo cabriolas, la vi hacer círculos y volteretas, como en un espejo mágico: una pirueta, una reverencia y desaparecer. Vi que era inútil tratar de volar detrás de todo aquello, inútil confiar en este nuevo sueño, que no era más que un eco del sueño primero y profundo, lo vi, y me sentí satisfecha. Aun cuando un fantasma saltarín viniese a rondarme, brincando y caracoleando, dando vueltas como una girándula, aun cuando trazara odios delirantes y brincara en el aire ceñido a una herradura de rosas, yo vi que era inútil saltar en pos de él. Rex se había ido, ¿y quién sabe adónde? Se fue, ¡espero que hacia la libertad! Se fue, y espero que a los bosques silvestres; se fue, pero, en eso confío, no a chupar gladiolos. ¡Que Rex: sea inmortal, como lo son los fantasmas! Eso es lo que dije. Libre, mi adorado, y bailando para siempre, bailando para que lo miren los ratones si es preciso, ¿y acaso los ratones son mucho menos que los hombres? ¡No en nuestro mundo, donde reina la equidad, y cada uno en su nicho y oportunidades para todos!

La osa suspiró, casi sin aliento, y luchando otra vez contra alguna agitación, mientras los animales, todavía con el alma en vilo, pensaban: ¡Que no vuelva a replegarse dentro de su propia piel! Eso lo pensó especialmente la oveja, a quien, casi convencida de la sinceridad de la osa, tanta emoción la seguía impacientando y la hacía desconfiar de su relevancia. ¿Aquello traería un poco de agua en dirección a ellos, aparte del agua de las lágrimas? ¡A los hechos! Sus ojos amarillos relampaguearon: ¡hechos! ¡hechos!

Pero la osa tenía su propio sentido del relato y estaba tan ansiosa como cualquiera por proseguir con él y arribar de una vez a la conclusión. Simplemente había tanto para contar, tanto de su propio corazón para volcar. No es que eso fuera lo que esperaban los animales, pero ¿cómo contar una historia sin volcar el corazón en ella? Y contar significaba contarlo todo, reproducir las fiebres asociadas, tratar de capturar el poder de la pasión que nos mueve, tal como un molino de viento transporta el agua. Hechos, hechos… la osa chasqueó las garras. ¿Qué eran? Entregar un hecho no tomaría más que un segundo. Pero el aura, la condición del sentimiento, ¡los mil imperceptibles matices del florecer y la ilusión que lo traían a uno hacia aquí o lo llevaban hacia allá! Y, por otra parte, ¡meramente para entender! ¿Cómo iba a revelar aquello por lo que había pasado si ella misma no se aventuraba en la medula de las cosas, en la complejidad de las emociones presentes y pasadas, en las nociones ya superadas y en las persistentes, en las texturas del tiempo antiguo, en las combinaciones de la hora, en los infinitos días que constituyeron la experiencia? ¿O si no se dejaba ir por un momento con las atropelladas corrientes y arroyos que la desviaban de su curso, pero que, inevitablemente y a pesar de sus rodeos, la conducían nuevamente al asunto principal y único?

Se tomó un respiro, cobró nuevo aliento y prosiguió.

Tal es nuestra debilidad, comenzó. Tal es nuestra locura esencial, primordial, que, quién sabe, si hubiera seguido a ese potrillo y cedido a su ambición, y hubiese ligado mi destino al suyo como si fuese una primeriza, una osa muy joven, sin siquiera el ensueño de un pasado por detrás, quién sabe, acaso la suerte me habría entregado buenas cartas nuevamente y movido a ejecutar mi propio salto mortal. Somos de aplazar las cosas, los osos, lentos por naturaleza, y odiamos tomar

decisiones, les tenemos pavor a las consecuencias terminantes de la acción, y con la voluntad hundida entre los pliegues de nuestra grasa preferimos, y por lo general solemos, dejarnos ir con el viento, adonde nos guíen las abejas. Y bien habría podido yo hacer eso. A pesar de todo lo que pensaba en ustedes, mis queridos, y en el hotel y en mis orgullosos títulos de propiedad, habría podido quedarme para bien del potrillo y entrado una vez más en aquel sudoroso cautiverio para forrar los bolsillos de otro, claro que habría podido.

Pero llegaron unos interesados. Hombres robustos y gruesos de otro circo, que fumaban cigarrillos, esta vez. Habían oído hablar del potrillo y de mí. Nos querían. Era el primer paso hacia el ascenso. Después vendría todo lo demás. En cuanto se enteró, el potrillo se puso como loco. Yo no me moví, me quedé tiesa, metida para adentro en mi pellejo. Tú quieres ir, dije. ¿Que si *quiero*?, respondió. Yo, no, repuse, porque comprendí lo que ya sabía, y supe lo que tenía que hacer, y mostré todas las cartas, cada uno de los triunfos y trompetas de esa baraja, y la vanagloria y la victoria, Yo, no, repetí. Y *voy* a irme. Oh, qué manera de implorar la suya, y de argüir e hincarse de rodillas, y llorar, y rendirse. Pero yo al fin sabía. Cómo voy a hacerlo sin ti, lloriqueaba él, con las crines revueltas, temblando. Lo harás muy bien, profeticé. Y le dije, al dulce porrillo, que me extrañaría como no podía imaginar cuánto lo extrañaría yo a él, que al principio solo sería una oscuridad que le malograría la fiesta, día tras día, y no menos el día siguiente, con ese algo que a uno le falta y que no se atreve a nombrar, y todo ese peso, ese corazón que ha muerto. Pero luego vendría un día, y otro, y el día señalado, por fin, en que volvería a saber que el mundo era una ostra destinada a él aunque yo no estuviese allí para saborearla juntos, Ese y no otro era el día en que debía confiar, ese era el día para el que debía trabajar. Tan seguro como que se alza el sol se alzaría ese día, con los aplausos estallando bajo el gran techo de la carpa y mejores redobles de tambor que los míos en la fanfarria que vendría a continuación.

Oh, él lloraba y lloraba, con unos cabeceos violentos, pero yo sabía que se estaba aferrando a mi experiencia del mundo, sabía que eso nos favorece y nos empuja en el arranque.

En cuanto aquello estuvo hecho, preparé lo mío. Los interesados se pararon alrededor, nos observaban. Dijeron que no éramos malos, lo que significaba que éramos malditamente buenos, pero esas palabras, para mí, ¡cómo habían perdido ya todo su peso! Pronto me di cuenta de que los hombres habían concluido el trato. Nos uniríamos a su circo, que, naturalmente, era más grande y mejor.

Mira, potrillo, le dije, pues tenía que ser honesta, Mira, querido, yo ya lo tuve, tú lo sabes. ¡Ay, osa, osa!, empezó. Lo hice callar. Me iré, dije. Después de tu acto. Sé cómo hacerlo y sé que puede hacerse. Más tarde será el doble de difícil. Así que es ahora o nunca. ¡Escucha!, le dije en mi último arrebato de locura, tú también puedes venir si es lo que quieres, e instalarte en el hotel. De alguna manera nos arreglaremos. Puedes venir, lo sabes, pero ¿*quieres hacerlo*? ¡Cómo se estremeció al oírme! Oh, potrillo, le dije, eso no estaría bien. ¡Tienes tu vida ante ti! Puedes llegar… ¡llegar adónde yo llegué! ¡Es lo que señala tu estrella, tus cartas! Sigue adelante, sigue con esto que se te ofrece, supérate y consigue una oferta mejor, y álzate, así, más y más alto, un peldaño tras otro, y, cuando hayas llegado, ¡piensa en mí! Piensa en mí, que también estuve allí una vez, y piensa en lo que todo eso significa, y alégrate, y sabe que valió la pena, ¡pero ten un lindo pensamiento, también, para la vieja osa, que partió cuando tenía que partir!

Yo nunca había visto una pena tan inmensa, mezclada como estaba con gratitud y con un

remordimiento extraño, huidizo, y también con añoranza y ambición. Él lo quería todo, toda esa gran vida, aunque me temo que pueda no alcanzarla nunca… ¿Pero qué podía hacer yo sino alentarlo, avivar con ganas aquel ardor suyo e infundírle voluntad para que fuera todo un soldado en la imposible tarea? Acaso hice mal, no lo sé, pero aquello tenía que ser una gloria, una gloria, una gloria, un alarde de banderas y gallardetes, y música y panderetas, y éxtasis, de lo contrario yo misma me habría derrumbado. Pues me daba cuenta de que también lo amaba, a mi modo peculiar, a mi modo después de Rex, y que estaba renunciando a algo… ya no a las luces falsas y al brillo de las guirnaldas plateadas, sino a otra cosa nueva que estaba colmada de los peligros más diversos.

Pero lo hice.

Esperé. La primera noche no fue la adecuada. Tampoco la segunda. Para entonces yo estaba de atar, porque el traslado ocurrida de un momento a otro. Era nuestra última noche en esa ciudad y con ese circo. Después de nuestros actos, con el habitual tronar de los aplausos, yo no podía parar de temblar. Murmuré al oído del potrillo mis últimas palabras, y luego, con un esfuerzo prodigioso, me zafé de mi guardián, rompí la cadena, y habiendo verificado todas las salidas abiertas en la lona, me escabullí a través de la más cercana.

La pasión y la furia me dieron alas. Corrí como no había corrido nunca. Baste decir que logré escapar, casi de un salto llegué a lo alto de la primera colina, y perdida en medio de las zarzas que me desgarraban la piel supe que me encontraba a salvo. Antorchas y reflectores hicieron su intento durante un rato, pero muy pronto se fueron apagando. Podía oír al potrillo relinchar a mis espaldas, como con unos dulces deseos para aquello que me esperaba, y que era también un comienzo, la buena senda de la vida en mi hotel, Al final ya no pude oírlo más y me quedé sola, abriéndome camino, desgreñada y agotada, cruzando por sobre arroyos y pantanos, colina arriba y colina abajo, siguiendo mi olfato… Fue un largo viaje, queridos míos. ¡Kilómetros y kilómetros! No sé decirles cuánto de mi viejo pelaje ha de servir durante todo el próximo año para remozar los nidos de los pájaros, Pero así es la vida. Y ahora estoy de vuelta. Y qué feliz de estarlo, Tan feliz, tan feliz.

Y con esto, estrechando a la ardilla contra sí en un abrazo tan intenso que por poco acaba con el pequeño roedor, la osa finalmente lo soltó y lo dejó caer, con la lengua afuera, y derramó lágrimas y más lágrimas, y se quedó dormida mientras los animales se alejaban de puntillas, cada uno a su propia y pulcra cama…

De manera que a la mañana siguiente la osa durmió hasta tarde, y lo mismo hicieron todos los animales, y un día siguió a otro día como lo habían hecho siempre, entre más pícnics de frutillas y fiestas de la cereza con pescaditos fritos, entre excursiones de recolección de bayas y en búsqueda de manzanas, entre arrancar peras y recoger nueces para la ardilla listada en el otoño. No se construyeron nuevas habitaciones y la correspondencia decayó bastante, aunque la osa siguió teniendo que considerar algunas solicitudes, Eventualmente y en el futuro, según soñaba, se permitiría ingresar a otros en el hotel, pero aquello era algo que dependía de todo lo demás, y, en cuanto al presente, ella se contentaba con archivar las cartas más prometedoras y descartar el resto.

Hasta que sanó la herida, llevó el grueso collar que ciertamente le daba una apariencia

elegante, pues alentaba a sus pelos a pararse a su alrededor como una gola isabelina. Pero no tardó en traerle a la osa reminiscencias de aquello que habría preferido no recordar, En ese sentido, un carácter firme, a ella le gustaba cerrar los capítulos una vez que habían sido desplegados por completo. De modo que le pidió al mapache, ya que el castor continuaba can ocupado, que trajese a su amigo marmota para que cortara el cuero con sus afilados dientes, El mapache le hizo aquel favor y marmota pasó una tarde de lo más agradable sobre el hombro de la osa, muy cerca de su corazón caliente, royendo el collar con sus ágiles dientitos. Si se tomó un poco más de tiempo que el estrictamente necesario fue, como él mismo se lo comentó más tarde al mapache, porque sentía que la osa era casi una tía… los pelajes de los dos, solo por nombrar algo, eran tan densamente similares, ¡y había algo en la forma de sus cuerpos, además! El mapache, como de costumbre, se mantuvo en silencio, pero íntimamente decidió evitarle a su amigo lo que a estas alturas consideraba, para sus adentros, como una trampa de oso. ¡Todos tan estúpidamente encariñados con ella y con ese hotel!

En cuanto a la oveja, la osa le había provocado un apasionado anhelo de contar su propia historia. Se representaba una y otra vez la escena, los anímales reunídos a su alrededor, con la osa en el centro pero con ella misma sentada en la gran silla de la osa… y para empezar el relato sobre su propia madre, que era tan buena como la madre de la osa, a no dudarlo, y luego el corral donde, después de todo, había casi tantos animales como en un circo, e Igual de interesantes y mucho más útiles… caramba, a ella personalmente le resultó aburrido oír todo aquel asunto de la jirafa y sobre Bosco, ¿y acaso la osa sabía verdaderamente lo que era una granja? Ella se lo iba a decir, oh, si, se lo iba a dejar bien claro, con todo lo que pasó hasta el día… oh, aquel día, oh, el día en que llegaron sus corderitos… unas dulzuritas, ay, qué dulzura, esas cositas lanudas, y la primera vez que se tambalearon, todos flojitos y debiluchos, y sus primeros balidos… caramba, cuando los miraba a los ojos, qué lindos ojitos tenían, tan calentitos hasta que… ¡hasta que…! ¡Qué historia sería aquella, qué historia! Les iba a sacar lágrimas a todos, eso era seguro, caramba, en dos segundos el ciervo quedaría hecho un reguero, y la gansa…

Porque después de todo, pensó la oveja triunfalmente, yo he sido algo que la osa nunca fue… ¡madre!

Baló para sí misma suavemente, Y si la osa lo hubiera sido, si hubiera sido madre, ¿se habría comportado acaso tan tontamente en lo que respecta a aquel caballo? Yo diría que no, pensó, representándose la imagen de sus perfectos, sus preciosos corderitos, y baló otra vez: apostaría que no.

En cuanto al gato, le había agarrado aversión al *Eng-ish*, aunque no sabía bien por qué, En cualquier caso, Ja ambición de aprenderlo o de hablar con la osa al respecto había padecido su propia y pequeña muerte. ¡Pero no lo otro! Practicaba sobre las patas traseras todos los días y convirtió a la gansa gris en su confidente. Se adentró en la teoría del equilibrio en dos patas, en contraste con el equilibrio en cuatro, basta que esa criatura, que carecía de cualquier conocimiento excepto el que le proporcionaban sus patas, quedó apabullada y como último recurso se puso a hablar más de volar que de caminar.

Volar, desde luego, eso también estaba en la línea de trabajo del gato, que no había descartado el trapecio —¡de ninguna manera!— y que hacía cosas maravillosas con ramas de abedul y sarmientos de vid, colgando de cola y pata delantera y subiendo casi hasta llegar a las nubes. Pero lo hacía a solas, únicamente con un sinsonte maullador para verlo y abuchearlo. Al

carecer de público se hacía más difícil, requería mucha energía moral el practicar y practicar, y él pensaba en las recompensas que solían recibir Rex y la osa, e incluso aquel porrillo. Esa idea le estropeaba muy pronto el placer, comenzaba a inquietarse y se ponía a deambular en profunda introversión, o salía del hotel con aire aburrido para enseguida volver a entrar, y a salir, *in again and out again and finn again*… La osa, atenta como de costumbre, le preguntó un día si se le había acabado la comida, Y el gato, dejando escapar al fin su amilanado secreto, se lo contó todo. Ay, la osa, qué manera de reírse. Caramba, de tan pulgoso que eres nadie lograría verte. A menos que quietas unirte a un circo de pulgas.

El gato quedó indignado y ofendido hasta que la osa, poniéndolo sobre su rodilla, trató de hacerle comprender algo acerca de magnitudes, densidades, dimensiones. Pero él se empecinaba. Si los perros pueden… Los perros no son tan pequeños y bajitos como tú, argumentó la osa. El gato estaba fuera de sí, ella no logró rescatarle su ego herido hasta que dijo, poniéndose muy comedida: Si hubiese sabido que te ibas a obsesionar con esa historia… Por qué no habré mantenido cerrada mí bocota, y se apresuró a decir que hasta para los perros acróbatas los días en el circo se habían acabado, exceptuando los circos de un solo caballo que ella había descripto, y en cuanto a los *gatos*… ¿qué creía él que eran los leones, acaso? Y al ver su perfil enfurruñado y triste, le dijo que él mismo se parecía mucho a un viejo león curtido, solo que en otra escala, y esbozó su genealogía.

Llevó bastante tiempo convencer al gato de su propia condición, tan magnamente emparentada, pero acabó por creerlo y se fue muy contento a acechar entre los matorrales.

Aunque no por mucho tiempo, en realidad. En lo que concernía al gato, la osa en efecto debió haber mantenido cerrada su gran bocota, La vida nunca volvió a ser lo mismo para él, volaba en suenas por encima de las cabezas, confundiendo el trueno de su propio corazón con unos aplausos tronantes.

En lo que a todo lo demás se refiere, aquella historia se fue apagando dulcemente. Primero al alcance de la mano como un bastidor pintado en un escenario, cada día se fue alejando más y más. Durante toda una semana estuvo en la primera colina, la segunda semana en los primeros bosques, pronto se halló donde debía estar, en la pradera cubierta de césped, al otro lado, allá, junto al bosquecito joven, ese lado hacia el cual no pasarían nunca más. Allí quedó, pues, antiguo y rico trasfondo que con cada nueva estación iba adquiriendo las pátinas del dorado que se disipa, del liquen que se incrusta, de la lluvia que desdibuja, de la nieve que se adhiere, del musgo que recubre.

La osa se recuperó. Todo aquello permaneció no obstante como al acecho, y algún gesto, durante unos cuantos segundos, podía evocar a un caballo que baila o a una osa ataviada con un grueso collar, y una capa y un delantal, y que toca redobles en un tambor. Pero incluso aquella pequeña aparición que los perturbaba no tardaba en apagarse, como el humo de una vieja caravana que se aleja entre las colinas.

Y así siguieron los buenos tiempos, y duraron y duraron. ¿Cómo no iban a durar, y para siempre?



JEAN GARRIGUE: (1912-1972) fue una consagrada poeta, novelista y crítica literaria, contemporánea de Elizabeth Bishop, John Berryman y Weldon Kees, y «uno de los misterios literarios más importantes del siglo XX», según Alfred Kazin.

Estudió en la Universidad de Chicago e hizo posgrados en la Universidad de Iowa. Después de pasar por Nueva York, terminó estableciéndose en Nueva Inglaterra, donde escribió su primer libro, *The Ego and the Centaur* (1947). Nunca se casó ni tuvo hijos. Fue amiga de varias figuras literarias, como R. P. Blackmur, Delmore Schwartz, Stanley Kunitz y Josephine Herbst.

Buscando inspiración, hizo tres viajes a Europa en las décadas de 1950 y 1960. Como poeta fue reconocida por su perfección técnica, la riqueza de su estilo, su musicalidad y refinamiento.

Otros de sus libros fueron *The Monument Rose* (1953), *Chartres and Prose Poems* (1958), *A Water Walk by Villa d'Este* (1959), y *New and Selected Poems* (1967). Por *Country Without Maps* (1964) fue nominada al *National Book Award*.

Murió a los cincuenta y nueve años, de la enfermedad de Hodgkin.

Notas

[1] No hay palabra en nuestra lengua para traducir *wall-eyed* (literalmente «con una pared en el ojo» o quizás «con un ojo tabicado») metáfora que nombra, en Ingles, una anomalía de pigmentación ocular que también se da en humanos y que la ciencia denomina *heterochromia iridum*. (N. del T.). <<

[2] «Gave that horse a piece of her “mine”», en lugar de «a piece of her mind», esto es, darle una ración o una muestra de sus opiniones, dicho de otro modo: «cantarle las cuarenta». [N. del T.] <<